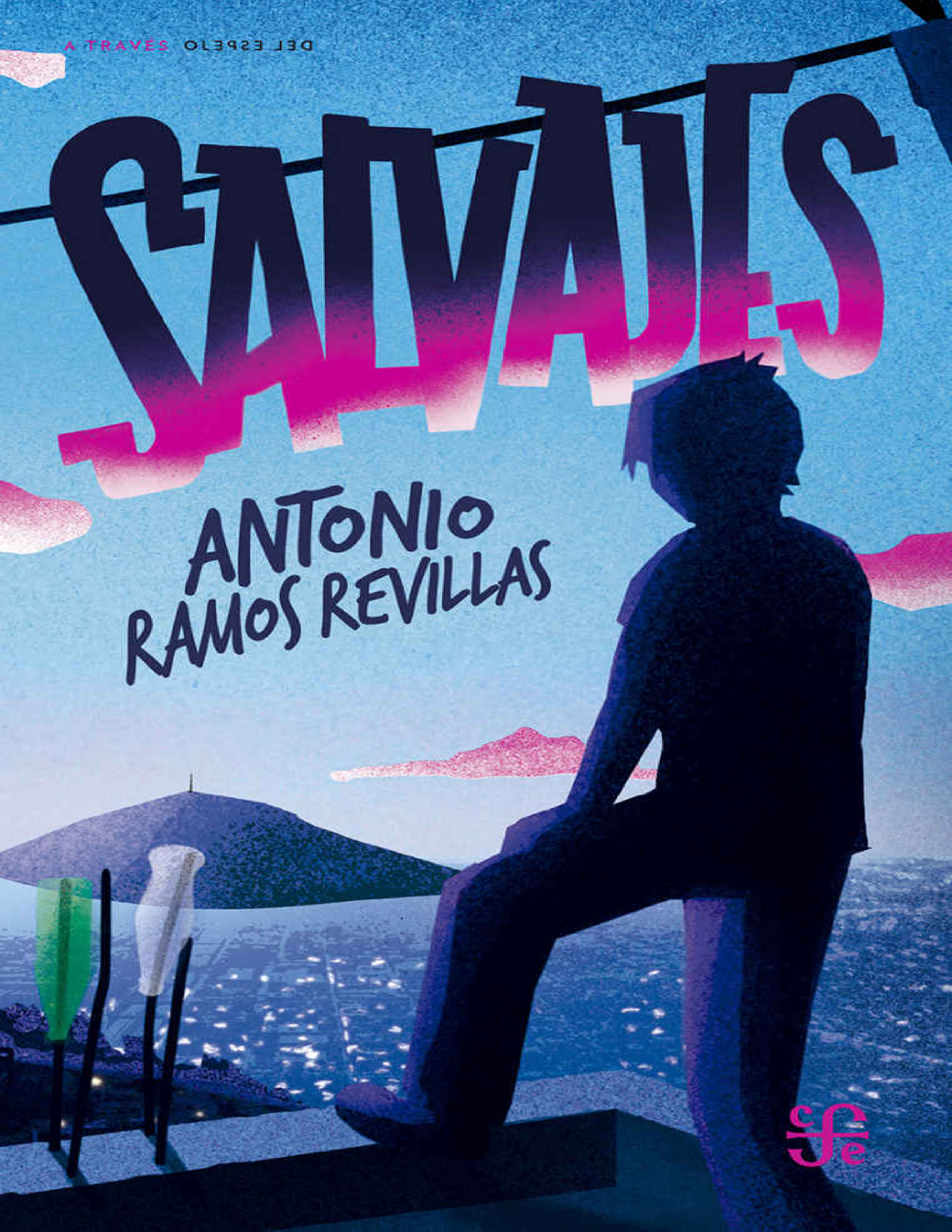


A TRAVÉS DEL ESPEJO
SALVAJES
ANTONIO RAMOS REVILLAS



© Orfa Alarcón

ANTONIO RAMOS REVILLAS

es egresado de la carrera de Letras Españolas de la UANL, institución que le otorgó en 2015 el Premio a las Artes por su trayectoria como creador, actualmente dirige su editorial universitaria. Ha sido parte de la cadena del libro en múltiples facetas, como docente de mediadores de lectura, librero, editor y autor. Su obra ha sido reconocida en dos ocasiones en la prestigiada selección The White Ravens que otorga la Biblioteca de la Juventud de Múnich, así como por el Banco del Libro de Venezuela, la Fundación Cuatrogatos y el International Latino Book Award. En el FCE también publicó *La dama de la selva.* Es miembro del SNCA.



A TRAVÉS DEL ESPEJO

Primera edición, 2021
[Primera edición en libro electrónico, 2021]

Esta novela se escribió con el apoyo del Sistema Nacional
de Creadores 2017-2020.

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

 www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios y sugerencias: librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5449-1871

Colección dirigida por Horacio de la Rosa
Edición: Susana Figueroa León
Diseño del forro: Miguel Venegas Geffroy

ISBN 978-607-16-7068-7 (mobi)
ISBN 978-607-16-6977-3 (rústica)

Hecho en México - *Made in Mexico*


SALVAJES
ANTONIO
RAMOS REVILLAS


FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Para quienes andan en la calle
y la han sobrevivido.
A. R. R.

No se fracasa si existe un comienzo
ser transparente te transporta ileso.
CONTROL MACHETE

1

Al principio era la calle. Desde allá abajo hasta acá arriba. Una recta con partes asfaltadas y otras no; con banquetas de cemento o tierra; con riachuelos causados por el drenaje tapado en época de lluvias que vertía sus aguas negras a las primeras de cambio; con sus jaurías de chicos y de perros; con el calor bien machín que causa fastidio y modorra.

La calle Montes Azules sube desde la avenida Eloy Cavazos con sus veinte metros de ancho al principio y desperdicios en el borde de las aceras. Allá, donde inicia, está la parada de los taxis blancos, vochos del siglo pasado que trepan a la gente cansada que no quiere andar a pie las veintipico de cuadras cuesta arriba. Conforme la calle va metiéndose en el cerro, se aprieta: de veinte pasa a quince metros; luego, se achica hasta los diez mientras le salen al camino compras de fierro viejo, talleres mecánicos y un local de AA, la frutería de don Roger, las canchas de futbol rápido que les construyeron a los de abajo, los depósitos que surten de cerveza a la gente de la zona, los montones de escombro, arenilla en porches y banquetas de casas a medio terminar y bultos de yeso endurecido que le causan obstáculos al agua que baja en época de lluvia.

Tras cruzar la taquería del Chino, a Montes Azules le surgen los baldíos atiborrados de basura, llantas olvidadas y las carcasas de coches abandonados a los que ya sólo les queda el chasis donde los morros juegan a ser policías y ladrones, sicarios o soldados. Después, a la altura del Súper Ocho, casi en la mitad de la subida, aparecen banquetas irregulares, ora un pedazo con cemento, ora tierra apisonada en donde jueves y sábado se montan los tiraditos:

decenas de puestos donde las fayuqueras venden lo que pueden, desde juguetes usados y tiliches, hasta ropa vieja que se cambia por unos pesos; otras trasiegan con verduras recogidas en la central de abastos o pepenadas afuera de las fruterías, y con ellas están los viejos que venden herramientas oxidadas, cables, casetes de películas, reproductores de DVD viejísimos, colas de rata o *allen*, pinzas oxidadas, desarmadores, montones de clavos, tornillos y llaves *stillson* de varios tamaños y brocas para taladro de concreto o madera; algunos venden esas greibols de doble casetera y bocinas chingonérrimas que retiemblan cuando le dan todo el *buffer* y que, dicen, son del año del caldo.

La calle se hace después de tierra, cada vez más angosta sube y se encarama al cerro, hace su esfuerzo, jadea, aprieta sus costillas, le saca lumbre a sus pulmones para llegar hasta arriba. Casi al terminar, está el resto de los negocios: hojalateros, mecánicos, ventas de cemento, los locales de videojuegos, los de corte de cabello que atienden los kolombias y el puesto de tacos de carne asada de Riri.

Y ahí Montes Azules casi se termina, se vuelve un hilito de piedras y da a la terraza natural del cerro que llamamos El Rancho, donde se pone el mercado los sábados como una extensión del tiradito. Una inmensa anacahuita señorea una esquina del Rancho que conecta la colonia con la nuestra gracias a un puente de fierro que tiene los años del mundo y pende sobre un precipicio.

Ahí, pasando el puente, la calle se divide en senderos, muchos, cuyos nombres sólo saben quienes los andan. A los senderos salen basureros, tejabanes con techos de lámina, casas de madera, algunas con bloques, otras con plásticos como ventanas que antes fueron bolsas del Súper Ocho y Soriana; tuberías de agua o drenaje bordean la dura roca del cerro que ningún martillo pudo romper; aparece más basura, letrinas pequeñas, corrales afincados entre los pedruscos donde andan gallinas o puercos, algunas cabras, un taller eléctrico con un viejo Valiant que nadie sabe cómo llegó allí, todo

deshuesado, hasta que el sendero más delgado llega a la última casa de la colonia.

Desde ahí las vi.

Las camionetas de la policía aparecieron en la parte baja de la calle como cada tres o cuatro semanas, cuando venían por alguno de los estacas o las farderas que viven por acá. Venían por la Eloy Cavazos con la sirena apagada, como solían hacerlo cuando querían pasar sordeadas, calladitas; aunque era imposible no mirarlas porque siempre llegaban en fila, de cinco o seis patrullas, seguiditas, una tras la otra, con miedo porque saben que por algo a quienes vivimos acá nos dicen Los Salvajes. Llevaban un montón de guachos trepados en las cajas traseras, protegidos con cascos, lentes oscuros y pañoletas para ocultar desde la nariz hasta la barbilla y armados con los escudos antimotines y las macanas que siempre usan de bastón cuando tratan de andar por las veredas.

De la avenida Eloy Cavazos enfilaron por el asfalto golpeado de Montes Azules. Chillaron las transmisiones de las camionetas porque con esfuerzo hacían el cerro; al principio lo tomaban suavecito, con el motor intacto, a tercera velocidad, pero conforme iban subiendo nomás se oía el rezongar de las ocho válvulas, la marcha que pasaba de tercera a segunda, luego a primera con el acelerador a fondo, bien hundido el pie sobre el pedal. El motor sacaba una carraspera y alteraba el silencio a los alrededores. De las casas aledañas aparecieron los niños y persiguieron a la caravana para ver qué sucedía y así ir con el chisme con sus mamás, que no dejaban de lavar la ropa o mirar la tele o lo que fuera ante ese espectáculo de siempre.

También desde ahí las seguí.

Las granaderas llegaron hasta donde se terminaba el pavimento y se estacionaron en doble y triple fila junto al Rancho, que a esa hora no tenía ni gente ni nada, sólo la anacahuita inmensa que, dicen, es de antes de que el cerro se llenara de casas y perros y talleres de mecánicos y abarrotes. De las camionetas bajaron los

chotas en grupos de seis. Los observé amontonarse y andar como las cabras cuando las quieren meter en los corrales que hay por aquí. Al fin se organizaron y cruzaron el puente hacia la colonia.

Hacía demasiado calor; el cielo, ligerito, ligerito, sin una nube, y la luz del sol, inmensa y bien clareada. Me puse en pie y el aire me movió la camiseta floja, infló las perneras del short y me refrescó los dedos de los pies porque sólo llevaba unas chanclas. A esa hora el cerro empezaba a estirar su sombra sobre las primeras construcciones de más arriba, y la nuestra era la primera en recibirla desde que mamá tomó posesión de ese pedazo de roca junto con papá, antes de que lo mataran. Además, nuestro cantón era el único con techo de cemento, losa vuelta realidad con harto esfuerzo un domingo de hacía un par de años, cuando mamá había conseguido la arena y las piedras y los barroblocks donados por una lideresa de la colonia a cambio de llevar votantes en las elecciones pasadas.

No sé cuántas veces tuvo que ir mamá en un camión hasta el centro de la ciudad a gritarle cosas a un diputado o a un senador, o estar en primera fila del cierre de campaña de cualquiera, para que al fin dejaran de darle sólo el jugo de naranja y el lonche y empezaran a regalarle blocks y cemento para hacer la casa. Eso más los ahorros que tenía y un préstamo de no sé quién hicieron posible que nuestra casa fuera la primera con un techo de verdad en la zona, nada de lámina que aumentaba el calor en verano y dejaba pasar la lluvia de los aguaceros de septiembre.

Ese techo era nuestro orgullo más digno: el de ella, el mío y el de mis hermanos más pequeños, Fredy y Marcos. El otro: que Má era muy trabajadora, como muchas de las doñas de la zona, pero ella tenía la vista fija en que estudiáramos. No nos quería de vagos ni con los kolombias ni con los norteños ni con los grafiteros que solían vivir con su bote de aerosol para pintar portones, casas y cualquier pared que se dejara. Para Má sólo era la escuela y la casa y las tareas; aunque era difícil: no podíamos andar tan desafanados con los del barrio porque a ésos les iba peor, así que cotorreábamos con todos

pero sin tomar partido. Yo era bueno como defensa en las retas de fut, y mis hermanos jalaban de vez en cuando con señores de la zona; además, nos había agarrado la época buena, porque ya casi habían matado a todos los del cartel de la zona, y los que seguían en el bisnes lo hacían en chitón, como mi compa, Jeno, quien ahí andaba en la merca, pero relajado. Las colonias también se sentían más tranquilas o, al menos, eso se percibía.

A veces, cuando iba a la secundaria y volvía el rostro, a lo lejos divisaba la parte baja del cerro, luego subía la mirada hasta El Peñón donde estaba la colonia y distinguía el puñado de casas de lámina y paredes de madera, y, más arriba, pero más arriba de donde el sol te dejaba mirar, encontraba nuestra casa: un cuadrito de cemento pintado de azul, con su techo, y arriba de él la ropa recién lavada que el aire movía de un lado a otro mientras se secaba.

Má nos obligaba a estudiar; yo estaba en tercero de secu en la mañana; Fredy, en primero en la tarde porque no había alcanzado lugar y Marcos andaba también en quinto de la primaria vespertina. “Quién sabe por quién vienen ahora.” Sobre la placa había una cobija aprisionada con bloques en las orillas y, ahí, mis libretas con tachoneos de un problema de quebrados sin resolver.

Como dije, los chotas dejaron atrás El Rancho donde años atrás solía esperarlos don Neto cuando era el dueño de la colonia, protegido siempre por un par de muchachos de cuerpos ágiles y flacos armados con las cuernos de chivo y las aerre quince, que en tiempos de paz entre chotas y los de la letra sólo servían para espantar las dudas. En El Rancho solían intercambiar noticias, papeles, dinero. A veces los chotas esperaban y don Neto enviaba a su racilla por la víctima, que se debatía a golpes, pero siempre la dominaban, porque nadie quería hacerlo enojar, y el viejo, eso dicen, ayudaba después a la familia. Luego lo entregaban a los policías, quienes lo trepaban esposado y hacían el camino de regreso, pero desde que don Neto se había ido, y con él los demás, la policía entraba como si aquéllos al fin fueran sus dominios y no hubiera

nada ni nadie que los pudiera detener. Ya estaban tan confiados que ni las camionetas de la Marina los acompañaban en los rondines.

Me crucé de brazos, observé la lenta subida de los policías y bajé a comer. Má había preparado un poco de salsa de chorizo y el olor flotaba desde la cocina. Es lo más sabroso que prepara: pone en un sartén chorizo a freír, luego raya tomate, le agrega mucha cebolla y chiles en rodajas, y ahí lo deja cocerse hasta que todo el guiso parece que está por desbaratarse. Lo comemos con frijoles y pan. El bolillo absorbe la salsa y sabe delicioso.

Mientras bajaba me pregunté por quién vendrían a esta hora, con el calor y el sol más fieros. ¿Por Jeno? Podría ser. El Uriel estaba en la correccional, los de las esquinas también, relax. Karen y la More hacía rato que no hacían ningún desmán. Al menos ésos, los de mi edad. Y nuestros jefes también estaban tranquilos. Los pleitos con los de la otra colonia andaban ligeritos, como si ni existieran.

Me metí a la casa y tomé un plato para servirme.

No tardé en escuchar los silbidos con los que la gente se alerta para huir por el desfiladero. Me asomé por la ventana y vi a varios vecinos salir, algunos, sin camisa; otros, casi en trusas, a las prisas, porque ya venían los policías. Por eso nunca pescan a nadie: mientras ellos suben los otros bajan por las orillas del desfiladero que le da forma al Rancho.

Má estaba barriendo la casa, despreocupada, cuando los silbidos se acabaron y volteó a verme.

—¿Vienen por ti?

—No, Má, ¿cómo cree? Ni he hecho nada.

—¿No andabas el otro día con Jeno?

—Sí, Má, pero no hicimos nada, nomás fuimos de rol a la Imperial.

—No sé qué andan yendo tanto a esa colonia, hay puro malandro por ahí.

Íbamos porque ahí vivía una de las tres novias de Jeno. Esther era un año mayor que nosotros y tenía dos hermanas muy guapas

que trabajaban los fines de semana en una tienda de nieves en el centro comercial. Yo tenía meses de andar sin morra, porque Irma me cortó, así que era libre. De las otras novias mi compa no me hablaba.

Má llevaba en la mano una toalla pequeña con la que terminó por secarse el sudor que resbalaba por su brazo. Ese día descansaba de su jale limpiando casas. Má casi no le daba importancia a esos cateos, ni nosotros, ya que éramos, como decía siempre con mucho orgullo: “gente honrada”.

Sólo estábamos ella y yo. Mis hermanos más pequeños andaban en la escuela. Tal vez por eso no me enteré cuando los policías llegaron hasta la puerta de la casa. Eran cuatro: cansados por el esfuerzo, los cascos ladeados, sudaban a chorros, los botones a punto de salírseles de sus uniformes remojados.

—Ey, güerco —dijo uno—. ¿Aquí vive Miguel Saldívar? Nos dijeron de allá abajo que…

El pulso se me aceleró bien machín. La sangre se me arremolinó en la garganta. Don Miguel era el novio de Má. En ese momento ella apareció en la puerta:

—¿Para qué lo quieren?

—Tenemos un pendiente, seño —dijo un guacho, el más flaco.

—No está ahorita. ¿Le deja recado?

Los oficiales en la puerta se asomaron al interior de la casa, hasta que uno dijo:

—Mire, sargento, ahistá lo que buscamos.

El colchón. Lo único nuevo que teníamos. Me entró un terror, blando al principio y luego duro, como un cuchillo en la garganta: apuntaban al colchón recargado en la pared, el que don Miguel había traído días antes a la casa como un regalo para mamá.

—A ver, señora, échese para atrás —resonó la voz ronca de un policía, y en ese momento otros oficiales se metieron a la casa. Uno sonó su silbato; el eco rebotó en las faldas de la montaña y alcanzó al resto de los policías en las callejuelas.

Me abalancé sobre Má, a quien ya empujaban. Todo ocurrió muy rápido, como una canción que aceleran y nadie puede entonar porque el aire te falta. Un policía nos aventó contra la pared y otro esposó a Má por la espalda. Algunas cosas cayeron al suelo. Los cuerpos gordos de los policías eran masas azules descontroladas que rebotaban en la casa. Má entró en pánico, el rostro blanco, los labios como muertos, pero en la mirada toda su fuerza cuando me gritó:

—¡Vete, corre, busca a tus hermanos! —Pero no pude moverme, porque me había dado un calambre por el coraje y el miedo al ver a Má en esa situación.

—Mire, sargento, ahistá la etiqueta, concuerdan los números, sí es.

Má intentó zafarse, pero el guardia la apretó contra la pared. Yo: sin moverme, una roca más del cerro.

—Llévesela —ordenó el sargento.

El colchón, ¡con qué esfuerzo lo habíamos subido casi a lomo desde la avenida principal, avanzando con mucha pesadez cuesta arriba!

Má se lo había pedido a don Miguel. Le dijo: “Yo lo puedo comprar, pero quiero saber si eres capaz de poner algo tuyo en esta casa”. Don Miguel vio que nos faltaban colchones. Y es que no teníamos suficientes, uno para Má y él, donde mi hermano más pequeño se dormía cuando don Miguel se iba a su casa allá abajo, con su familia. Fredy y yo nos acostábamos en dos tiras de hule espuma que no ofrecían resistencia a la dureza del suelo de cemento; otro orgullo de Má, porque el resto de las casas de la colonia lo tenía de piedrecillas o apisonado, pero de arena.

—¡Qué les pasa, oigan, espérense! —les gritó Má cuando la sacaron de la casa, esposada—. ¡Qué tienen! ¡Oigan, no!

Los policías actuaron como lo que son. Como sabemos que son. No se detuvieron ante la súplica de Má ni descansaron hasta sacar el colchón de la casa y recargarlo en una pared afuera.

—Ya cállese, señora. Ese colchón está aquí, ¿y quién es la dueña de la casa? Y, además, ¿quién le dijo que puede vivir aquí? Este cerro es propiedad del gobierno. ¿Dónde están sus papeles?, ¿sus escrituras?

El terror se apoderó de Má. Vi cómo se volvía flojita, flojita. Nadie en esa zona tenía papeles de nada, todos éramos paracaidistas: el que llegaba, si encontraba un lugar, se apoderaba de él y construía su vivienda con lo que encontraba. Con la mano en la cintura nos podían echar. Volví a mirar la casa arreglada de Má disuelta en nada, todo roto, la ropa en el suelo, la mesa destruida, el pan pisoteado; la salsa de chorizo salpicaba una parte de la pared. Unos policías se echaron el colchón en hombros.

—Nos la vamos a tener que llevar, señora —dijo al fin el sargento y dio la orden para que la movieran.

Yo seguía con las piernas acalambradas. El sudor frío, el pulso lentísimo, ahora la música tocaba muy lento, como una de esas canciones rebajadas que escuchan los kolombias. La voz de Má quejándose, pidiendo que se detuvieran fue haciéndose más débil y como respuesta sólo alcancé a pronunciar:

—¡Leonor! ¡Leonor! ¡Mamá!

Ya la conducían por las veredas ante la mirada recelosa de los vecinos que habían salido al escuchar el borlote.

Cuando la casa se quedó en silencio y Má empezaba a alejarse, al fin logré destrabarme, pero afuera quedaban unos guachos. Uno me jaló del brazo y me lanzó contra la pared. Me volví a levantar y otro me recibió con un puñetazo directo a la mejilla como un bloque de acero y hueso contra mi rostro. Me tiró, me mareé de golpe, una lumbre me arrancó la voz y la vista, quise ponerme en pie, la habitación se había movido a otro sitio. Estiré el brazo para buscar algo con que defenderme, pero me quedé en el suelo. Sólo quedaba una cobija verde, rota. Má la había puesto para evitar que el colchón se ensuciara; por eso también lo había recargado en la pared: para no pisotearlo.

A Má no le gustaba que anduviéramos de peleoneros, pero con la clica había visto que una pedrada da tiempo para escapar, para ayudar a un amigo, para bajarle los humos a cualquiera; sabía que gritar causa confusión, pero no sirve de nada. Así que me di la vuelta y tomé algo del suelo, una taza, pero a punto de lanzarla recibí un culatazo en la cara. La sangre salió y me tapó las narices, empecé a boquear, jalé todo el aire que pude con la boca pero me escaldaba la lengua, escupí un par de veces, luego me vino un olor a cloro en la garganta, alguien me levantó sólo para lanzarme al suelo y caí de bruces hasta que sentí la bota sobre mi cuello.

—Vámonos —dijo otro guacho.

El colchón y Má descendieron escoltados por la policía. La misma escena repetida muchas veces, muchos días, muchos meses. Má era un puntito que se llevaban. Esa imagen no se habría de ir. Los vi perderse, alejarse de mi vista y hundirse en el cerro, como si Má y los policías fueran fantasmas.

—No te muevas, perro —dijo quien me pisoteaba—. Quédate ahí.

Pero no le hice caso. En cuanto el último chota salió de la casa fui detrás de ellos.

2

Tienes ocho años y lo sabes: debes cuidarte de los chotas.

Tienes nueve años y lo sabes: los chotas llegarán de noche y se meterán a tu casa y, si te descuidas, te van a acomodar una chinga.

Tienes diez años y lo aprendes: a los chotas se les tiran pedradas, a ellos, a sus granaderas cuando pasan cerca, y luego te echas a correr lo más rápido posible para que no te alcancen.

Tienes once años y lo has aprendido: cualquiera corre más que algún policía gordo y aburrido cuya arma es sólo una macana para golpear, porque no pueden usar su pistola para matarte.

Tienes doce años y te enteras: ellos también controlan el negocio. Ellos deciden quién trabaja y quién no. Los miras beber en alguna cantina con algún vecino. Hay acuerdo. Lo sabes. Se sabe.

Tienes trece años y cometes un error. Vienen por ti. A otros les va peor: se los llevan a la correccional.

Tienes catorce años y sales de la correccional. Pero ellos ya te ficharon, ya te han visto, ya saben cómo eres. Ya eres suyo. Te van a levantar cada que puedan: porque llevas algo en la mochila y te ves sospechoso, por esperar solo a que pase el camión, por ir con los compas a la avenida, porque eres de aquí, y de Los Salvajes, no sale nada bueno.

Tienes quince años y ya has oído las historias de los otros, cómo la ley no es para ti, y sabes que todas esas historias son ciertas, pero se puede sobrevivir, hasta el día en que se llevan a tu mamá a la cárcel.

3

Un hormigueo me recorrió el brazo derecho. Los policías no se quedarían en la colonia. Hacía mucho calor. El sol fiero rondaba la ciudad. Hice un cálculo de mis posibilidades. Busqué mis tenis y me los puse lo más rápido que pude. Salí por la puerta de atrás de la casa para que no me vieran.

No sé por qué recordé a Má mientras limpiaba una estufa inmensa, de color acero, con una campanilla de cristal en la cocina de una de las casas en donde trabajaba; luego limpiaba una sala, después la vi afuera de la casa abanicándose sentada en una piedra cuadrada que nadie sabe cómo llegó ahí, con los pies cansados dentro de una tina con agua fresca. Me dolió mucho porque pensé que ya estaba muerta: al llevársela los guachos me la habían matado.

Aquella idea me calentó muchísimo. Traía mucho odio por dentro, alimentado por las voces de Má cuando pedía que la soltaran, un coraje echado para adelante como Jeno, el coraje de don Neto cuando, dicen, entregaba a alguien que no quería, un coraje limpio como el de todos en la colonia cuando se llevan a quien no quieres entregar.

Empecé a correr por la orilla de la colonia y los vi llegar al puente metálico que enlaza El Peñón con el resto de las casas: a ellos, Má y el colchón. Tomé por el desfiladero a un lado del Rancho. Unos arbustos guardaban tras de sí montones de comida echada a perder y tres marranos sueltos se daban un festín. No lejos tres vacas pastaban en la meseta, cerca de los barrancos. Salí del desfiladero a las primeras casas de la colonia de abajo, tomé un callejón, luego por

una calle, y salí al fin a Montes Azules cuando las granaderas ya bajaban en fila; Má estaba en la última con el colchón recargado en la caja de la camioneta. Volví el rostro hacia arriba y encontré mi casa con su techo de cemento.

Traté de alcanzarlos con el corazón al ritmo de mis pasos. Unos perros salieron de una casa y me persiguieron, pero con más agilidad los dejé atrás; la misma pendiente de Montes Azules le dio impulso a mi prisa. Casi podía alcanzar la camioneta. Un chota me miró sin preocuparse: la ametralladora en su regazo. Cuando Má me descubrió, en su rostro se formó una sonrisa, pero luego hizo un gesto ordenándome que volviera. "Si don Neto estuviera, nada de eso habría ocurrido", pensé. Él nunca dejaba que se llevaran a las doñas de la colonia; a los güercos, sí, los entregaba sin menor esfuerzo; a los ñores, con más razón, pero nunca se llevaron a farderas ni señoras. No le hice caso a Má y seguí detrás de la comitiva hasta que el policía, que iba con un pie en la defensa y el otro en la caja, me apuntó con su ametralladora y con la otra palma me ordenó parar. Má quiso levantarse, pero no pudo, y yo me detuve, caliente por el coraje, avergonzado por mi lento reaccionar, pero con la mirada fija en la boca del arma que me encañonaba a unos metros. Preferí concentrarme en la información, anoté mentalmente el número de la patrulla: la 4538-A.

Avanzaron una calle y volví a correr. Seguí al convoy lo más rápido por las banquetas irregulares, lejos de la mirada de los chotas. Las camionetas iban despacio, porque bajar el cerro con acelerador a fondo era una muerte segura. Cuando llegaron a la Eloy Cavazos, encendieron sus torretas para que los coches se detuvieran y luego bordearon el camellón y enfilaron al centro de la ciudad.

Quería arrancarme la cabeza y tirarla al drenaje. Quería que fuera ahí ahogándose en la desesperación y que esos mismos perros que me habían perseguido se la llevaran en sus hocicos y la mordisquearan hasta cansarse. Quería. Quería. Quería. Quería. Quería gritar, pero algo me taponeaba la voz por la vergüenza. Ahí

se me doblaron las piernas. Ahí sentí un golpe bajo, un dolor de estómago machín, de los que te hacen vomitar. El puro miedo. El puro miedo cabrón que se volvía culebra en la boca.

Entonces me acordé de don Miguel, su colchón y de cómo lo habíamos subido. Qué ingenuidad. "Yo lo puedo comprar —le había propuesto Má, pero le insistió a don Miguel— quiero saber si eres capaz de poner algo tuyo en esta casa."

Allá se alejaba el convoy. Miré en todas direcciones, no traía dinero para el 209, menos para un taxi. Sólo entonces noté la camisa sudada por el esfuerzo, y que el dolor de los golpes en la casa, apagado por la prisa, empezaba a salir de mis huesos y nervios, como quemaduras debajo de la piel. Me palpé la nariz, encontré algo de sangre, tal vez hasta me la habían roto con el golpe. Un dolor me envolvió los tobillos y me paralizó la cintura. Mis manos tenían una mezcla de polvo y sangre aún caliente. La cara me ardía. Batallé para respirar. Entonces, en medio de esa tensa desesperación, oí el silbido. Era Jeno quien se hallaba detrás de mí.

—Se cargaron a tu jefa —dijo despreocupado—. Pero pinche gente, nadie la defendió.

—¿Sabes adónde la llevan? —le pregunté.

—Sincho. Vamos, te llevo.

4

Durante la primera parte del camino tuve las manos sudadas por la ansiedad y golpeé los pies contra el piso de metal, una corriente eléctrica había hecho nido en mis codos, una electricidad tosca, de esas veces cuando te quemas los dedos al cambiar los fusibles y el albazo de luz se queda hecho un remolino en tus manos; pero conforme el 209 fue avanzando, empecé a controlarme, al ver que Jeno iba muy tranquilo. No habíamos alcanzado asiento, así que el resto de los pasajeros que también iban de pie nos daba resistencia al aceleramiento y a las frenadas del camión.

Nada me apaciguaba, menos la gente apretada en el pasillo del camión. Apretados los cuerpos, los brazos; entre todos le daban forma a un animal de muchas cabezas y extremidades, un mismo animal que se removía con aprietos en el espacio entre los asientos; tantas cabezas, manos, tantos rostros vueltos a puntos distintos en el horizonte: miradas enfocadas hacia la calle o al escote de una chica sentada o a las ventanas del camión o al techo o al letrero con el anuncio de "Bajan" pegado en la puerta trasera o a una revista de *TVyNovelas*; miradas concentradas y perdidas en la nada con tal de no hallarse a ningún otro par de ojos en el espacio reducido del camión.

Cada segundo detenido en el 209 era igual a segundos alargadísimos de Má asustada en la patrulla de los chotas. Ya irían bien lejos, pero Jeno quería tranquilizarme: "No le harán nada, sólo el susto, no se ensañan con las ñoras". Pensaba en eso cuando nos detuvimos, no sé por qué chingados, pero nos detuvimos. Jeno se abalanzó hacia la ventana, la abrió, sacó la cabeza ante la molestia

del ñor que iba sentado y dijo que allá adelante había ocurrido un choque.

—Vamos a bajarnos —le dije.

—Sobres —respondió sin cuestionarme.

Yo me comía por dentro, mis tripas se apretaban hasta causarme dolor bajo la espalda, enredándose y punzando hacia arriba, para hacerme un hueco en el estómago, como en el Mortal Kombat, cuando al perdedor le sacan los huesos de la columna vertebral por la boca.

—Pinche Efraín, andas bien desesperado, no mames —me dijo Jeno en la calle, y fue su única queja—. Además, a tu jefa la van a soltar, si lo sabré yo. Adonde la llevaron no existe la prisa, pérate.

El camión se encontraba encima del puente que cruza el río La Silla. Atrás y adelante vi la hilera de coches detenidos, el aire estaba lleno con el ruido de decenas de cláxones que recorría la avenida; iba y venía el sonido, se quedaba un rato en el fondo de la fila y de momento avanzaba hasta el sitio donde había ocurrido el accidente, por el Kentucky. Caminamos y de reojo observé a los pasajeros del camión. Apretados. Inmóviles. Esperarían quién sabe cuántas horas, porque no querían gastar otros diez pesos para tomar otro o porque les daba flojera caminar bajo el sol. Jeno sacó un chicle de su bolsa y me lo compartió. El sabor de la mora azul resbaló con mi saliva.

—Nunca vamos a llegar —maldije mientras caminábamos.

—Ya, cabrón, no sacas a tu jefa con ansias —me respondió Jeno con toda su experiencia de haber estado varias veces en la correccional—, pero si la entamban, nada más, cuando te dejen hablar con ella, dile que no se pandee. Si no se quiebra le irá bien.

Llegamos hasta el otro lado del puente. Abajo cruzaba un agua rala y llena de espuma; a las riberas del río les crecía un hierbazal acostado porque un par de semanas atrás una tromba casi se lleva la ciudad. El agua pasaba inquieta y lodosa por los caminos y callejuelas. Vivir en el cerro tiene ciertos beneficios, como mirar el horizonte, recibir la sombra antes que nadie en la ciudad, pero en la

época de lluvias la naturaleza se cobra: el agua baja con furia y lo mejor es hacer canales para encausarla y esperar. Nosotros habíamos visto con terror una cascada que había salido justo a un lado de la casa, y conforme la lluvia arreció, como pedradas cada vez más fuertes, noté cómo el agua nada más engordaba, se abultaba, hasta que rompió unas rocas y cayó en un chorro dirigiéndose, para nuestra suerte, hasta el desfiladero. Eran los problemas de vivir en el cerro, en lo más alto; otros eran los animales, siempre andaban por montones: zancudos, cucarachas, ratas lo menos. Una vez hasta se metió un zorrillo a la casa y roció su peste sobre unas cobijas que Má terminó tirando.

Metros más adelante vimos el trancazo entre los coches. Eran tres: dos estaban golpeados en las defensas y al otro lo habían embarrado contra un poste de luz. Los automóviles invadían dos de los tres carriles, y por el libre se escurrían a cuentagotas algunos conductores. Jeno se acercó a los dueños de los carros que hablaban por sus celulares, tal vez con los agentes del seguro. Se veían chistosos con sus teléfonos al oído: emputados, como si les hubiera caído una desgracia inmensa, y Jeno, a un lado, asomándose a los golpes de los autos hasta que fue acercándose a la puerta de un coche; rápido metió la cabeza por la ventana del Seat. Uno de los ñores lo descubrió y le gritó, Jeno dio un salto hacia atrás y empezó a correr. Fui tras él, crucé la avenida toreando los coches. Jeno daba zancadas veloces, era experto en huir, siempre corría así, como dando saltos, listo para emprender uno mayor que lo llevara lejos de sus perseguidores. No lo alcancé hasta que bajó la velocidad y se tiró sobre una banqueta con un árbol que daba sombra, ya colonia adentro. Cuando llegué, respiraba con mucho esfuerzo, pero pasados unos minutos soltó una carcajada.

—¿Viste? ¿Viste al ruco pendejo?

Mientras se reía, me mostró la cartera y las llaves del carro: eran de esas electrónicas. No iban a mover aquel coche por nada del mundo y el tráfico se haría aún más infernal. Sacamos las

credenciales. El dueño del Seat se llamaba Gonzalo Fernández Garza. Vivía en una colonia cerca de ahí, de las cerradas residenciales con guardias en las puertas de entrada: Laurel de la Montaña. Se veía enojado en la foto de su credencial de elector; además, traía unas credenciales del Costco, de Sam's, dos tarjetas de crédito, una de débito, la foto de una mujer y una niña.

—Han de ser la esposa y la hija… y vamos a ver —anunció mientras hurgaba en una ranura pequeña en donde encontró la imagen de otra mujer, mucho más joven que la esposa, tez blanca, cabello largo, pómulos bonitos, no más de veinticinco años—. Ésta ha de ser la novia.

Era una muchacha bonita. Tenía los labios pintados de rojo. Detrás de la foto, un nombre: Cora. Tiramos las tarjetas, Jeno dijo que ni tiempo daba para ir a vaciarlas a una Soriana; también dejamos la licencia de conductor y nos quedamos con las fotos y con el dinero: seiscientos setenta pesos que nos ayudarían a llegar más pronto al ministerio público del Centro.

Cortamos tramo por la colonia y salimos a otra avenida, pero antes Jeno se detuvo a comprarse una coca y me pichó otra. Batallamos para que nos subiera un taxi, y no los culpo: Jeno y yo estábamos flacos, éramos prietos; al menos Jeno traía el pantalón guango, estaba pelón y llevaba una cadena de oro al cuello, tintes rubios, casi quemados, le recorrían las sienes y yo, aunque vestía muy normal: el short y una camisa grande, tampoco me veía con dinero, y a eso había que agregarle el culatazo en la cara que con los minutos había ido durmiéndose.

Al fin un ruco nos aceptó con la condición de que le pagáramos antes. Le dijimos adónde íbamos y sonrió con sarcasmo, como si fuera normal que gente como nosotros tuviera que ir ahí. El taxi avanzó a buen ritmo. El aire caliente entraba por la ventana porque el don no quiso encender el clima. Jeno no dejaba de mirar las fotos de las mujeres y la niña.

—Está más guapa la esposa —dijo.

—A mí me gusta la otra —le arranqué la fotografía, pero con torpeza, de manera que entró una corriente de aire y se llevó a Cora para siempre.

—Chingado, Fray —se quejó.

Nunca me han gustado las fotos esas para los diplomas o las credenciales. Retratan algo de nosotros medio raro; cierto aire, cierto pasmo de gente asustada que quiere salir bien, pero al final sale apanicada ante una cámara que sólo exhibe la verdad: somos seres sin chiste. Las únicas fotos que guardo de papá son ésas: de sus credenciales, y no lo pintan bien. Ya ni recuerdo su funeral. Fue en una casa, en una colonia del otro lado de la ciudad, una casa que le prestaron a Má porque no había dinero para más. Al velorio fueron algunos de la obra donde trabajaba de velador, mi abuela, un tío, nadie más. Al final llegó un ingeniero y le entregó un sobre a Má con un apoyo que se había juntado entre todos, pero fue lo único.

—¿Cómo se llamará la esposa? —me preguntó Jeno.

—Quién sabe.

—Bueno, luego las escaneo y a ver si aparecen en Google. Ya ves que ya sale toda esta madre de datos ahí. El otro día un compa logró bajarle a una ruca unos cinco mil varos nomás de lo que estaba en el Face. Pinche gente pendeja, o mejor, qué bueno que hay gente pendeja.

“Tal vez”, me dije, y me dolió hacerme de esa idea. Tal vez como Má, por confiar en don Miguel. El amor apendeja, lo sé bien.

5

Durante semanas Má había hablado con don Miguel para decirle que estaba cansada de que Fredy y yo durmiéramos en el suelo. No era su costumbre quejarse así, como si esperara que alguien le resolviera el problema, pero ese día andaba amuinada, bajoneada, triste, por ese asunto de las camas. Antes ése no era problema, mis hermanos dormían en un colchón con Má, yo en el hule espuma. Luego, cuando Má y don Miguel empezaron a salir, pues, los sacaron de ahí. Así estuvimos varios meses, ellos en el colchón y nosotros compartiendo los hules que hacíamos más abultados con cobijas, hasta que una noche Má y don Miguel discutieron un rato afuera de la casa. Él trataba de tranquilizarla, pero ella ya traía un plan, así que lo corrió. "Vete a dormir con tus hermanos. —Ahí lo remató—. El colchón yo lo puedo comprar, pero quiero saber si eres capaz de poner algo tuyo en esta casa, aportar algo, yo no voy a andar con viejos mantenidos."

Don Miguel no se fue de inmediato, se estuvo un rato afuera de la casa fumando en la oscuridad. El olor del tabaco quemado me llegaba a través de la ventana abierta, pero pronto las corrientes de aire que bajaban del cerro lo espabilaron. A esa hora se escuchaban los grillos.

En el cerro el silencio no existe, siempre hay algo que vibra, un insecto, una víbora, el aire mismo. No sé si el aire en los cerros debería tener un nombre, uno bonito, como cascada, que se oiga vibrante, cientos y miles de corrientes que se van juntando como el agua cuando sale de un ojo en la sierra y se vuelve más y más gruesa; así es el aire en el cerro, tú lo sabes nuevecito, sacado del

fondo de la tierra, un olor a roca y raíces, un aire a veces frío que pasa junto a ti y luego agarra rumbo y lo mueve todo, llamándose, diciéndose soy aire, escúchenme, y, mientras corre, mueve las ramas aún en los árboles, la ropa tendida, las banderolas de los Tigres o de los Rayados que algunos vecinos tienen encima de sus casas, o las bolsas de basura.

Un ave pilló también en la noche. Sería como la una de la mañana cuando oí a don Miguel ponerse de pie y bajar a la colonia. En todo ese tiempo Má tampoco había pegado un ojo. Sólo cuando se fue la oí roncar en paz.

Lo mejor de vivir en donde vivimos es que tenemos la mejor vista. A veces saco mi colchoneta y me tumbo en el techo de la casa y ahí me duermo. Desde ahí puedo observar la ciudad de noche: las luces inmóviles y las pasajeras se mueven por las avenidas como sangre en las venas de un animal viejísimo. A veces, pienso, somos eso: luces que se mueven un ratito sobre una avenida ancha y se pierden en la noche. Hacia el sur se distingue un fuego alto: el de las chimeneas de la refinería de Cadereyta con sus llamas que nunca se apagan. También veo cuando los aviones bajan al aeropuerto que está en las afueras. Los puntitos rojos parpadean en el horizonte y se aplastan en el suelo. Un día voy a comprarme unos binoculares para seguirlos mientras aterrizan. Nunca hemos ido al aeropuerto ni sabemos cómo llegar hasta allá, pero no debe ser difícil: alguna ruta de camiones nos deja. Sería padre trabajar en un sitio así: ver el ir y venir de los aviones, gente llega, gente se va. ¡Y oír los aviones! Cuando pienso en ellos, me parece un acto de magia que, siendo tan pesados, puedan elevarse y no caerse del cielo.

Aquí lo más usual es que todos, al terminar la secundaria, se metan a trabajar de tiempo completo o en lo que sea para sacar dinero. Casi todos mis compas trabajan de medio turno en donde los dejen, como ayudantes de taqueros, como aprendices en los talleres mecánicos, otros son paqueteros en el Walmart, unos más venden periódicos; eso cuando sigues el camino difícil; en el fácil se gana

dinero más rápido sin tanto esfuerzo, pero te la rifas de verdad. Yo le he ayudado a muchos ñores de la colonia. A veces, cuando estoy pensativo, sí me pongo a ver la ciudad, y veo mi colonia, la casa donde vivo, las de los vecinos, los puercos que comen cerca de las cañadas, siempre espero que alguno se caiga para que el vecino lo haga carnitas y nos reparta. Tengo quince años y me queda claro que no quiero vivir siempre así, a salto de mata, pasando hambres, durmiendo en el suelo. Me gusta el cerro, pero quisiera vivir allá abajo, donde las calles son más derechas, donde el drenaje no se tapa, donde se respira otra tranquilidad.

Por eso, cuando don Miguel nos dijo que había comprado un colchón, mis hermanos y yo nos emocionamos un resto. Bajamos a la avenida a esperarlo en el sitio de taxis blancos. Ahí estuvimos cerca de una hora hasta que apareció don Miguel en la vieja Ford de Rico y desde la ventanilla nos dijo:

—Súbanse, Martínez —ordenó don Miguel, quien siempre nos hablaba con el apellido de papá—. Rico nos llevará hasta donde pueda.

Nos trepamos felices. Rico iba radiante, es el don que nos ayuda a casi todos aquí a llevar cosas pesadas, como refrigeradores, camas; es un ñor buena onda. El colchón era genial: grueso, suave, blanco, con una especie de colchoneta cosida encima, todo cubierto con el plástico de la fábrica. Nos fuimos de pie, porque la caja trasera de la Ford tiene un cajón metálico y apenas si cabía el colchón. El aire nos movía los cabellos, Fredy y Marcos no cabían de la emoción, pero la camioneta alcanzó a subir hasta la mitad del camino y ahí paró.

—Ni modo, Martínez —se resignó don Miguel—, hasta aquí llegamos. Haremos el camino a pie.

Rico también se disculpó, pero así es con los muebles, ni hablar.

Don Miguel era alto y delgado, su piel estaba rojiza por trabajar al sol. No aguantaba mucho en los trabajos y en temporadas flojas solía ponerse con otros señores como machetero afuera del

mercado San Pedro y ofrecía sus servicios al día: por trescientos pesitos podía descargar un camión, destapar un baño, limpiar escombro, zarpear una pared o desyerbar un campo, lo que fuera. También era azulejero; como otros vecinos rentaba las herramientas para cortar porque nuevas estaban muy caras. Después de trabajar se gastaba el dinero en cervezas y en comidas; a veces daba algo para cooperar en la casa. Quién sabe qué vio Má en él, porque a veces repela más con él que con nosotros. Llevan como dos años arrejuntados, aunque algunas temporadas él se va a buscar trabajo a otras ciudades, o a ayudarle de copiloto a un trailero primo suyo, quien sólo le paga las comidas, pero, cuando tienes poco, eso ya es ganancia.

Bajamos de la Ford de Rico y entre los cuatro sacamos el colchón, que estaba pesado, pero no importaba: sería nuestro.

—Con cuidado, Martínez. ¡Fíjense cómo jalan esta madre, Martínez! ¡Métanle huevos, Martínez!

Fredy y Marcos no son morros muy fuertes que digamos. Yo tampoco. Así que don Miguel decidió cambiar el sentido del colchón de vertical a horizontal, él jalaba y cargaba por adelante, echándose una parte al hombro; Fredy y Marcos a los costados, y yo atrás, para empujar. Seguíamos subiendo, pero cada diez o doce metros nos deteníamos. Luego volvíamos a intentarlo, pero con el peso y el sudor en las manos y el plástico, el colchón se nos resbalaba e iba a dar al suelo, casi siempre de mi lado. Don Miguel nunca nos había levantado la voz, sabía que era un derecho sin conquistar, pero esa tarde lo vi tentado varias veces a darnos un buen golpe.

—Chingado, Martínez, ¿estudiar los ha hecho tontos o qué? —nos dijo. Tanto desesperamos a don Miguel que, a la mitad del camino, nos ordenó parar—. Espérenme aquí —se metió entre las calles de la colonia. Cuando regresó, venía con tres señores casi de su edad, sin duda más fuertes que nosotros y a quienes no conocíamos.

—Son mis hermanos —dijo al fin. Sí se parecían mucho: la misma nariz angulosa, la frente, las canas prematuras. Eran como el señor don Miguel, pero versiones más acabadas o más jóvenes de él.

—¿Así que éstos son los chamacos de Leonor? —preguntó uno.

—Los Martínez, sí; están bien morralillos y van a desconchabar esta madre si la siguen jalando así —respondió don Miguel, quien andaba, como Má, por los cuarenta años, pero fácil aparentaba unos cincuenta, toda la vida.

Sabíamos poco de su familia, sólo que era el hijo de en medio; su jefa vivía allá abajo, pero no la conocíamos.

Con la ayuda emprendimos el camino hasta arriba. Llegamos hasta El Rancho y nos detuvimos un rato bajo la sombra de la anacahuita.

—Ya no falta nada —dijo don Miguel y volvió el rostro hacia abajo, a la avenida—, ya hicimos el peor trecho.

Pero faltaba lo peor: porque hasta entonces habíamos subido sobre calle pareja, sobre asfalto; a partir de ese punto tendríamos que sortear las piedras, los desniveles, el agua del drenaje que baja por canaletas arrebatadas al cerro para desaguarla. Miré a los hermanos de don Miguel y también se notaban cansados.

—¿Y si nos tomamos una cervecita para agarrar fuerza? —preguntó uno.

—Sí, Mike, manda a los muchachos por una caguama para refrescarnos.

—Ey, Martínez —dijo, y los tres nos pusimos a la orden. Dicho y hecho, el hermano de don Miguel sacó un billete de cincuenta pesos y mandó a Fredy por una caguama. Mi hermano no sabía qué hacer, así que le arrebaté el dinero y lo mandé a pedir dos cascos prestados. Se fue y volvió a los minutos con dos sucias botellas de caguamas, con ellas fui al depo de Isra y volví con las cervezas heladas, casi muertas; aún chorreaban gotas al costado cuando se las entregué. Los hombres se pasaron las botellas, uno por la frente

y otro se llevó una directamente al pecho. Siempre he sentido admiración por la gente que destapa la cerveza con cualquier cosa: tenedores, el filo de un cuchillo, una piedra, un cartoncillo. Los hermanos de don Miguel desenroscaron las fichas con la punta de sus uñas, con ellas hicieron palanca y las destaparon. Murmuraron un "aaaaah" de frescura y dieron tragos largos y refrescantes.

Tal vez nos hubiéramos quedado ahí, pero apareció Má por El Rancho. Se va muy temprano, casi a las cinco de la mañana, para estar a las seis y media en la zona de Contry o más lejos, por Brisas, de donde se desocupa a más tardar a las tres, y luego se va a vender zapatos a unas oficinas.

A Má la conoce mucha gente, porque ella es como Francisca, la de esa lectura en los libros de español de una mujer por quien viene la Muerte, pero nunca la alcanza, porque Francisca, no la Muerte, siempre anda yendo de un lado a otro para trabajar. Eso tenía sus ventajas, porque a veces Má llegaba con ropa o cosas de comer raras que le daban en aquellas casas. Ella nunca las pedía, me dijo una vez, pero cuando la gente tiene tanto, se deshace de cosas sin preguntarse si alguien las necesita. De hecho, el refrigerador que teníamos, aunque era pequeño, había sido regalo de un licenciado con quien Má trabajó limpiando su oficina; no le fue muy bien, por lo que la cerró y, para no llevarse tantas cosas, le dio a Má el refri.

Má se quedó de a seis cuando nos vio en El Rancho, sentados sobre el colchón, mientras a un lado don Miguel y sus hermanos daban cuenta de las caguamas. Se nos acercó muy decidida y sonrió al ver lo que subíamos.

—Leonor —dijo don Miguel, quien se puso en pie apenas y la vio—. Lo prometido es deuda. Mira, te presento a mis hermanos.

A Má la emocionó que don Miguel la presentara con su familia, estoy seguro de eso. Pasaron de los nombres, se saludaron y luego ella nos ordenó seguir.

—Bueno, Martínez, ya oyeron a su mamá, manos a la obra.

Empezamos de nuevo el camino: cruzamos el puente metálico, Fredy fue a dejar los cascos vacíos y nos alcanzó arriba. Varias veces tuvimos que buscar una ruta alterna, porque nos salían al camino los cables de luz con los cuales los vecinos se robaban la energía eléctrica.

Llegamos jodidísimos. Má barrió el espacio donde iría el colchón, muy cerca del otro, pero no tan pegado. Había desenrollado unas cobijas con flores estampadas y, cuando al fin lo colocamos en el suelo, rápido se puso a vestirlo decente. Fredy se iba a tirar sobre él, pero Má lo detuvo.

—Aunque tenga plástico, ni crean que se van a echar así todos sucios como andan, más tarde se meten a bañar y se acuestan.

—Oye, viejita —le dijo don Miguel—. Les prometí a mis hermanos una carnita si me ayudaban hasta acá. ¿No traerás unos pesos para comprar al menos unas salchichas para asar?

Má hizo un falso gesto de fastidio; un reproche que no escondía su felicidad, una alegría contenida. Le pasó un billete de cien pesos y don Miguel le dijo a Marcos que lo acompañara al depósito de don Israel para comprar otras caguamas y algo de carne.

En lo que iban, los hermanos de don Miguel buscaron ramas y hojas secas para armar el fuego; terminaron haciendo una fogata no muy lejos de la casa, cerca de una vereda que da a unas cuevas más arriba en la montaña, en donde en la época de la lumbre se escondían los chicos de don Neto cuando había balaceras o donde guardaban su mercancía.

Se estuvieron casi toda la tarde noche cerca de la casa cenando y bebiendo. Don Miguel entró por la mesita y la sacó. Al rato jugaban a la baraja. Las risotadas llegaban con el olor de la carne que se asaba. Marcos y Fredy ya se habían bañado. Me dejaron una tina con agua en la que rápido me zambullí para refrescarme. Como a las diez de la noche los hermanos de don Miguel pasaron a despedirse. Má ya estaba dormida. El aire corría con cierta frescura. El canto de los grillos llenaba el monte, como reclamando en la noche sus

dominios, y el sonido que producían me arrullaba, como el agua cuando cae sobre las láminas calientes. Don Miguel, cansado y ebrio, fue a echarse a la cama con Má, pero como ella estaba bien dormida ni cuenta se dio. Lo oímos pedorrearse un rato hasta que al fin sus tripas descansaron. Nosotros habíamos alcanzado algo de cena: unas tiras de carne y salchichas que habíamos pasado con tragos de refresco. El colchón era suave. Qué bien había dormido esa noche sobre él, como si al fin hubiera alcanzado la suavidad de esas nubes que a veces se enredan en lo alto del cerro, nubes frescas que desaparecen con la primera luz del día.

6

Qué tonto me sentí al recordar aquello cuando el taxi nos dejó afuera del ministerio público. Jeno se santiguó, según me dijo, porque era su primera vez ante esas puertas por decisión propia y no esposado por algún "malentendido". El edificio de cinco pisos tenía una fachada dura, de concreto, con pequeñas ventanas en la parte superior de cada piso; sólo en el primero los ventanales permitían ver una gruesa pared interior con una puerta ante la cual se encontraban un policía en una mesita y un detector de metales. Mucha gente esperaba junto a la puerta que daba a la calle; abogados entraban y salían, mientras que otras personas hacían ronda a los vendedores de cigarros, Chiclets, semillitas y pastillas de menta que se habían apoderado de las jardineras en las banquetas. A un costado del edificio, protegida por mujeres policía, se encontraba la puerta de acceso de las patrullas: una rampa gris que permitía el ascenso a los pisos superiores del edificio.

—Por ahí te meten —me informó Jeno con seriedad—; tu jefa ya debe estar encantonada. Vamos a husmear a ver si encontramos al Lik.

El Lik era el abogado que en otras ocasiones había ayudado a Jeno a salir o pasar sólo treinta y seis horas encerrado. También lo había sacado de la correccional una vez. Lo había conocido gracias a una asistente de derechos humanos y desde entonces siempre le pedía ayuda.

Jeno no era tonto. Yo lo conocía desde que era ratero de ocasión. Lo vi subir por el escalafón en la colonia; fue estaca, después vendió mota en una casa que le puso a cuidar don Neto junto con otros

batillos de la colonia. Me invitó a juntármeles, pero le dije que no, Má me cuelga; además, sólo teníamos como once años y nadie nos tomaba en serio. Él iba de recadero, luego llevaba droga con los taxistas de un punto a otro de la ciudad. La primera vez que lo vi con un arma tuve miedo de preguntarle si ya la había usado; me leyó la mente, porque me dijo que sólo era por precaución.

En el barrio tomar un arma no es cosa difícil. No las regalan, pero se sabe quién te puede dar una a cambio de lealtad. Así como tener morra te hacía pasar de guerquillo a bato, tener una pistola era otro rito de iniciación. Una temporada muchos traían, las llevaban a la escuela, las mostraban en el recreo. Jeno no era tan ostentoso, porque eso le decía don Neto. Aquí sobreviven los que la llevan tranquilos; pero luego empezó la guerra. Desde los primeros levantones supe que no tardarían en matarlo o llevárselo, pero cuando la guerra se vino con fuerza y se volvió lumbre y empezaron a desaparecer a todos, Jeno se escondió o, más bien, le bajó al ritmo. Se fue de la colonia un año o más. A veces me preguntaba si había alcanzado a convertirse en sicario, pero algo me decía que no. Esos meses en la otra colonia, en casa de una tía, me contó que se puso a estudiar de verdad, y ahí andaba entre una cosa y la otra, hasta se puso a correr con su tío, se echaban sus cinco kilómetros diarios; vivía mitad en bajo perfil y la otra mitad con los oídos alerta en la colonia para saber si ya era buen momento para regresar.

Cuando volvió, don Neto se había ido y las cosas empezaban a calmarse. Jeno regresó a lo de siempre, pero de una forma más inofensiva. Entró a la secu, pasó primero, luego lo metieron a la correccional, volvió a segundo y ya iba a pasar a tercero, aunque era de mi edad, por el año perdido. Cuando los chotas lo agarraban era por cosas de poca monta. A veces lo subían a las patrullas nada más para bajarle algo de dinero y golpearlo, porque si algo tienen los chotas es un enojo por todo. Les enoja si traes el cabello como sea. Si traes tal o cual pantalón. Si estás riéndote en la esquina con otros compas. Si acabas de salir del trabajo y parece que traes dinero. Les

enoja si estás solo ahí, de pie, esperando el camión. Y la única manera de quitarse el enojo es golpeándote cuando te detienen, cuando te suben, mientras te llevan o cuando te sueltan. Golpes bien dados en el vientre. Una vez me los mostró: anaranjados y firmes sobre su piel morena. Si algo nos unía es que todos éramos prietos, la raza de cobre como dicen en la radio: todos más color tierra que pulpa de manzana. Ese color que con las quemadas por andar de sol a sol se vuelve más cobrizo. No importa cómo nos vistamos, la piel nos delata, como las cicatrices en la frente de un luchador. Además, la finta avisa: el cabello casi al rape, salvo por un mechón libre a la derecha; las camisas guangas; la mayoría usaba el pantalón flojo por debajo del ombligo y mostraba el elástico de los boxers y Converse rojos, para ver de cuál salen más estrellas.

Adentro de la ministerial había mucho ruido: sonaban impresoras, teléfonos, en una televisión se anunciaba un programa del DIF, sólo para dar paso a otros de la procuraduría sobre cómo hacer procedimientos. Seguí a Jeno mientras intentaba ubicarme en las oficinas. Llegamos hasta un mostrador y preguntó por los abogados de oficio. El hombre, de rostro duro y enrojecido, orejas pequeñas y labios gruesos, chistó de mala gana y negó con la cabeza. Jeno dio el nombre del abogado, pero el empleado insistió en que no lo había visto.

—Venimos buscando a una señora que se llevaron del Peñón —los interrumpí.

—No, pues quién sabe. Busca a la de penal en atención al usuario —le respondió el señor de mala gana—. Aquí traen a tantos que a veces no caben y se los llevan a la casa de arraigo.

—Deja busco al Lik —me insistió Jeno—. A ver si alguien me presta un cargador; me sabía su número, pero lo cambió y ya me quedé sin pila.

Me reconocí en los rostros de los primerizos: aquellos a quienes sí les importaba su familiar capturado, esa desesperación era como un tatuaje en la cara, y la ansiedad, un trazo torpe en el ceño. En

esos ojos había urgencia, enojo, miedo. En cambio, había otras miradas de tranquilidad y fastidio. Yo me paralizaba si un chota me preguntaba para dónde iba, pero otros de la colonia no; por ejemplo, cuando capturaban por enésima vez a la Karen. Ya sabía que la soltarían más adelante a cambio de lo de siempre. O que al ser güercas estarían sólo unos días en la tutelar y luego las dejarían libres, porque ese lugar sí se necesitaba para los sicarios que ya no podían soltar. Sólo una vez las vi preocupadas, después de la matazón que hicieron unos ahí adentro; se metieron con la ayuda de unos chotas y acabaron con veinte. Ellas se quedaron paniqueadas; no querían volver, pero no dejaron de meterse a las tiendas, de guardarse ropa debajo de las blusas, de meter la mano en busca de carteras.

Regresamos a la entrada del edificio y preguntamos por la abogada de penal. Me dieron un *ticket* con un número y me enviaron a una sala de espera donde había mucha más gente. Gordos, flacos, señoras con el rostro cansado, ropas arrugadas y sucias, pantalones viejos, camisas usadas, botas vaqueras, Converse amolados; sólo éramos eso: ropa desgastada y puesta sobre asientos. Lo que teníamos por dentro era la basura del miedo.

Al rato apareció Jeno y, apenas entró a la sala de espera noté la inquietud en los otros: con Jeno no hay falla, lo ves y sabes que te va a robar, no es necesario mirarlo demasiado para tener ese presentimiento. Algo en su forma de andar, de hablar, de mirar, lo delata.

—Ya conseguí pila, deja le marco.

Jeno se apachurró junto a mí y lo vi oprimir los números en su celular.

—¿Lik? ¿Cómo anda, mi Lik? No, no, ¿cómo cree? Sí, nola… Sí estoy en la ratonera, pero nel, no, por la jefa de un compa… Sepa… ei… ajá… ei… Llegaron los chotas y se la llevaron… Ah, no sé… junto con un colchón. No, neta, yo no fui. Nel. Sí… a ver, péreme.

—Oye, Fray, ¿cómo se llama tu jefa?

—Leonor González Rivera.

—Leonor González Rivera, Lik… Ya está, no, pues hace unas dos horas. Se la llevaron de la Piloto… del Peñón; sí, la Gloria Mendiola pues, allá en el cerro, mero arriba.

—En la patrulla 4538-A —le dije, por si de algo servía.

—Sí, mire, el número de la granadera era la…

—4538-A…

—4538-A… Sobres. Al ratito le marco.

Jeno guardó su celular y me dijo que nos saliéramos, pero no quise hacerle caso. Prefería aguardar mi turno y preguntar a la abogada. Jeno no se podía estar quieto. Se levantó, se sentó, jugó en su celular, estuvo enviando mensajes, se volvió a poner en pie y luego dijo:

—Ahí nos vemos, carnal, ya le voy a poner chile a los tacos.

—Aguántame, no seas culero.

—¿Qué te pasa, carnal?, solo te estoy ayudando. Tú tranquilo, no va a pasar nada y mira cuánta gente hay, mejor vamos con el Lik. Está aquí cerca.

Pensaba en don Miguel. ¿Cómo se le había ocurrido robarse un colchón? Cuando entró a la fábrica pensé que al fin había encontrado un jale por más tiempo, porque también Má se lo había pedido: “Haz antigüedad en un trabajo, Miguel, para que te den aguinaldo, seguro, esas cosas”. La vida como machetero era difícil y poco pagada. Una vez lo había ido a ayudar. Esperamos en el mercado San Pedro un resto hasta que llegó un ñor en una camioneta del año: una Lobo bien bonita, negra, como de narcos, con los rines cromados y atrás, en la ventanilla trasera, una calcomanía de Scarface que se sabía era marca Zeta, como las calcas de la santa Muerte. Allá en el cerro, en las veredas, había un altar a la santa Muerte, bien cuidadito, con velas. La primera vez que la vi me asusté: una muerte con manto de santa, con las manos pegadas en oración. Y las velas, un montón de velas, algunas encendidas, otras no. Jeno le llevaba ofrendas, eso lo sabía.

Me asusté en cuanto la troca se parqueó frente a nosotros. Pero no eran narcos, ni que lo fueran. El señor resultó ser un tipo bien alivianado. Nos llevó a una casa por la zona de Mitras y nos ordenó sacar el escombro, la ropa vieja, los papeles de unas habitaciones, la basura de la casa y ponerla afuera, en la banqueta, pues más tarde pasaría un camión de volteo por ella. Era analista, o eso me dijo cuando me descubrió mirando unos cuadros con números de computadora, como de la película de *Matrix*.

La casa era grande; tenía tantos cuartos, tantas puertas y ventanas, grandes y pequeñas y además, era un chiquero, pero hicimos el trabajo. Sacamos no sólo escombro, sino carretadas de ropa, papeles viejos, algunos muebles parecían haber sobrevivido a una inundación. ¿Cómo puede alguien tener tanto y lanzarlo a la basura? Me acordé de doña Lupita, que iba siempre con un carro de supermercado por la colonia y recogía botes de aluminio, maderas, cosas que luego amontonaba afuera de su casa, sólo por acumular o para revender las botellas y las latas cuando se juntaban.

Don Miguel andaba de buenas o quería quedar bien conmigo, porque recién se había rejuntado con Má después de uno de sus pleitos, pero esa energía le duró sólo hasta el mediodía, y el resto de la tarde la pasé haciendo el trabajo por ambos. El don volvió como a las dos y nos trajo unas tortas de pierna de cerdo y unas papas fritas que devoramos en un santiamén. Yo me tiré en el pasillo, en la sombra, a descansar, mientras don Miguel hacía lo mismo en el patio. Me llegó el olor del cigarro y luego una tos. Salimos de la casa a las seis de la tarde, sudorosos, y apestamos el camión y a sus pasajeros. Había sido un trabajal y sólo me pagó cincuenta pesos, él se quedó con trescientos cincuenta. Así nunca nos haríamos ricos.

Don Miguel nos había fregado. ¿A quién se le ocurre robarse un colchón de una fábrica de colchones, ir con él por toda la ciudad, treparlo al cerro?

—Oye, Fray —así me decía Jeno, porque nunca me gustaba meterme en más problemas de los necesarios y decía que con esa

actitud no iba a sobrevivir en la colonia—, voy a salir a regar el zacate, ai vengo.

Jeno salió y me quedé aún más solo. Tenía frío porque adentro, al menos en esa parte donde me hallaba, sí había aire acondicionado. Salía de una ventila casi encima de mi cabeza y la brisilla me llegaba hasta los cachetes. De la preocupación por Má pasé a inquietarme por Fredy y Marcos. Busqué en el reloj del cel: la tarde había avanzado y faltaba poco para que mis hermanos salieran de clases. Se iban a asustar al ver la casa sola.

—Número 93 —murmuró un hombre.

Pasé hasta un escritorio donde un licenciadillo me dijo que me sentara. Rápido le conté lo ocurrido y di el nombre de Má. El hombre buscó en unos legajos y luego tecleó algo en la computadora.

—Sí, aquí dice que es culpable de robarse un colchón de la fábrica de Don Descanso.

—No, no, señor, el que hizo eso se llama Miguel Saldívar. Vive ahí también en la colonia, él fue. Por él iban los polis, pero se llevaron a mi mamá.

—Pues sí, mijo, pero ¿dónde estaba el colchón? Aquí dice que hasta tenía el plástico de la fábrica puesto todavía en el domicilio… domicilio conocido.

—Pues él lo llevó hasta allá.

—¿A poco lo subió solito? Estoy seguro de que hasta tú lo ayudaste, ¿o no?

Me puse tenso. Me quedé callado, porque también me iban a meter al bote.

—Sólo quiero saber dónde está mi Má. Se la llevaron en la patrulla 4538-A.

El empleado sonrió con sarcasmo.

—Ah, qué morro este. Ya se la saben de todas todas.

El hombre volvió a escribir algunas cosas en su computadora y al fin negó con la cabeza. Luego mandó llamar a un muchacho y le dio unos datos. El chico se fue por entre las oficinas, se perdió en una

puerta de la que no salió hasta unos diez minutos después y le entregó un papel al hombre del ministerio.

—Uy, morro —dijo al fin el hombre—. Ya tu caso se complicó. No trajeron a tu mamá para acá, se la llevaron directamente a la casa de arraigo. ¿Sabes dónde está?

No sabía dónde estaba, pero conocía el significado de sus palabras. La fianza. La inalcanzable fianza. Si no la reunía pronto me la iban a entambar.

—¿Para qué se andan robando lo que no es suyo, chingados? Nada más para eso sirve la gente del cerro —me regañó el hombre.

Salí triste.

Me dolía la cara, donde llevaba los golpes del chota. Alguien me había lanzado desde lo más alto de la casa; del techo de cemento de mi casa bonita cuesta abajo y mi cabeza resbalaba entre la suciedad del chiquero, las piedras, los vidrios, los escupitajos de todos, la mierda de quienes vivían en el cerro y bajaba en las aguas negras hasta la avenida; alguien me revolcaba en otra mierda, en otro polvo, en otros vidrios, en la basura que se pegaba a las axilas; en mi piel que tomaba la consistencia de los papeles grasientos para servir los tacos de bistec, que quién sabe si en realidad era bistec, junto a las etiquetas lustrosas de las botellas de cerveza, Pinol y cloro; mientras me revolcaba, mis dedos se volvían el filo de las corcholatas, de los arbustos espinosos, mis huesos se oxidaron como las varillas que apuntaban al cielo de las decenas de casas a medio construir y mis cabellos eran sólo cables, tiritas de plástico de las bolsas de basura, hasta que al fin llegaba a la avenida Eloy Cavazos convertido en un montón de basura.

Cuando salí, me dirigí hacia un descampado para tomar aire, como si los edificios, los coches y la gente me lo quitaran, y me senté en el filo de la banqueta. Pobre de Má, allá sola, en la casa de arraigo, con los violadores y ladrones, con el montón de asesinos y sicarios junto a ella; a lo mejor ahí estaba en realidad don Neto y él podría ayudarla. Esa idea me tranquilizó, preguntaría por él en la

colonia… pero luego recordé que ellos no dan un favor de a gratis, todo se lo cobran.

Afuera encontré a Jeno, quien fumaba, y me dio buenas noticias: iríamos a ver al Lik. Aún quedaba algo de mí; algo de piel por ofrecer. Nos pusimos en marcha hasta su oficina, no se encontraba muy lejos del ministerio público, estaba en un edificio pequeño de cinco niveles con un ascensor viejo que chirriaba en cada planta, en el último piso, en un pasillo interminable con puertas metálicas a los costados y los nombres de los abogados, doctores y dentistas que ahí trabajaban.

Jeno timbró en la penúltima oficina con el nombre de Abogado penalista, Lic. Raúl Morcillo Bautista. "Sólo los licenciados penalistas tienen nombres deprimentes", pensé. La puerta se abrió y nos recibió una chica como de dieciocho años. Jeno se acercó y la saludó campechanamente. Era de estatura mediana, cabello rizado y hasta el cuello, de piel blanca, ojos pequeños y labios rosados. Llevaba varias pulseras de colores, una blusa blanca y pantalón de mezclilla. Nunca había visto una chica tan linda como ella, tanto que se me hizo un nudo en la garganta y por momentos se me olvidó todo.

—Venimos con el Lik —dijo Jeno con mucha confianza—. Fray, mira, ella es Estrella; es sobrina del licenciado Raúl.

Todo atontado me le acerqué y le extendí la mano. Estrella hizo por saludarme. Al fin extendió la suya y, apenas la apreté, sentí bien raro, una palma suave y tibia, sin sudor. Su mano era muy cálida y blanda, no sé cómo explicarlo, como apretar una esponja. Al momento me miré en sus ojos: flaco, desnutrido, sudado, con la camisa larga, el cabello corto, los zapatos gastados.

No se parecía a nadie de la colonia o, al menos, a las morras de allá. Yo en segundo había tenido novia, Irma. Estaba algo flaca, pero me latían mucho su boca y su voz. Anduvimos unos meses y fajábamos, como todos, en el cerro. A veces nos íbamos a comer elotes al centro de la ciudad, a Morelos, y volvíamos de noche al cerro. Ella quería estudiar enfermería. Anduvimos unos meses hasta que se cambió de casa. Su jefe me caía mal por borracho; una vez le

gritó delante de mí y la quise defender, pero no se dejó. Aun así, yo creo que no nos queríamos tanto porque ya no nos buscamos en cuanto se cambió. Irma había sido mi primera novia y, aunque después, en los bailes que se armaban en algunos cantones me ligaba a una que otra chava de la cuadra, no pasaba nada y tampoco les insistía. Como que aún andaba ciscado. Estrella sí que era de otro nivel.

—No tarda en venir, espérenlo ahí —señaló hacia un par de sillones.

Nos sentamos, pero tenía la necesidad de mirarla. Su cabello rizado se veía fresco y natural, a diferencia del pelo de las chicas de la colonia, que siempre lo traen recortado, en mechas, con muchos colores. Estrella acomodaba unos papeles y luego revisaba archivos en la computadora frente a ella.

No pasaron muchos minutos hasta que la puerta chirrió y apareció el Lik. Saludó a Jeno y nos pidió pasar a su oficina. Se saludó de beso en la mejilla con su sobrina y, ya con nosotros, dejó su mochila sobre un sillón. No vestía como abogado: traía una camisa gris, fajada en el pantalón de mezclilla y tenis blancos. Lo que me sorprendió era su rostro: se veía demasiado joven, no sé si me pueda explicar, tendría unos cuarenta años, pero aparentaba, mínimo, unos diez menos. Eso, no sé, me dio confianza, pero luego ésta desapareció cuando me dijo que ya había investigado algo del caso y no me daba buenas noticias.

—Es que esa empresa de donde robaron el colchón es bien brava. El abogado dio algo extra, por eso se la llevaron luego luego a la casa de arraigo; ya he visto juicios como ésos, son rapidísimos y siempre terminan mal. Ahorita debemos meter una serie de amparos para detener unos procedimientos —trataba de entender lo que decía, pero el Lik rápido me indicó—: para qué te explico. Mira, Fray… ¿cuál es tu nombre de verdad? ¿Efraín? Okey, Efraín, a tu mamá ya la tienen en la casa de arraigo. Y mira, muchacho, ni siquiera están preocupados porque tu mamá sea culpable o

inocente. Van contra el que sea, siempre y cuando puedan dar un escarmiento. Antes di que no los acusan de algo peor.

—Pero fue don Miguel, la pareja de Má.

—Quien haya sido, no te digo mal, igual y al don Miguel ya ni lo buscan. Y el caso va a costar. Yo te ayudaría, pero debo involucrar a la Comisión de Derechos Humanos del estado por lo arbitrario: entraron sin alguna orden judicial de cateo, se llevaron a un tercero con lujo de violencia… el problema es que ya está adentro y traen un desmadre porque les cortaron más de la mitad del presupuesto por "la austeridad", y, te digo: el verdadero problema es que ya la metieron.

El desánimo me apretó el cuello.

—¿Y esos golpes? —me preguntó el Lik.

—Los chotas.

—Déjame tomarte fotos.

Sacó un celular y tomó varias imágenes, de cerca, de lejos.

—Esa gente no cree en la justicia. A veces los entiendo, vivir rodeado de violencia y corrupción los embrutece. Voy a levantar un acta por los golpes. Ten, éste es mi teléfono celular. Voy a indagar, pero necesitaré algo de efectivo. Es un pago simbólico, si lo quieres ver así, pero no hago nada sin antes una transacción. Es mi regla. Gratis nada, con oferta, todo. Mira, ni siquiera el dinero es para mí, es para los contactos ahí adentro, para conseguir más información. Ve y consigue el efectivo y me empiezo a mover mañana.

—¿Hasta mañana?

El Lik hizo un gesto de tranquilidad.

—Ya sé, te están comiendo los minutos, pero no hay nada por hacer. Adentro está a salvo, ahí no comparte celda. Ahí se va a quedar dos o tres días y nos da tiempo para movernos, pero necesito ese dinero y, tras él, necesitaré más. La justicia se alcanza, pero con dinero se adelanta.

—¿Y no hay abogados defensores, de esos que no cobran nada?

—¿Pues qué crees que soy, chamaco?

El Lik volvió a ver a Jeno.

—Mira, Efraín, te lo voy a explicar una vez más: adentro todo es *money* y *money* y más *money*; si no me crees, pregúntale a Jeno.

Volví el rostro para buscar a mi amigo y éste asintió.

—Pero no tengo.

—Mira, chamaco. Te lo voy a decir francamente, porque así es la única manera de que lo entiendas: a los chotas y a los licenciados de ahí adentro eso no les importa. Tu mamá es otro número, y uno al que le pueden sacar dinero, ése es su verdadero trabajo, no hacer justicia: sacar dinero del que se presume ladrón, asesino, violador, estafador, lo que quieras. Ponte las pilas, consigue el varo y tráelo mañana para ir a la casa de arraigo y tranquilizar a tu mamá de que alguien va a cuidarla legalmente.

Me quedé callado, pensé machín en mis hermanos.

—¿No puede ir ahorita? Má ha de estar preocupada.

El Lik sonrió.

—No, Efraín, no puedo ir, pero haré algo por ti, para que me creas. —Dicho eso, sacó su celular y marcó un número. Se puso en pie, no sé si para darse importancia o qué; después sonrió y saludó a alguien por la línea, intercambió algunas bromas con quien hablaba y luego el Lik repitió el nombre de Má y agregó—: Dile que la voy a defender, ya hablé con su hijo… —Y entonces, volviéndose hacia mí —: ¿Cómo te llamas, tú y tus hermanos? —Tartamudeé al responder. El Lik repitió mis palabras, pero era como oírlas muy lejos, palabras sin sentido alguno, sin peso, escapadas sin alma de mi boca. Algo dentro de mi cerebro se apagó: era la ansiedad que se volvía delgadita y larga, muy larga, tan larga como el camino desde ahí hasta la colonia—. Así le hacemos —dijo al fin el Lik, luego hizo otra broma, soltó una carcajada y colgó—. Bueno, Efraín, ya quedó esto. Consigue el dinero para mañana. Ahora ya chíspense, que tengo otros clientes. Y no te preocupes. Saldrá.

—¿Y cuánto?

—Cinco, con eso empezamos.

¡Cinco mil! Lo de un mes de trabajo de Má. Era un dineral. Cuando salimos, ya casi caía la tarde. Estrella ya no estaba. Jeno aún tenía suficiente dinero del que había robado del conductor, así que de camino a casa nos paramos en un puesto de tacos. Mis sentidos me engañaron porque, aunque olía deliciosa la carne sobre el asador, con las papas y la cebolla asada, cuando di las primeras mordidas aquello me supo a papel. Jeno me dio dinero para llevarle un par de órdenes a mis hermanos y me acercó un par de billetes de doscientos pesos.

—No es mucho, carnal, pero el dinero va y viene, ten lo que nos sobró de la mañana, para que te ayudes con tu jefa; hoy por ti, mañana por mí. Al cabo, billeteras en los bolsos de la gente hay un chingo en el mundo y siempre es fácil quitárselas.

Subimos por Montes Azules y, cuando llegamos al Rancho, Jeno se encontró con unos morros y se quedó con ellos en lo que yo emprendía el camino a la casa. Antes de despedirnos, insistió:

—¿Ya todo tranquilo, carnal?

—Pues ahí.

Jeno volvió a ver a su banda y agregó:

—Si quieres, pregunto entre la raza, a ver si alguien tiene conectes adentro y le ayudan a tu jefa; no faltan compas ahí —me dijo—. Pero ya sabes que no será gratis. Tú me dices.

Vacilé. Jeno había sido estaca con don Neto; a veces le transportaba mercancía en taxis por la ciudad. Conocía un resto de banda que andaba en eso: algunos afuera, muchos adentro, la mayoría ya muertos o desaparecidos, aunque tenía razón. Adentro toda la ayuda era cobrada, pero te hacía fácil la estancia. Aun así, no dudé.

—No, así déjalo, vamos a ver con el licenciado a ver qué dice.

Subí a casa en silencio. De las casuchas aledañas salía el ruido de algunos televisores y radios. Un cerdo chilló allá abajo. El aire corrió un poco más fuerte. Miré la ciudad ya anochecida. Me sentí espiado. Al fondo, rumbo al aeropuerto, se levantaban unos graneros

inmensos de una fábrica que nunca había visto de cerca. Las luces de los coches en las avenidas allá a lo lejos iban y venían en el orden de siempre. Muy a lo lejos las llamas de las chimeneas en la refinería en Cadereyta flotaban en la oscuridad. Me encontré a Fredy y a Marcos sin camisa, en short, mientras me esperaban en la casa; había olvidado que ellos tenían llave. El calor apenas empezaba a bajar.

—¿Y Má? —preguntó Marcos con algo de esperanza de que viniera atrás de mí.

Negué con la cabeza.

—¿Tonces es cierto? —preguntó Fredy.

—Ei.

Marcos se soltó a llorar y lo dejé, ¿para qué le quitaba la intención?, si era justo lo que yo quería hacer desde que se la llevaron. Unas vecinas les habían dicho cuando llegaron de la escuela, y por eso no se sorprendieron al ver la casa destrozada y a oscuras.

Les pregunté si habían visto a don Miguel.

—Me contaron que lo vieron correr del depo de Israel cuando le chismearon que los chotas se habían llevado a Má.

—Pinche viejo culero —dije al fin—. Ya conseguí un abogado. Mejor pónganse a cenar y ahorita vemos cómo le hacemos. Vamos a sacar a Má, van a ver.

Les pasé las bolsas con los tacos y mis hermanos se sentaron en el suelo a comer. Había levantado a medias el tiradero dejado por los policías. Pensé en Estrella.

Tomé la linterna con la que a veces nos alumbramos cuando alguien les mueve a los diablitos allá abajo y nos quedamos sin luz, y caminé por una vereda que sólo Má y yo conocíamos. Allá arriba, el ruido de los saltamontes, el aletear de algún pájaro nocturno y el viento a sus anchas dejaban su rastro en mis oídos. Allá abajo, la ciudad comida por la luz, puros puntitos parpadeantes. Al fin encontré lo que buscaba: un grupo de tres piedras medianas,

aplanadas, una sobre la otra, como dejadas ahí por el tiempo y el cerro. Me senté y escarbé a un lado. No tardé en dar con el bote de Cloralex tapado con el hule de un globo roto. Lo desanudé y saqué el dinero. Los billetes estaban enrollados, eran los ahorros de Má y míos, de los jales en los que había andado. Conté el dinero: dieciséis mil seiscientos pesos. Tomé lo que necesitaba para completar los cinco mil, y un poco más para lo que se fuera a necesitar; luego, volví a enterrar el bote un poco más lejos de las piedras.

Cuando bajaba por la vereda, una corriente de aire muy fuerte y fría me rodeó y casi me levantó del suelo, pero me aferré a unos arbustos. A veces, corre muy fuerte el aire y se lleva los techos de lámina de las casas allá abajo, y en ocasiones hasta algunas gallinas emprenden el vuelo; también camisetas, pantalones y calcetines planean cerro arriba en los aironazos. Cuando eso ocurre, me hago a la imagen de que me caigo del cerro hacia el cielo, y veo cómo todo va quedándose atrás; cuando vives tan alto es fácil soñar con el vuelo.

Cuando llegué a la casa oí a Fredy decirle a Marcos que él también haría lo que fuera para sacar a Má de la cárcel, que si le daban una cuernos de chivo iba por ella y a punta de balazos la rescataba. Marcos lo oía con atención. En una casa más abajo, una rola de Control Machete sonaba: “Como el humo voy, y como el humo vengo, salgo de la noche, marco el pavimento y es que sin razón viajo en el tiempo…”.

7

Tuve insomnio porque el dolor en el rostro no terminaba y ni pastillas para quitármelo.

Salí de la casa y me senté en la roca cuadrada junto a la puerta. Quién sabe cuándo se desprendió del cerro, cuántos años estuvo ahí, sin ser más que una roca hasta que papá la trabajó. Sobre la ciudad, en los picos de las montañas cercanas, las nubes eran alargadas, como cigarros. La noche tenía un color azulado oscuro. “Piensa, Efraín, piensa”, me dije. Hice un plan. No sabía cómo era la casa de arraigo, pero la sabía con mejores condiciones que el penal. Algunos vecinos de la colonia habían pasado algún tiempo en los dos sitios y siempre hablaban bien de la casa de arraigo, cosa común.

Las celdas, la cárcel, la casa de arraigo, la correccional. Como Jeno, otros: Rulo, Sanchís, Parca, Mole, El Turu. Era lo normal: entraban, salían, volvían a la escuela, aunque hubieran perdido un año. Casi todos le entraban a la mota, algunos a la coca, luego se refugiaban en las casas de control de adicciones de los aleluyas para limpiarse una temporada; se ponían a vender taquitos de deshebrada en los cruceros para ganar algo de dinero y pasado cierto tiempo caían de nuevo y el ciclo se reiniciaba; hasta que dejaron de asistir a las casas de control porque los Zetas mataron a varios en algunas de ellas persiguiendo a alguien por quién sabe qué cosa y agarraron parejo. Ahí habían matado a Javo, quien era el segundo después de don Neto. Y a tantos más. Durante la época de la lumbre cada dos o tres días nos llegaban las noticias: a Luisfe lo mataron en la Eloy Cavazos, afuera de una ferretería; a Lupe y

Telma las levantaron en su casa, hasta a sus abuelitos se habían llevado; el cuerpo del loco de Carlos, con quien estuve en la primaria todos los años, un día apareció ahí, tirado, como nada, en una barranca, sin zapatos. Siempre me he preguntado por qué a algunos les quitan los zapatos, aunque lo sé: para decirle a todos que no pueden huir.

Los que tenían más suerte se iban a otras colonias, o sus mamás los enviaban a los pueblos de donde eran, o estaban tan poco metidos en el bisnes que nadie les hacía caso, porque no sabían nada o los contrataban forzosamente, como a Jeno. Y así, como ellos, había otros con los que no se metían, tal vez porque olían que no tenían el ánimo o la fuerza. A mí nunca se me apareció una camioneta en la noche para darme un encargo, para ofrecerme un trabajo; de la escuela a la casa, a los jales, pero quien sabe cómo me hubiera ido de haber tenido quince años en esa época. Los hijos de Leonor teníamos suerte. Era así de simple.

Con los ñores era diferente. En la secu nos juntábamos a platicar a la hora del receso y nos contábamos las historias de los narcos de la colonia; algunos hasta llevaban videos de gente a la que torturaban, pero no todos aguantábamos ver eso y mejor nos íbamos. Esos compas, al salir, se iban directo a las camionetas que esperaban afuera y cambiaban el dinero por la mercancía, porque en el salón había un díler que vendía sobre todo mota en bolsitas de plástico. Siempre vivíamos al filo de la ley o bordeándola, como una de esas aguas que caen del cerro cuando llueve. Y todas esas historias se sabían, crecías con ellas y la certeza de que debías hacer algo muy malo para en realidad pudrirte en la cárcel. Algunas de esas historias también nos las contaba don Miguel. Desde ahí debí desconfiar, siempre intentas repetir lo que admiras. Pero él no era narco ni ladrón de verdad, sólo un torpe ratero de colchones. Si hasta risa daba.

Pero con Má la cosa era distinta.

Una vez nos llevó a una casa muy grande donde le pagaban bien por el aseo. Desde la entrada te quedabas con la boca abierta nada más de ver la cocina: una estufa con seis quemadores; un refrigerador como de cristal, de dos puertas; una alacena grandísima, atiborrada de galletas de varias marcas, bolsas con tostadas, Zucaritas, Choco Krispis y otros dulces.

Nos ordenó quedarnos en la cocina y no salir de ahí hasta que terminara, como si nuestro andar por las habitaciones fuera algo malo; además, la casa estaba sola. Los dueños trabajaban durante el día. En la cochera amplia solo andaba el sol. Fredy y Marcos tendrían como nueve y siete años y se les hizo fácil… Má me envió a una tienda bien lejos a comprar unas cocas para la comida. El señor le daba permiso de tomar del refrigerador, pero ella no quería, porque la gente es así: si uno toma algo, luego van a creer que lo siguiente es robar, así que mejor no alimentar esas ideas.

Todo el camino me sentí espiado, pero de una forma distinta a como se sigue en el cerro. Allá es para ver si traes algo de valor o con quién andas; acá era una sensación diferente, el peligroso eras tú. Me veía en el reflejo de los vidrios de los coches y me sentía ajeno a esa colonia con las casas grandes, jardines con árboles inmensos y bien recortados, bardas y rejas con cámaras de seguridad; era como estar en el interior de una revista de mansiones, de esas del año del caldo que luego venden en el tiradero de Montes Azules. Un ñor que vigilaba una casa se me quedó viendo cuando pasé frente a él y hasta vi cuando sacó un *walkie talkie* para llamar a alguien. Yo nunca había visto tantas cámaras de seguridad como esa vez. Desde entonces siento que traigo una encima de mí; una cámara vigila mis pasos cuando voy a esas colonias; otra cuando la gente me topa en los centros comerciales y creen que los puedo robar; una más cuando voy cerca de alguien que anda bien vestido, con saco y toda la cosa y presiente mis pasos y se cambia de banqueta para que no lo siga. Todo el tiempo estoy siendo vigilado. A veces, cuando vamos en bola, no pasa nada. Nos escondemos,

jugamos, nos tiramos carrilla, nos reímos, nos metemos adonde sea, no hay fijón. Pero cuando vamos solos al Centro o nos acercamos a algún sitio, sabemos que nos observan. A veces, cuando voy con Jeno al Walmart, lo confirmo: el oficial nos mira, las cajeras, algunas señoras esperan que hagamos un desmán, una jauría de cámaras de seguridad nos olfatea y nos persigue. A algunos como Jeno eso les vale y como quiera estiran la mano, pero muchos otros como yo, lo sé, más pegamos los brazos al costado para que nadie nos culpe.

Con esa sensación regresé con las cocas y encontré a Má limpiando la cochera. Entré a la cocina y no vi a mis hermanos, así que empecé a buscarlos. La casa tenía varios cuartos y niveles. Uno era biblioteca, tenía no sólo libros, sino también varios cuadros. Libros, qué cosa. Yo nunca había visto así en cantidad. Digo, sí, los de la escuela al inicio de año, pero en esa casa había tantos acomodados por colores. Uno, puesto sobre una mesa de centro, grandísimo, se llamaba *Grandes descubridores y conquistadores*. Ni quise abrirlo, pero se veía muy interesante. En esa habitación había muchos muebles de madera, cuadros y miniaturas de soldados. En la sala, limpísima, se me antojó sentarme sobre los sillones de cuero. Avancé por un pasillo y me asomé por varias puertas, sin éxito, hasta que al fin encontré a mis hermanos en una bodega trasera donde había cajas, herramientas y otras cosas desordenadas. Luego oí el crujido: estaban comiéndose unas galletas.

—Pinches chamacos —les dije—. ¿Qué andan haciendo aquí? ¿Y si llegan los señores?

Mis hermanos se espantaron, porque ya traían el miedo alerta desde que habían salido de la cocina.

—¿De dónde agarraron eso?

Se veían fabulosas: las galletas tenían una base de harina y un malvavisco cubierto de chocolate con trozos de fresas.

—Estaban ahí.

Sobre una mesa encontré un paquete con envolturas rotas. Leí el nombre de la marca y jalé a mis hermanos de regreso a la cocina,

pero ya en el pasillo nos esperaba Má. Se puso roja del coraje y la vergüenza o no sé qué le pasó por los ojos cuando nos vio.

—¿De dónde vienen?

Fredy ocultó la comida y Marcos lo imitó, aunque con torpeza. Má se acercó y les ordenó que le mostraran las manos. En cuanto encontró las galletas vi el horror en sus ojos.

—¿Quién les dijo que podían agarrar lo que no es suyo?

El gesto en su cara lo decía todo. Má, cuando pegaba, lo hacía muy bien. A mí alcanzó a cintarearme hasta con ramas de arbustos que cortaba en el cerro, pero desde que papá había muerto, aquello se le quitó.

—Pongan la mano —les ordenó.

—Pero nomás fue una —dijo Fredy.

—No, mamá, no —gimió Marcos.

Ya sabían el castigo.

—Ni lloren.

Sendos manotazos cayeron en sus manos con todo el enojo que Má traía. Mis hermanos se pusieron rojos del dolor, luego el miedo les blanqueó las mejillas. En el suelo quedaron las migajas de las galletas.

—Chamacos estos, no saben lo que significa para esta gente la confianza. Somos sus criados, aunque no nos llamen así; somos sus criados, aunque nos den un raid o nos regalen cosas, aunque les cuidemos a sus hijos o les hagamos la comida; sólo somos sus criados.

Ni yo supe por qué Má dijo eso, pero mucho tiempo después lo entendí, lo he entendido. Es simple. Sin problemas lo he aceptado. Unos están allá, otros acá y otros nos las apañamos como podemos.

—Vi de esa marca en la tienda —le dije para tranquilizarla.

Sus ojos se abrieron, aliviados.

—Vete a comprarlas, mijo. —Se sacó rápido unas monedas de la bolsa de su pantalón—. Ándale, córrele. No tarda en llegar el señor, siempre viene a comer.

Volé a la tienda. Todos los coches que pasaban cerca de mí eran del dueño de la casa. “No corras”, me dije, pero aun así aceleré el paso y compré las galletas y regresé justo cuando el don entraba a la casa. Se me quedó viendo de los pies a la cabeza, sorprendido de que entrara tan campechanamente a su casa.

—¿Eres el hijo de Leonor? —preguntó, inquieto.

Asentí.

—Me asustaste —y entonces sonrió—. ¿Sabes si tu mamá ya hizo de comer? Vengo de prisa y corre.

Volví a asentir.

El don entró a su casa y me quedé en la cochera. El sol me pegaba en las pantorrillas. Me quedé ahí, esperando lo peor. Mis manos derretían las galletas dentro de su empaque. Nunca he sabido si Má exageraba. Ya me iba a mover cuando el don volvió a salir con un tóper en la mano y se me quedó viendo unos instantes antes de entrar a su coche.

—¿Me dejas salir? —preguntó, divertido, y cuando mi vista se dirigió al tóper, pensó que debía explicarlo y dijo—: Comer en casa es más sano… pero las prisas...

Me hice a un lado. El tipo se despidió con una sonrisa y se fue. Cuando entré, Má lavaba unos platos sucios.

—¿Qué pasó?

—¿Las compraste?

Le mostré las envolturas con las galletas.

—Dámelas.

Fredy y Marcos estaban cerca del refrigerador, habían llorado. Má les dedicó unas miradas de fastidio, el regaño aún no terminaba. Luego se sentó a la mesa, abrió el envoltorio, sacó una galleta y se las comió una a una, tranquilamente.

—En esta familia no robamos —sentenció.

Luego, mis hermanos me contaron que, mientras le servía al señor la comida para llevar Má le extendió unas monedas. El don se sacó de onda y ella le confesó que esos chamacos se habían comido

unas galletas, y prefería mejor decirlo de una vez y saber si ya no serían requeridos sus servicios. El don estaba como ido, miró por la ventana y preguntó por qué estaba yo afuera. Al fin, sonrió, le respondió que no se preocupara: “Gracias por decirme, pero sólo son unas galletas y ya sabes que puedes comer de lo que haya, tú y tus hijos, sólo me dejan. Ya debo irme, aquí te dejo para el pago de la luz y el teléfono, de lo que sobre, te compras unas galletas para ti y tus chamacos”.

De camino a casa, Fredy me dijo:

—Qué exagerada, nada más eran unas galletitas. A la otra, las voy a agarrar y me las chingo de un bocado. ¿Viste lo que guardaba en esa casa? Ni saben lo que tienen.

Má pagó la luz y el teléfono, pero no nos compró nada.

—El día que se dé cuenta te corre de la casa.

—Nah… luego voy con Luisfe y los otros y nos metemos al Oxxo de la avenida y en bola sacamos cosas y nunca nos han pescado —me confió.

—Pues hazlo si quieres, pero no le enseñes a Marcos.

Nunca nos volvió a llevar a una casa donde trabajaba y era una lástima: jamás había visto sitios tan bonitos por dentro y por fuera. Ya sólo mirar sus interiores, esos muebles, esos adornos y cuadros, ya era un robo.

En la madrugada sentí la boca amarga, y cómo quise tener una galleta de chocolate para pasarme esa saliva agria que me ardía bajo la lengua. Cuando al fin el sueño estaba por alcanzarme, un ladrido bajó de lo alto de la montaña, en cuya punta parpadeaba una de las antenas de televisión. Fue un ladrido seco, casi un aullido o era un lamento o tal vez un disparo, una ejecución. No sería la primera vez. El cerro está lleno de tumbas y cuerpos, de fantasmas que claman por su justicia, pero nadie se las dará. Un escalofrío me recorrió la nuca cuando sentí que algo se movía en la oscuridad. Mejor me metí. Tal vez fuera el viento… o tal vez alguien iba al altar de la santa Muerte para dejarle una ofrenda a esa hora de la noche.

8

Esa mañana no fui a la escuela y les ordené a mis hermanos irse a clases si no me veían llegar a la una. Al principio no querían obedecerme, pero terminaron por hacerme caso. Fredy me dijo que él podía empezar a trabajar a la de ya para cubrirle su lana al abogado.

—Nel —le contesté—, de eso me encargo yo.

Había decidido ser como Má, tratar de pensar las cosas como ella hubiera querido. ¿Qué haría si estuviera en mi lugar? Primero, pelearía para volver a la normalidad. No había nada para desayunar, así que bajé con la panza vacía. Les dejé a mis hermanos un poco de dinero para que se compraran el desayuno.

Antes de llegar a la avenida pasé por la casa de don Miguel. Estuve toque y toque a la puerta de lámina, pero nadie abrió. Esa casa siempre estaba llena de gente, ahí vivían como quince personas, pero no salió nadie. Ya lo encontraría. En la avenida, en la parada del camión, debajo del puente peatonal, me encontré al Turu, que vendía periódicos; una temporada lo había ayudado a hacer entregas, pero se ganaba muy poco. Me preguntó si ya había dejado la escuela, le contesté que no: “Voy a un mandado”. “Sobres”, me respondió. Se acercó mi camión, así que me despedí y me trepé; no alcancé lugar y me fui en los escalones de la puerta trasera, un pie en el escalón y otro en el aire. Las tripas me gruñeron y me llevé la mano al bolsillo del pantalón para acariciar los billetes.

¡Era mucho cinco mil pesos! Con cinco mil pesos podíamos comprar como doscientos cuarenta litros de leche o ciento sesenta caguamas o doscientos cincuenta kilos de tortillas; nos podrían durar

para comer unos meses a puros frijoles y pan o podíamos jugar doscientas horas de videojuegos con Isra; comprar ochenta órdenes de tacos de barbacoa los domingos, doscientos clones para el DVD o comprar cincuenta pollos para asar o veinte pares de tenis nuevos en el tiradito.

Si yo tuviera cinco mil pesos libres, solitos para mí, me compraría muchas naranjas y luego las vendería. Con el dinero de la venta de las naranjas compraría el doble y las volvería a vender; ya con ese dinero me compraría un carrito para llevarlas por la calle y venderlas a más gente, y con ese dinero juntaría para poner un puestecito, algo leve, pero al fin y al cabo un puesto, a un lado de la parada del camión, con una licuadora, sólo una, para vender licuados y jugos. Ya con el dinero de esos licuados y jugos podría comprar más licuadoras, contratar a un chamaco también del Peñón, y luego poner otro puesto en otra parada de camión. Se me hacía mucho cinco mil pesos, y acariciaba los bordes de los billetes, y por ir pensando en eso olvidé que ni era mío ni serviría para poner un negocio.

Suspiré y me concentré en ese camión atestado. Casi saliendo de Guadalupe, se hizo cancho en los asientos de atrás y me senté pegado a la ventanilla, cerca de un ñor ya mayor, como de unos cuarenta y cinco años, de piel muy rojiza y nariz chata. Llevaba en el regazo una caja de herramientas, tal vez era un eléctrico. Su cara se me hizo conocida, pero no le saqué de dónde era. A esa hora iban muchos ñores como él, con sus instrumentos de trabajo en tinas o cajas: azulejeros llevaban para cortar, eléctricos sus pinzas, maestros de obra sus lainas y niveladores. Los que menos, sólo llevaban sus manos, como don Miguel.

La idea se impuso de a poco: debía encontrar un trabajo de verdad y juntar dinero para el abogado. Pero, ¿de qué podía trabajar y cuánto me podrían dar? Tal vez podría ir con las señoras donde Má hacía el aseo, pero igual y no me iban a querer contratar; además, sí sabía lavar y planchar, pero nada más eso. No me iban a tener confianza. Tampoco iba a decirles que se hallaba presa. Eso me

llevó a armar un plan para contarles que no iba a ir porque un familiar se había enfermado en el pueblo, cosa que era cierta: Má no había nacido aquí, en la ciudad, sino en un pueblito de la zona norte de Veracruz, y de allá se había venido con mi papá. Nosotros sí nacimos aquí, en el hospital de Gine, nos dijo ella una vez.

A veces me pregunto cómo habría sido nuestra vida si nos hubiéramos quedado en el pueblo; si nuestros gustos o formas de pensar serían distintas; si otras cosas nos darían felicidad o enojo; si al encontrar a gente de la ciudad las miraríamos con desdén, con risa, porque pobres, están allá encerrados, todos apretados, sin espacio para respirar, con más avenidas que casas. Má tendría un puesto de gorditas y picadas, y papá seguiría siendo campesino como mis abuelos que sembraron soya hasta que perdieron el terreno.

Bajé del camión en el centro y anduve las tantas calles hasta las oficinas del licenciado. Junto a la puerta de entrada, un señor vendía tortas frías, así, bien ricas, con jamón, queso blanco y aguacate. Ahora subí por los escalones, porque la vez anterior el elevador no me había dado buena espina. Secretamente, esperaba ver a Estrella, pero cuando toqué a la puerta y la abrieron apareció una mujer mayor, que olía a Vick Vaporú. Era gorda, de su cara se descolgaba una gruesa papada, y llevaba al oído un pequeño celular.

—Busco al lic. Raúl.

—¿Eres Efraín Martínez?

Asentí.

—El abogado no va a venir hasta la tarde, pero me encargó tu adelanto, más tarde le hablas. Ten, éste es tu recibo.

—Pero me dijo que viniera.

—Pues sí, pero también le hablaron de los juzgados.

—Pero, ¿usted es su secretaria? Ayer estaba otra chica.

—¿La flaquita de cabello chino?

—Ei.

—Es su sobrina y le ayuda algunas veces, pero yo soy la asistente del lic. Morcillo. ¿Querías decirle algo más?

—No, sólo… ¿y cuándo está ella?

—Trabaja unos días sí, otros no. El licenciado la ayuda para que pague su escuela.

“Entonces no éramos tan diferentes”, pensé. No quería darle el dinero a la nueva señora, pero era determinada, como muchas de las vecinas del Peñón: mujeres grandes, hechas en la calle, de potentes vozarrones, regateadoras, impulsivas, jefas en toda la extensión de la palabra que hacían de todo para llevar dinero y comida a su casa. A veces se peleaban entre ellas y los chicos las veían agarrarse a trompadas en la calle y las seguían hasta donde terminaban, por lo general, separadas por otras mujeres o sus hijos.

—¿Y usted cómo dice que se llama?

—No te he dicho mi nombre, pero dime doña Maribel.

Le pasé los billetes. No había de otra.

—Llámale por la tarde, el licenciado Morcillo ya te dirá qué hacer.

—¿Puede decirme dónde queda la casa de arraigo?

—Hay como tres, pero déjame ver si el licenciado puso en cuál está tu jefecita.

La mujer entró a la oficina y cuando regresó me extendió un papel con una letra chiquita, con tinta azul.

—Está en la de Venustiano, pero ni te van a dejar pasar.

Cuando salí de la oficina eran ya las diez y cachito de la mañana. Tenía mucha hambre y sed. Abajo esperé en la banqueta sin saber adónde ir: si regresar a la casa, si ver si me dejaban entrar a la secu, si salir a buscar trabajo. Me senté en la banqueta y observé a la gente. Iban y venían a su antojo: unos distraídos parecían andar de vacaciones o no tener ninguna prisa en el mundo, otros caminaban rápido. Los que no tenían prisa se detenían a mirar en los aparadores, los que sí, iban con la frente en alto, locomotoras de carne y hueso listas para embestir a quien fuera. Me gruñeron las

tripas. Atrás de mí los lonches que el hombre vendía se me antojaban: eso y una coca bien fría.

Empecé a caminar a la casa de arraigo. Como traía hambre, toda la ruta fui contando los puestos de comida o los restaurantes: cuatro puestos de tacos de carne asada y barbacoa, un puesto de quesadillas estilo México, un negocio de tortas enchiladas, un Kentucky, un McDonald's, un señor vendía churros calientes en bolsas de papel, una paletería de la Michoacana, una juguería; más adelante encontré una pizzería envuelta en su olor a masa horneada y salsa de tomate, luego muchas calles sin sabores ni olores, hasta que al fin aparecieron otro negocio de quesadillas fritas y dos puestos de tacos enrollados a vapor: toda la comida de la calle me tentaba.

Al fin di. La colonia donde se encontraba seguía siendo parte del centro de la ciudad, pero las casas eran mucho más grandes. La de arraigo se notaba porque era la única que parecía un cubo de cemento con un gran portón gris y porque tenía varias patrullas y granaderas estacionadas afuera. Un señor bajo un árbol vendía jícamas, piñas y tunas en una carretilla. Había más gente ahí. Todos con la mirada fija en las puertas de la ley. Dos mujeres policías y dos guardias más aguardaban afuera, armados con ametralladoras.

Esperé debajo de una sombrita sin saber si debía acercarme a las mujeres policías, ésas luego son más canijas. Los chotas como sea te pendejeaban, te gritaban, te daban de golpes; pero las mujeres, cuando te regañaban, era como si te estuviera regañando tu Má, tu abuela, tus tías, las tatarabuelas y más: basta con que una mujer te regañe para que en su voz esté la de todas las mujeres del mundo; ese tono aleccionador, con prisa para que entiendas porque la vida no está hecha para pendejadas. Al menos así es como me regañaba Má.

Me armé de valor y me acerqué a una de las guardias, me miró de arriba abajo. Le pregunté por Má y di su nombre completo, sólo quería corroborar que estuviera ahí. La mujer ni negó ni dijo que sí.

—Aquí sólo entran abogados, morro. Y sólo a los abogados se les da información. ¿Ya tienes uno?

—Ya.

La mujer puso cara de sorpresa.

—Te digo, no te puedo dar esa información y ya huéquele que te va a correr a balazos el guardia de arriba.

Miré hacia una caseta y encontré a un par de oficiales, tenían protegidas las cabezas con cascos negros, llevaban chalecos antibala y uno no dejaba de mirarme.

—Es una señora que entró por un colchón, pero es inocente, se lo juro.

La guardia sonrió.

—No te puedo decir nada, pero sí he visto que meten a gente porque se roban colchones, es todo lo que te puedo decir; ahora, ande y busque a su abogado, mugre de güerco.

Cuando regresé a la casa, mis hermanos ya se habían ido a la escuela. Pasé el resto de la tarde piense y piense en qué hacer. Fui a buscar a don Miguel, pero la casa seguía cerrada. Luego me entretuve con Jeno, oían unas rolas del Cartel de Santa en El Rancho. Ahí me encontraron mis hermanos y emprendimos la subida.

—¿La viste? —me preguntó Fredy.

—No, pero ya comprobé dónde está.

—¿Y podemos ir?

—No creo.

Les expliqué lo que había hecho y en eso estaba cuando entró la llamada del Lik.

—Ya empecé a tramitar un amparo, pero sólo del papel fueron casi los cinco mil que me diste, falta aún más para repartir. Logré que tu jefa se quede en la casa un par de días más y luego la van a llevar al penal de mujeres. Y de la Comisión, aunque quieren tomar el caso de tu mamá, aún no me confirman nada, pero seguiré insistiendo.

Me quedé helado. ¿Ya la iban a entambar? ¿Por un colchón que ni se había robado?

—¿Y cuánto más necesita, Lik?

—Otros cinco mil, para el amparo y otra papelería.

—Pues mañana se los llevo.

Cuando colgué el celular sentí que las piernas se me doblaban, como si fueran de estropajo, pero pensé que debía mostrarme con más fuerza, así que me contuve.

—¿Qué te dijo? —preguntó Fredy.

—Quiere más dinero.

—¿Y tenemos?

—De algún lado va a salir. A lo mejor la familia de don Miguel nos ayuda —dije por decir algo, aunque no era tan mala idea.

9

Fuimos a buscarlo para ver si ya se había amarrado los huevos para responder por lo que había hecho.

Pinche don Miguel.

Má lo había conocido como se conoce a toda la gente por aquí: en el ir y venir, en la calle. Don Miguel la vio una tarde, cuando ella venía de trabajar. Aprovechó que a Má se le rompió la bolsa donde llevaba algo de despensa. Se acercó y la ayudó. Má no es de las que se dejan convencer pronto, pero quién sabe por qué se dejó ayudar. Tal vez era uno de esos días cuando uno anda cansado y quiere que todo se arregle a la de ya. Digo, porque a veces yo me sentía así: quería dejar la casa, vivir en una grande, tener un coche. Don Miguel la acompañó hasta El Rancho y ahí se despidieron. Pero ya sabía dónde podía toparla. Así se la encontró de casualidad las semanas siguientes. Una tarde la invitó a cenar en uno de los puestos de hamburguesas que están en la avenida, en las del Tío, que siempre tienen mucha gente. Má no aceptó la invitación, pero se lo seguía encontrando en la calle, en la parada del camión. Y como al año de estarla buscando, una tarde llegó don Miguel a la casa, Má lo presentó como su novio y desde entonces anda por aquí.

Al día siguiente fue sábado y bajamos a la colonia, al mercado de tiraditos. Ahí anduvimos sonseando hasta que Fredy dijo que viéramos en casa de don Miguel y ahora sí encontramos gente afuera. Estaban los hermanos que nos habían ayudado a subir el colchón, tenían unas caguamas a los pies y tomaban el fresco sentados en varias mecedoras. Del fondo de la casa salía la música de una vieja canción norteña sobre una maestra de escuela que se

volvía asesina. Pregunté por don Miguel, pero los hermanos no lo habían visto desde el fin de semana, cuando nos ayudaron. Uno se llevó la caguama a la boca y le dio un trago, luego se sonó las narices y escupió a lo lejos. Jugaban a la baraja. Les pregunté dónde más podría andar, si a lo mejor andaba huido, pero otro de sus hermanos soltó una carcajada.

—¡Qué va!, ha de estar dormido en algún lado de lo borrachales que se pone —se rio otro de sus hermanos.

Uno, el que parecía mayor, al fin nos dijo:

—¿Cómo está su jefa?

No supe qué contestar, para qué repetir lo que ya sabían.

—A lo mejor la van a pasar al penal.

El ñor negó con la cabeza y dijo:

—Pinche Miguel, siempre ha sido bueno para joderle la vida a los demás.

—¿Ustedes creen que nos pueden ayudar a encontrarlo?

Los hermanos se pusieron incómodos. En eso salió la mamá. Era una señora que ya tenía sus años, sus arrugas y el cabello entrecano. Era chaparra, con una gran barriga, tenía un lunar grande sobre un párpado. Traía un floreado vestido rojo y usaba lentes.

—Son los hijos de Leonor —dijo el que me había preguntado por Má.

La mujer nos barrió con la mirada. Hizo un gesto no supe si de enojo o fastidio. Le pidió a uno de sus hijos una de las cervezas y le dio un trago, apenas un sorbito, para desentenderse de nosotros. Miré a mis hermanos, quienes observaban la escena sin saber qué hacer.

—¿No deberías andar trabajando? —le dijo a uno de sus hijos.

—Es sábado, jefa; además, no llegó la pieza que necesitábamos.

—Pues ve a buscarla, para eso tienes pies. ¿Y tú? ¿No tenías que llevarle un encargo a Susana?

—Sí, jefa.

—¿Tonces qué haces aquí de huevón con tus hermanos? ¿Y tú, Chava?

—Hoy descanso, jefa.

—Hazme un canchito.

Le hicieron un lugar junto a ellos. Ni el hijo que debía ir al taller se levantó ni el que debía hacer el encargo de Susana movió un dedo. Luego, la señora se nos quedó viendo y al fin hizo una mueca de resignación.

—Mijo Miguel es el de en medio y siempre ha sido lento para todo. Cuando era chiquito una vez se escapó de la primaria, apenas si tenía seis años, y por andar de vago y por no pensarle, y pues se quedó atorado en la reja que quería saltar. Estuvo llore y llore hasta que la maestra fue por él y luego me mandaron llamar. Le di una de nalgadas…

Los hermanos de don Miguel sonrieron al escuchar aquello.

—Luego no terminó la secundaria por irse a trabajar con su papá. Le fue bien, ganó dinero, eso no le ayudó mucho. Después se casó, se divorció, se llevaron a sus niñas. Luego se arrejuntó con Luisa, se dejaron. No es mala gente mijo, pero es algo tonto. No conozco a ninguna madre que quiera tener hijos tontos o huevones, pero ni modo de no quererlos cuando salen así. Y miren cómo me salieron a mí.

Los hijos de la señora se empezaron a mover, penosos, en sus mecedoras.

—El caso es que quién sabe dónde ande mijo ahorita. Y para qué andan viniendo ustedes para acá, porque, aunque llegara, ¿cómo lo vamos a obligar a que se entregue? ¿Quién le va a decir que deje de andar en la calle y se meta un año o dos en la cárcel? ¿Nomás para que lo maleen? ¿Y por nada?

La señora negó con la cabeza.

—Pinche Miguel, aunque sea mijo, ustedes tampoco merecen quedarse sin madre, a ver si lo encuentran. Lo he estado pensando y me dije: “si vienen, sólo les ayudaré con esto”. Y esto es todo lo que

puedo hacer por ustedes, pero ya no vengan para acá. Como decimos y todos lo sabemos: hay que rascarse las pulgas a como se pueda.

Y dicho eso nos extendió un papel. Tenía los nombres de varios negocios, talleres, vulcanizadoras; nombres de cantinas que frecuentaba don Miguel y el de algunas fábricas y una tienda de ofertas permanentes. Era todo lo que íbamos a sacar de ahí. Di las gracias, aunque más bien quería gritarle de cosas a la señora esa, pero jalé a mis carnalillos y nos dimos la vuelta. Atrás los hombres se quedaron bebiendo cervezas.

—Deberíamos de risquearle la casa —dijo Fredy, quien se contenía para no agarrar una piedra y tirárselas—. La ruca toda fea, y Má en la cárcel. ¿Qué dice el peiper?

—Son los jales donde ha trabajado don Miguel, creo.

Fredy lo tomó.

—Pss, ¿esto para qué nos sirve?

—A lo mejor alguien sabe dónde anda.

—No creo. Yo creo que deberíamos decirle a Jeno que nos ayude, él tiene formas de ayudarnos, de buscar a don Miguel por nosotros —sentenció Fredy—. Te estás viendo lento, Efra.

Se veía desafiante para sus doce años, lo vi bien: era más alto de lo que creía, llevaba el pelo a rape, porque era la moda en la colonia llevarlo casi a ras, no como los militares, sino de otra forma. Todos se cortaban el cabello con los Kolombias, porque nadie como ellos para pespuntear. Algunos skatos se hacían el pelo en otra parte, pero los kolombias eran la ley. Luego del toallazo mojado, tapar el cuello con una tela, pasar el peine por el cabello largo, tijeretazo, tijeretazo, peine, tijeretazo, máquina en el número dos, cepillo, tijeretazo, peine, tijeretazo, patillas, navaja en la nuca, brocha larga, talco en las orejas; nos íbamos a los videojuegos a presumir el corte o con Riri quien también vendía cigarros de mota, pero ésos eran más para el consumo local, no para vender a los que cada cierto tiempo llegaban por dosis de drogas más fuertes con Jeno.

—Ni se te ocurra, si nos metemos ahí, ya no salimos —le contesté a mi carnal.

Regresamos a la esquina y nos sentamos afuera de un depósito para pensar en nuestros siguientes pasos. Me quedaba algo de dinero, así que volvimos al mercado de los tiraditos y pepenamos en un puesto de tacos de bistec. Se sumergía la carne en el aceite y las cebollitas doradas flotaban en las orillas. Pedimos tres órdenes, compramos unas cocas y nos fuimos a sentar ahí cerca, en el suelo. Tenía razón la señora, cada quien arreglaba sus problemas como podía y los hijos de Leonor no iban a ser como los suyos.

Cuando terminamos, les expliqué a mis hermanos que, si no aparecía don Miguel, Má no iba a salir. Marcos se puso todo tristecillo, pero lo regañé diciéndole que no ganábamos nada. El abogado nos iba a estar pidiendo dinero para mover los papeles y podíamos estar tranquilos porque sabíamos dónde estaba Má; en cambio, había tanta gente que luego se perdía y nunca más se sabía de ella.

—Como las ñoras esas, de las buscadoras, que a veces suben el cerro para encontrar a sus desaparecidos —les dije—. A mí me da harta tristeza nada más las veo llegar. La clave es juntar dinero, pero tampoco podemos dejar la escuela. Má no va a querer.

—Pero hay que hacer algo —me interrumpió Fredy.

—Por las mañanas voy a seguir yendo a la secu, como siempre; por las tardes, ustedes a la escuela. Hay que buscar jale: vayan con el don que vende *El Metro*, a ver si los deja ayudarle, o ahí en el cruce pídanle permiso a Rulo, para que los deje lavar parabrisas; no sé, piénsenle. Pedir en la calle no está mal. Yo andaré buscando jale apenas salga de la secu, por las tardes y en las noches. Y debemos encontrar a don Miguel, al menos ya nos dijeron dónde podría andar. Van a ver que Má pronto vuelve. Y mejor empecemos, vamos a la primera dirección.

No quedaba lejos, así que no perdíamos nada. Era una frutería cerca de la avenida: Frutas San Juan. Cuando llegamos, nos inundó

el olor a cebollas, manzanas, piñas y melones que el dueño tenía amontonados en mesas y huacales: también vendía quesos, cacahuates y gomitas. Estaba atendiendo a unas personas y, cuando terminó, me le acerqué y me presenté.

—Nombre, a don Miguel hace meses que no lo veo. Sí, trabajó conmigo una temporada acomodando fruta, y ayudaba a los clientes a subir las bolsas a sus carros cuando llevaban mucho, sobre todo los fines de semana, cuando se vende mucha cebolla y aguacate para las carnes asadas.

—Es que necesitamos encontrarlo.

No le dijimos para qué.

—Pues, si se aparece por aquí, le digo. ¿Qué relación dicen que tienen con él?

—No, pues… el bato anda con mi jefa —contesté, aunque sólo de pronunciar esa frase se me atragantó la saliva, pero era mejor a decir nada.

El frutero soltó una carcajada.

—Nunca pensé que Miguel tuviera pareja.

Ay, Má, en quién te habías venido a fijar.

—Don, también, si necesita ayuda, andamos buscando jale.

El señor se echó hacia atrás en su silla y se cruzó de brazos; luego empezó a rascarse los codos, como si trajera perrillas. En su escritorio tenía una imagen de la virgen del Roble, una estampa grande, con una veladora pequeña sin encender, además de torres de monedas de diez pesos. Un señor entró con unos bultos de cebollas y el don le dijo que las acomodara ahí al fondo; después, sin temor, se sacó del pantalón un fajote de billetes de cien y pagó trescientos pesos.

El olor de las frutas y verduras era muy fuerte, también de algunas que tal vez estaban ya podridas debajo de los huacales. Un abanico soltaba un aire ralo encima de nosotros; al fondo de la habitación, varios calendarios con imágenes desde actrices de televisión hasta santas anunciaban 1994 o 2001; también había

montones de rollos de papel en paquetes como de treinta y seis. El hombre también los miró y preguntó:

—¿Pueden cargar eso sin que se les caiga?

Fredy dijo que sí y se adelantó. Estuvo unos segundos viendo los paquetes y al fin acercó un diablito que estaba cerca y puso sobre él el paquete más grande, que llevó hasta donde se encontraba el señor, quien soltó una carcajada.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo —sentenció—. No puedo darles mucho, pero unos cuatrocientos a la semana a tu carnal y algo de la fruta que esté a punto de echarse a perder. Y de las propinas, la mitad es para mí.

Era poco, considerando lo que ganaba al día don Miguel cuando se iba de machetero, pero tomando en cuenta la situación, era mejor que nada.

—Mi hermano estudia en las tardes. ¿Podría venir por las mañanas y los fines?

—Hecho. Mañana aquí te espero y, entre semana, ya vemos —le dijo nada más a él—. Y suerte en hallar al Miguel, ha de estar tirado en un canal ahogándose de borracho.

Hicimos el camino de regreso a casa algo animados. La noche había caído y, cuando llegamos, encontré a Jeno con su racilla y a la doña que ponía la lotería en El Rancho. Muchas señoras de la colonia estaban ahí, jugaban, apostaban con sus frijoles o piedras o corcholatas sobre las tablas cada que alguien cantaba la figura de la lotería para llevarse de premio bolsas con despensa. Mis hermanos se adelantaron y yo me quedé con Jeno un ratillo. Le conté todo. Él había preguntado si algunas conocidas se encontraban en la cárcel de mujeres y le dijeron que dos tres, pero cuando quisieron saber para qué, no quiso decir nada.

—Voy a necesitar trabajo —le dije.

—Pues ya sabes que son dos mil a la quincena por ayudarme.

—¿Y para quién hay que mirar?

—Pues ya sabes. Para los nuevos. Si te late, te paso otro celular y listo, y un número al que debes hablar cuando veas cosas raras aquí en la colonia: chotas, sardos, gente extraña.

Imaginé a Má negando con la cabeza. Mi Nokia era de los chafas y siempre andaba sin saldo; era tan viejo que no tenía ni jueguitos.

Los compas de Jeno estaban retirados, pero nos observaban. Yo no les caía bien. Se burlaban de mí porque prefería estar en la secu a andar en la calle. No era mejor que ellos, sólo no me sentaba bien todo eso. Aquél era dinero fácil. A punto de aceptar, me hice para atrás. No podía vivir así, con el miedo de las camionetas, las persecuciones, de tener que, en algún momento, matar para sobrevivir. Jeno escupió.

—No le saques. Ya es tiempo.

—Nel.

—¿Por qué le sacas?

—Pues no sé, pero le saco. Si me urge mucho te tomo la palabra, pero ahorita quiero ver si la armo por otro lado.

—Yastá la calabaza —me respondió algo desilusionado, y se regresó con sus compas.

Fue en ese momento, cuando ya iba de camino a la casa, cuando entró la llamada del Lik. Su voz grave no me dio mucha chance de emocionarme, porque ya era noche y no creí que trabajara los sábados.

—¿Eres Efraín Martínez? —Las manos me sudaban, sentía que se habían vuelto nomás de agua cuando el Lik dijo—: Mala suerte, chamaco, ya trasladaron a tu jefa a Santa Cecilia. Lo bueno es que ya la vas a poder mirar el domingo; bueno, éste no, hasta dentro de un par de meses, cuando las dejan tener visitas por primera vez.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Así lo dice la ley, muchacho, no sabría explicarte el porqué.

Me puse en blanco. Todo a mi alrededor desapareció lentamente, como cuando pones sal en un bote de agua: al principio la miras, blanca, miras su estela en el agua, cuando cae al líquido y, tras eso,

desaparece. Tuve ganas de vomitar, porque de pronto tenía un puño de sal en la lengua que me quemaba los dientes y los ojos, la sal me cerraba los párpados hasta que al fondo de esa salazón oí algo dulce, una canción, era una colombiana rebajada que a Má le gustaba: una canción sobre una piragua que navegaba en el cesaro, que partía del viejo puerto a las playas de amor en Chimichagua. A las letras las seguía el sonido de un acordeón o violín muy, muy sincero; era tanta mi tristeza en ese momento que oí el chapoteo de los remos de la piragua a mi alrededor.

Eso me trajo de nuevo, y las palabras finales del Lik:

—Y voy a necesitar los otros cuatro mil pesos que te había dicho.

10

Al día siguiente me encaminé sin éxito al segundo, tercero y cuarto negocios de la lista de sitios que me había dado la mamá de don Miguel. Ya estaba muy cansado cuando decidí tentar la suerte en el último donde había trabajado el que quería ser mi padrastro. Era una tienda de artículos siniestrados por la avenida Miguel Alemán. No quedaba cerca de la casa. Tuve que apañarme a un Delfines y luego un Marín, que me dejaron afuera de la bodega, que resultó ser inmensa. En la entrada del estacionamiento vigilaba un dios azteca de concreto con una espada de obsidiana, como había visto en algunos de los libros de la secu. Una grúa inmensa, tan grande como tres tráileres juntos, con las orugas altísimas, ocupaba muchos lugares del estacionamiento. La cabina del piloto estaba aplastada, como si le hubieran dado con una de esas bolas de acero para derrumbar edificios. Hacía mucho sol.

Me metí al negocio y me dieron la bienvenida un calor infernal que andaba a sus anchas sobre los pasillos para exhibir mercancía y una especie de recibidor amplio con aparatos eléctricos sucios: ahí adentro todo tenía una capa de polvo. Una mujer atendía la entrada y no lejos se hallaban las cajas de cobro con productos amontonados encima de anaqueles; parecía que nadie había pasado un trapeador por ese lugar en años.

Avancé con lentitud, trataba de registrar el espacio; la iluminación caía desde el techo de asbesto, en algunas partes se veían más sombras y en otras más luz. En las paredes, con el bloc al vivo, sin zarpeo, se amontonaban carteles de: SALE, OFERTA, 2×1. Los muebles que estaban tras el recibidor se encontraban despostillados. Anduve

por el primer pasillo con sus ofertas de alacenas, roperos, centros de televisión en buen estado al principio, tanto que debías acercarte para descubrir sus fallas: un tono más pálido sobre una superficie, un golpe en alguna esquina, un gozne que no funcionaba bien, una puerta ligeramente caída. Pero metros adelante los muebles empeoraban e iniciaba el cementerio real: alacenas, cómodas, trincheras, sillas, bancos, cabeceras, camas de variada forma, desgastadas, despulidas, sin patas, sin alguna superficie, algunas maderas infladas como si viejas aguas les hubieran sacado su brillo, centros de televisión de otras décadas, hasta que al final sólo había un amontonadero de piezas sueltas de muebles que ya ni se sabía qué eran. Así en el resto de los pasillos donde se ofrecía ropa, zapatos, cosas de cocina, papelería, enlatados sin etiquetas y bolsas de dulces, rastrillos, de todo un poco.

Cuando regresé a la entrada me presenté con la mujer y le pregunté si conocía a don Miguel. No lo sacaba, así que me mandó con Evaristo, quien podía saber; estaba allá adentro acomodando unas cosas. Lo encontré con un carrito de supermercado lleno de latas. Se me quedó viendo sin curiosidad cuando le pregunté si él era él.

—Pa qué soy bueno —dijo al fin.

Era un ñor que rondaría los treinta y cinco años. Aún se veía joven, pero ya tenía canas. Muy delgado. Usaba lentes. Llevaba fajada la camisa. Si alguien lleva la camisa fajada, es de cuidado y se toma las cosas mucho más en serio. Me cayó tan bien que levanté la mano para saludarlo como en el barrio y me cachó el tiro. A lo mejor Evaristo también era del barrio, aunque, pensándolo bien, ¿quién no era del barrio en toda la ciudad? Sólo no era de barrio un puñadito de gente que vivía por Chipinque. Toda la ciudad eran puros barrios, pandillas, batos como yo que estudiaban y trabajaban o que huevoneaban, así, pasándola suave, en la escuela, en los videojuegos, o entrándole al resistol, o que se iban a jugar al fut los fines de semana y se atascaban al final de tostadas y refresco; batos

y morras normales como los que salían de Kemet o Focos o Celeco o en Denso, uniformados como si anduvieran en otra escuela; pero se veía que la pasaban bien, con comedores, canchas de fut o básquet. Algunos querían jalar en fábricas de dulce o en la Coca o donde hacían jamones, y decían que mejor no, porque iban a engordar. Al final todos éramos barrio, qué más.

—Ando buscando a un don, se llama Miguel Saldívar.

Evaristo limpiaba las latas con una jerga y las colocaba en los estantes.

—Sí lo ubico, pero ya no trabaja aquí, desde hace como seis meses. Estuvo una temporada, pero acá entre nos, era medio flojo y una noche se metieron a robar en su turno y lo despedimos. ¿Eres familia?

—No, ni tantito.

Aunque feo, me sentía cómodo en el lugar.

—Es que me recomendó para este trabajo, ¿él acomodaba cosas como usted?

Evaristo soltó una carcajada.

—Nombre, era velador.

—Yo también puedo.

—Está pesado, chamaco, no es un trabajo para ti.

—Deme una oportunidad, yo estudio en las mañanas, de allá me puedo venir para acá.

El señor siguió en su trabajo.

—Oiga, ¿y cómo sabe de qué son cada cosa? —Señalé las latas de aluminio; algunas estaban golpeadas en las orillas, otras en el fondo.

—No, pues no sé. Nos las traen así.

Estaba en el lugar donde la ciudad abandonaba todo: ropa, calcetines, utensilios de cocina, papelería, libretas, colchones percudidos, muebles con repisas, televisiones rotas, todo funcionaba, pero con una falla. Y lo más sorprendente era su éxito:

había varias personas que compraban a esa hora porque todo era un poco más barato.

—Don, es que sí necesito el trabajo —le dije al fin, aunque era muy lejos de casa—, y además necesito estar aquí por si vuelve don Miguel.

Evaristo negó con la cabeza y me dijo que dejara mis datos con la señora Estela. Si había algo, me hablarían.

—¿Puedes por las tardes? ¿Fines de semana completos?

—Es cuando más puedo —le contesté.

Me volvió a mirar de arriba abajo.

—¿Y dónde dices que vives?

Tuve que mentirle.

—Por La Talaverna.

—Ah, está cerca. Pues pasa con Estela y déjale tus datos. Y ten. Dile que yo te la di.

Me aventó una lata del carrito. Parecía de duraznos en almíbar, o tal vez de chiles en vinagre. De camino a las cajas acerqué la nariz para ver si el contenido, su olor, podía abrirse espacio desde su interior oscuro y líquido, pero no se pudo. Le dejé mis datos a la señora Estela, quien resultó ser una señora muy joven. Cuando salí ya era tarde y me apuré para ir al Centro a dejarle el resto del dinero al abogado.

Cuando llegué a su oficina ni rastro de Estrella. Me acordé de Irma, cuando nos íbamos platicando al tiradito, luego cotorréabamos afuera de su casa; ahí estábamos guasa y guasa. Sus manos eran suaves. Lo que más me gustaba de ella era su cabello largo y sus ojos, tenía una forma de mirar como suave, sus ojos siempre brillaban como estrellas. Nos besábamos bien intenso en el porche de su casa o en los salones de atrás de la secu; pero hasta ahí.

En la cuadra te juntabas y no pasaba mucho para que nacieran los chamacos. Si no se hubiera cambiado de colonia aún andaríamos o tal vez no, quién sabe. No sé por qué pensaba que Estrella podría ser mi novia cuando tenía otros problemas. Me

desanimé solito, aunque me animaba verla. Como la vez anterior, la señora Maribel me entregó un papel donde decía cuánto le estaba dando y, antes de irse, me entregó otra tarjeta.

—Es para que puedas ir al penal —dijo—. Búscale ropa a tu mamá, eso es lo que más necesitan ahí adentro, dinero y algo de comida. Vas, te dejarán entrar a una sala, llenas unos formularios y los de trabajo social se lo entregarán.

—¿Y cuándo puedo verla? —le pregunté desanimado al leer todos los requisitos, actas de nacimiento, direcciones, curps, papeles que no tenía y quién sabe cómo iba a conseguir.

—Como está procesada… ya pasaron unos días, déjame ver… ¡ya se fueron dos semanas! Bueno, aún faltan otras. Tranquilo, hoy la verá el licenciado. A lo mejor te trae mejores noticias, pero de una vez piensa que esto va para largo. Como sea, ya se presentó y le dio su teléfono: en una chancita te cuenta.

Me sentí agüitado. Ni comida tenía para llevarle a Má, aunque podría llevarle su ropa, algo que le sirviera. Quién sabe qué den de comer en la cárcel, pero no es nada rico, como lo que suele comer ella, que sabe cocinar.

Volví y me encontré a Jeno con su banda de siempre debajo de la anacahuita. Nos saludamos de lejos. Subí la cuesta y me metí a la casa. Me sentía muy fuerte y al mismo tiempo con un hoyo por dentro, como de basura bien enterrada dentro de mí: ni siquiera era basura de comida, sino de puros plásticos y pañales, porque nada me parece más asqueroso que los pañales sucios; toda esa basura iba conmigo, acompañándome. No podía llegar así a la secu al día siguiente. Pero luego me acordé de las palabras de la mamá de don Miguel y los imaginé allá abajo, apenas a unas calles de distancia sentados en sus mecedoras, oyendo canciones norteñas viejitas.

Marcos ya estaba en la casa, le habían adelantado la salida y me puse a calentar unos fideos. No me salieron tan bien como a Má, pero algo era. A eso de las ocho subió Fredy. Traía rota la camisa. Le

sangraba la nariz. Se echó agua en la cara y todo enojado fue a sentarse en la piedra plana afuera de la casa.

—¿Quién te pegó?

—Nadie, déjame.

No me dijo nada más y fue a tirarse en la cama donde antes dormían Má y don Miguel; ni se quitó los zapatos, aunque le dije que lo hiciera. Al final nos acurrucamos a su alrededor, pero pronto me puse de pie y me fui a dormir al hule esponja como siempre, porque esa comodidad no la merecía, nadie la merecía. Veía la lata que Evaristo me había entregado en la tarde. Fui por ella, la tuve entre las manos. La agité: sonaba hueco por dentro, algo había, pero no supe distinguir si dulce o salado. A medianoche me levanté y subí al cerro, al sitio donde teníamos el bote con el dinero y la guardé: no fuera que un día llegara y descubriera que Fredy o Marcos la habían abierto. El domingo siguiente le llevaría a Má ropa y algo de dinero a Santa Cecilia, así como había dicho la señora. Miré la lata. Casi no pesaba, como si trajera aire por dentro. La noté ligera, como si hubiera encontrado su lugar en el cerro. Todos somos latas sin etiquetas. "Quien sabe qué tiene el futuro —pensé— pero ha de ser como esta lata de quién sabe qué cosa." Tomé una decisión: guardarla, no abrirla hasta que Má estuviera en casa. Me gustó la idea de que estuviera llena de nubes o canciones de piraguas, ¿quién decía que las latas sólo podían guardar cosas en escabeche o almíbar?

11

Esa noche hubo una balacera en la colonia de abajo. Sólido se escuchó el tableteo de las ametralladoras. Fredy fue el primero en salir y mirar hacia las calles iluminadas por la luz mercurial. El ladrido de los perros se dejó escuchar después de que terminó el sonido de las balas.

—¿Por dónde fue? —le pregunté.

—Creo que por allá. —Y señaló por una ruta que daba a una colonia cerrada, la única en la zona protegida por muros altos y con un parque con casa de campo y toda la cosa en su interior. Se llamaba El Maurel y tenía casas de hasta tres pisos. A veces los veíamos con los binoculares en compañía de Jeno, y más desde la vez que uno encontró a una chica en bikini que se asoleaba sobre una terraza.

Tras el tiroteo, como a los cinco minutos, una camioneta salió hecha madre y oímos cuando frenó de golpe casi al llegar a la avenida. Me gruñía la panza por la acidez de las toronjas que habíamos cenado, habían sido el pago de ese día en la frutería, y no había podido pegar ni un ojo de tantas cosas que traía engarrotadas en la espalda. Luego, otra vez: el ratatatatata de las ametrelladoras y los plomazos sordos de las aerre quince en otro lado de la colonia.

—Los están levantando —dijo Fredy—. Yo la verdad sí echo de menos a don Neto: con él las cosas estaban calmadas. Ahorita es todo un desmadre, porque Jeno no está fuerte como para aplacar a todos.

Jeno. Todo lo quería solucionar con Jeno. Sólo faltaba que el cerro se volviera a llenar de Zetas. Cuando estaba en sexto, los del

Peñón sabíamos que tenían pequeñas bodegas en las cuevas del Cerro de la Silla donde guardaban su mercancía. Andaban en cuatrimotos por esta zona, subían en ellas hasta donde era posible, y luego a trepar. A veces nos llegaba el olor a carne asada que alguien preparaba más arriba y sabíamos que eran ellos. Y no eran unos extraños, eran compas de aquí, de allá, hermanos mayores de compañeros de la escuela o de vecinos.

Luego vinieron los del Golfo y los sacaron de la ciudad, aunque algunos dicen que en ciertas colonias se vuelven a hacer fuertes.

Una noche subieron hombres armados abriéndose paso entre las callejuelas, pasaron a un lado de la casa y siguieron subiendo hasta quién sabe dónde. Al volver traían mercancía y no sé qué más. Má nos ordenó quedarnos dentro, que ni viéramos a los hombres cuando bajaban.

—Es el coco —le dijo a Marcos, que estaba más chico, pero tampoco como para creerle ciegamente.

Fue en esa época cuando don Neto y todo el poder que tenía se esfumaron. No lo quebraron, o eso dice la gente; dicen que aún anda por Juárez, que a veces da rondines por la colonia en una Lobo negra, pero no como antes; también dicen que pronto va a regresar, y otros dicen que lo mataron esa noche cuando los hombres toparon todas las esquinas, desde El Rancho hasta la Eloy Cavazos.

En la mañana todo estaba tranquilo. Nadie se acordaba de la balacera, nadie la mencionaba. Unos gallos cantaron en mi camino a la escuela, unos marranos se peleaban en un chiquero en las faldas del cerro, las doñas vaciaban agua en las banquetas y un grupo de viejos comía en un puesto de tacos de vapor. La escuela estuvo normal. De esas veces que te sientas y has estado en un sitio cinco horas, pero en cuanto suena el timbre de salida te levantas y ya, todo se ha olvidado. Las morras traían el cuento del concierto de no sé quién: se iban a ir desde la secu a hacer fila, aunque no entraran, y los batos andaban con que la afición y la marcha que iban a hacer para un partido de los Rayados, ahora con el estadio tan cerca.

Me sentía lejos de todo eso, en otra vida que los problemas y las preguntas en el pizarrón no lograban responder. Como pesado. Como adulto. Ya tenía quince años. No me interesaban las fiestas ni juntarnos para una tarea en equipo ni ver con quién andaba quien o si a la maestra Lupita le había dado dengue. A esa edad otros ya dejaban la escuela. Ya tenían jale. Ya andaban con hijos. Ya se iban con su jefe a las colonias. La vida. Encontré a Jeno afuera de la secundaria cuando terminó la hora de clases. Siempre estaba ahí, vendiendo. Traía un tramo y una lira nueva, se le veían bien. Estaba recargado en un carro viejo. Nos saludamos chocando los puños; encendió un cigarro y me ofreció uno, pero yo ni sabía fumar.

—¿Cómo ves mi ranfla? Está con madre.

—¿Es tuya?

—Sincho. Me la compré ayer con unos jales. La vi y la torcí de inmediato.

El coche era un Grand Marquis viejísimo, de los que solían conducir los mafiosos en las películas de Mario Almada que pasaban en la tele.

—Oye, ¿supiste que hubo balacera anoche?

—Se nos querían meter los de la Zozaya. Andan detrás de nosotros.

—Pero no pudieron.

—Nel, se la pelaron. Por eso mismo tengo ahora la ranfla, para movernos más rápido. Todos quieren andar en las camionetotas, pero nadie le tiene miedo a un Grand Marquis viejo, eso se lo aprendí a don Neto: el bajo perfil te mantiene más vivo que una troca del año. Aquí voy a andar, por si se ocupa.

Un grupo de chamacos se nos acercó; compraron unas bolsitas. Uno me saludó y le regresé el saludo.

—¿Y cómo va lo de tu jefa?

—Igual, pero ya está en Santa Cecilia.

Jeno hizo una mueca de fastidio.

—Ahí están las del cartel, tú dime, neta.

—Nel, yo puedo solo, ya te había dicho, si se atora, te aviso.

—Oye, compa, quien se me acercó hace un rato fue tu carnal, el Fredy; dice que necesita varo y yo ando necesitando a alguien y más con lo de anoche.

La sangre se me fue a los pies.

—¿Neta?, ¿Fredy?

—Ei… y pues como nadie lo conoce en esto, sí me puede hacer un paro. Es nomás de estar ahí, viendo. Además, está jalando en la frutería, ¿no? Ese sitio es bueno para ver quién anda de curioso.

—Nel, no se hace.

—Yo nada más te digo.

Lo dejé vendiendo y de pasada encontré a Fredy en la frutería, estaba por irse a la escuela. Salía desde temprano con la mochila lista y el uniforme guardado adentro. En la frutería se cambiaba. Era terco y, si le decía algo, nada más por fregar iba a terminar enlodándose. Lo saludé mientras le ayudaba a un señor a subir un costal de naranjas.

No me había dado cuenta de lo grande que estaba, aunque apenas iba en primero de secundaria; no era como esos morrillos que todavía parecen bebés: Fredy era medio correoso, un poco alto, esbelto, tenía un gesto muy adulto para su edad; el rostro empezaba a afilársele y el corte de cabello que traía, medio a rape, como muchos otros de la colonia, le daba un aire de cuidado. Se juntaba con otros morrillos y jugaban ahí en El Rancho al fut, pero a veces quién sabe en qué se metían.

Observé mis manos. Debía llevar dinero. Ya no quedaba mucho en el bote de los ahorros de Má. Necesitaba más billetes. Esos días pedí trabajo en la gasolinera, pero me dijeron que estaba muy morro y los podían multar. Me acerqué a un crucero e intenté encontrar a algún compa que pudiera darme esquina para limpiar los parabrisas, pero no lo logré. Me acordé de que el verano pasado había ayudado en el puesto de tacos de bistec de Riri, así que empecé a rondar las taquerías, pero nadie me quiso contratar para jalar por las noches. Al

salir de la escuela empezaba a caminar y pedir trabajo: en ferreterías, en talleres mecánicos, pero nadie estaba contratando gente de medio tiempo, todos me querían de jornada completa, y no podía abandonar la escuela. Aburrido, desanimado, me sentaba afuera de la casa a mirar la caída de la tarde. Estuve bien cerca de pedirle ayuda a Jeno, pero me resistí. Una tarde sonó el celular. No era el Lik, pero sí la señora Estela, del negocio de muebles siniestrados.

—¿Eres Efraín Martínez?

A la tarde siguiente me fui al negocio saliendo de la secu. Dejé la mochila con Fredy, él la subiría a casa. Tomé dos camiones para llegar al negocio. Crucé el estacionamiento y no tardé en dar con Evaristo. Me dijo con pocas palabras que necesitaba a alguien de mantenimiento. Mi trabajo consistiría en acomodar cosas, limpiar, ayudar a los clientes, hacer mandados; formalmente no estaba de empleado, pero cada día me iba a dar trescientos pesos por una jornada desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche; era más o menos lo que Má ganaba por limpiar las casas.

Nunca había cargado tantas cosas como ese día. Sudé la gota gorda, como se dice. Ya faltaban un par de semanas para ver a Má y se me fueron haciendo cortos los días entre la escuela y la bodega de artículos siniestrados, como si de pronto no tuviera nada más que hacer ni decir ni pensar ni jugar. Todo se volvió la misma rutina. Levantarse, ir al baño, echarse agua en la cara, mordisquear algo, correr a la escuela, realizar apuntes, decir mi nombre al pasar la lista, dibujar para matar el aburrimiento, transcribir la materia en la libreta, reír por algún chiste, encorvarme para que no me preguntara nada la maestra, pasar al frente, pensar en Estrella, hablar con el Lik, saludar a Jeno, llevarle cosas a Má, siempre, siempre, pero nunca saber nada de ella salvo que estaba bien.

Llegaba a la casa cerca de las diez de la noche y a esa hora hacía la tarea. Guardábamos la comida que compraba en la calle, la compartíamos con la fruta que nos daba el don, la alternábamos con

horas de ayuno forzado. Má nos había enseñado a cocinar huevos, calentar frijoles, pero nada más. Ella sí era una cocinera en forma y también echábamos de menos su comida.

La tienda de artículos siniestrados recibía la merca una vez a la semana. Llegaban camiones de aseguradoras o de tiendas grandes de supermercados y había que bajar lo que se pudiera: cajas con papeles para máquina de escribir, libretas, muñecos de peluche, muebles, estufas sin quemadores, refrigeradores. A veces llegaban pacas y pacas de ropa desde los Estados Unidos, zapatos de bebé que aún traían el precio en dólares y había qué cambiar a pesos.

El primer fin de semana que trabajé no había lugar en el estacionamiento y un franelero ayudaba a los nuevos clientes a estacionarse. La gente iba sobre todo por electrodomésticos, con descuentos hasta de setenta por ciento sólo porque tenían un raspón o se hallaban rasgados. El resto de los días, salvo los lunes cuando descansábamos, llegaba rozando las dos de la tarde y me iba hasta las nueve de la noche.

Una de esas tardes, mientras llevaba un buró sobreviviente de un incendio al pasillo donde debía dejarlo recibí una llamada. Era Má.

—¡Mijo!

No supe qué responder al instante. Las manos me sudaron. El teléfono parecía tener vida propia y huir de mí. ¿Cómo era posible?

—Mijo, Efraín, soy yo.

No reconocía la voz, o no quería reconocerla. Miré a mi alrededor. Todos hacían lo de siempre. La voz ronca de Má despertaba dentro de mí un montón de lágrimas que no quise dejar ir a su antojo. Sonreí. Yo sé que sonreí tanto que la felicidad se embarraba en el buró al que le faltaba una pata.

—Con una chingada —dijo al fin, y esa frase, que Má repetía para apurarnos me produjo alivio y un poco de risa.

—Pero…

—No sonsees, mijo. El otro día vino una señora y me contó que me iba a cuidar, que nomás no me metiera en problemas, que me

quedara quietecita, y eso estoy haciendo. Hoy una compañera me prestó su cel. También ya me dejaron la ropa que enviaste con la trabajadora social. Muchas gracias, esas blusas me gustan mucho, al menos visto como quiero aquí adentro. ¿Cómo están tus hermanos?

La voz de Má se notaba seria, con aplomo, dura, si es posible decirlo. Rápido le conté lo que había hecho desde su encarcelamiento. Ella escuchó del otro lado en silencio, sin interrumpirme, y al final dijo:

—Me las estoy arreglando, no se preocupen. Su abogado ya vino a verme, mijo. No hagas locuras, esos abogados cobran mucho, no vayas a hacer ninguna tarugada.

Le respondí que no; seguíamos yendo a la escuela y eso la tranquilizó. Me cortó de golpe. El silencio de la línea rota me alertó, pero no hice nada. Me guardé el celular y volví al trabajo. Quería contarles cuanto antes a mis hermanos lo que había sucedido. Pasé el resto de la tarde apurado, acomodando todo para irme lo más pronto posible a casa.

Evaristo me había ordenado acomodar la zona de burós y mesas, la más sucia de todas, que se encontraba al final de la tienda. Me fui hasta allá. No quise perder ninguna llamada de Má en caso de que volviera a llamar así que pedí prestados unos audífonos, me los puse en las orejas y los conecté al celular. Empecé a trabajar y puse algo de música. Me concentré como nunca antes, como si la llamada de Má me hubiera dado las energías perdidas. La tarde empezó a caer y ni me enteré cuando la parda oscuridad se apoderó de todo a mi alrededor, ni tampoco escuché el golpe de luz del interruptor cuando lo apagaron. Como era verano aún hacía algo de sol, así que una parte de la bodega se hallaba iluminada. Me encontré en un estado de emoción y energía; limpiaba, acomodaba, volvía a colocar los muebles, sumergido en la esperanza. El corazón se me fue a la garganta cuando me descubrí en penumbra. Me quité los audífonos y me encaminé a la entrada de la tienda, pero estaba cerrada.

Golpeé la cortina de acero sin éxito, grité un par de veces el nombre de Evaristo, pero nadie apareció.

“El velador, no tardará en venir el velador y podré irme”, me dije. Intenté tranquilizarme, pero quería gritar de la ansiedad. Cuando era más niño soñaba con quedarme una noche encerrado en una Soriana que estaba por la casa. Me imaginaba recorriendo los pasillos y llevándome a la boca dulces, pan; abría las cajas de los Transformers y los Playmobil, los mejores juguetes que nunca tuve. Comía pollo asado, de los que dejaban todo el día debajo de un horno; comía pay de limón, yogures, papas fritas; podía ver televisión hasta dormir, tirarme en uno de los colchones de la tienda. Ése era uno de mis sueños más arraigados.

Si de día y con luz la bodega era siniestra, como percudida por todo lo gastado del mundo que albergaba, ya con la penumbra el sitio parecía una mansión del horror. Qué diferente era a mi Soriana de los sueños. La ropa colgaba de lo alto y daba la apariencia de filas de gente ahorcada; los pasillos de latas, electrodomésticos, cosas de jardinería y otros enseres se volvían grises murallones en donde no era difícil imaginar a bestias nocturnas dispuestas a salir por mí: duendes hechos con tenedores y cuchillos, toscos pechos de tostadoras eléctricas, ojos infernales avivados por botones de encendido de licuadoras y vestidos con esa ropa amarillenta de la sección de saldos.

De todos los animales en el mundo, a los que más temía eran a las ranas desde la vez que, mientras me bañaba a jicarazos, tomé en la noche un estropajo, lo llené de jabón y me empecé a tallar hasta que sentí cómo se me resbalaba de la mano; lo apreté para que no se me cayera, y entonces descubrí que había tomado una rana en lugar del estropajo y que, con jabón y todo, me la había estado restregando en el cuello, el pecho y entre las piernas. Aquella vez solté un grito y desde entonces las ranas son mis peores enemigas.

Imaginé un ejército de negras ranas asomadas entre las latas; luego, que las latas empezaban a moverse, nerviosas, algo las

golpeaba por dentro, caían de los anaqueles, explotaban al tocar el suelo, pero, en lugar de salir duraznos en almíbar o atún a la mexicana, salían de ellas ranas de todos los tamaños y colores, sus gruesos cuellos inflados, los ojos muertos, sus lenguas rasposas. Esas ranas vendrían por mí, se meterían en mi boca, pondrían sus huevos en mi intestino, se acomodarían en mis pulmones con su piel resbalosa llena de veneno y pústulas. Quise vomitar del horror.

Y, después, para colmo, noté lo peor: la pila del celular se había agotado. Intenté buscar algún cargador en las cajas donde por lo general amontaban muchos cables, pero no había ni uno de los que yo necesitaba. Me encaminé a la oficina, pero se encontraba cerrada. Nadie me iba a creer que la había forzado en un momento de angustia. Volví a patear la cortina de acero, pero nadie vino en mi ayuda. Me senté en el suelo. Empecé a escuchar ruidos: las ratas recorrían a sus anchas la bodega. No eran pocas las que amanecían muertas en las trampas. Me puse en pie y decidí quedarme lo más cerca de la puerta de entrada. Al menos ahí corría un poco de aire fresco.

Como a la una de la mañana me dio hambre. No había comido en todo el día, sólo unos duritos con crema y salsa en la secu. Me encaminé a la zona de latas y estuve revisándolas. Agitaba una y otra para saber su contenido, hasta que me decidí por una mediana. La raspé contra el piso varias veces y al fin la tapa se desprendió. Lo que encontré nunca lo hubiera imaginado: era una hamburguesa enlatada, con todo y su queso amarillo. Estaba pastosa, pero suave, la carne fría se había adherido al pan con una mala copia de mayonesa untada. La saqué lo mejor que pude porque estaba apretada en la lata. Manché el pan con el polvo que tenía en las manos. Cuando al fin pude tenerla, me la llevé a la nariz y la olí, luego le di una mordida. Había corrido con suerte. Al menos no sabía tan mal, una mezcla de sabores a plástico, sal, vinagre y como carne: peores cosas había comido.

Lentamente me fui quedando dormido, lejos de los fantasmas, rodeado por las ratas y con una despensa de hamburguesas enlatadas. Cuando Evaristo abrió la puerta por la mañana se sorprendió al verme ahí.

—Tengo que irme —le dije entre apenado y somnoliento—. Dejé solos a mis hermanos. Agarré una burguer en una lata, volviendo la pago.

—Efraín, espera…

Pero salí corriendo. Llegué directo a la secu, y no me dejaron entrar. Así que hice el camino a la casa, me dolía el cuerpo por el sitio donde había dormido, y los párpados se me cerraban. Cuando llegué al Rancho me encontré a Jeno en una banca hecha con botellas de cerveza y refrescos. Fumaba un cigarro y les daba cran a unos tacos mañaneros. Me senté junto a él.

—Ya le hice un paro a tu jefa, Fray.

—¿Eh?

—Pues le conseguí protección a tu jefa en Santacilia.

No supe qué contestar, pero me sentí sin fuerzas. De nada servía, era inútil. No importaba qué quisiera, todos decidían por mí. Además, estaba cansado. Quería dejarme caer. El hambre, el fastidio se apoderaron de mí, aun así alcancé a contestar:

—No te pedí nada.

—Pues tú no, pero el Fredillo quiso que lo ayudáramos y no hay pex. Tú tranquilo, vastar guacheando como te había dicho. Nadie va a decir nada, nadie sabe, haz de cuenta que ni existe, es un acuerdo entre él y yo; no le diré a nadie más arriba, hablé con el jefe y él me ayudó, tu jefa va a estar más tranquila. Ya le di el *walkie talkie* y toda la cosa.

Luego me extendió unos billetes.

—Para el abogado, ten.

—¿Ahora eres don Neto?

Jeno sonrió.

—No seas guey… Ten, cómete unos tacos.

Me acercó el plato de hielo seco con dos taquitos de chicharrón en salsa verde que se veían deliciosos, bien servidos, con repollo y tomate. Aún tenía en la boca el sabor de la hamburguesa enlatada.

—Nel. No. Cálmate, Jeno, no pedimos nada de eso y le voy a decir a Fredy que te devuelva el radio.

Jeno se puso a la defensiva. Recuperó el plato y le dio un par de mordidas a un taco.

—Pues como sea, ya no se puede deshacer. Mira, yo lo voy a cuidar, tú tranquilo. Somos compas. Eso sí es cierto, ¿no?

Empujó los billetes y cómo los necesitábamos. Sentí una presión en el pecho bien dura, bien fea, como si estuviera por partírseme en dos cuando tomé el dinero. Pensaba en Fredy y en Má. Aún ahora no sé por qué lo hice. La honestidad también es una cárcel. Me acerqué al filo del Rancho. Pinche Fredy, ya no estaría nunca más bajo mi control. Lo había perdido. Ya no era ni de Má ni mío, pero tuve que aceptarlo. Chingado. Tuve que aceptarlo. Necesitábamos ese dinero. Ese día supe lo que era tragarse el orgullo. Debíamos sacar a Má. Ésa fue la aportación de Fredy a la causa. Lo que sucediera después sería culpa de ese momento. Guardé el dinero en el fondo del pantalón y en la primera oportunidad que tuve se lo di al Lik.

12

Uno debe cuidar las calles. Debe aprender a mirar. Debe sospechar. Todo es ruido. Todo es movimiento. Todo coche que sube por Montes Azules es peligroso. Se avisa si algún extraño merodea, si alguien anda “como perdido”. Mirar. Guachear. Revisar. Medir el peligro. Aprender a mirar esos días para entender qué hacía Fredy era mi única herramienta para encontrar las palabras y encararlo. Me sorprendía su decisión, como si no supiera en dónde estábamos. Como si no hubiera oído las historias de la calle. Ahora todo estaba peor: no sólo debía sacar a Má de la cárcel, sino también cuidar a Fredy.

Desde lo alto de la casa, desde el mismo sitio donde había visto subir al convoy de policías para llevarse a Má, ahora observaba. El aire traía un olor a tierra mojada del otro lado del cerro, donde caía una lluvia delgadita, delgadita, de ésas que ni se sienten pero que te dejan empapado al menor descuido. Nubarrones se apretaban de aquel lado y las primeras nubes evadían el pico del cerro para entrar a la ciudad. No habían sido semanas fáciles desde el día que se la llevaron. El dinero del bote casi se terminaba, los últimos billetes estaban ya en manos del abogado, pero Fredy trajo más, ya sin nada que ocultar. La gente de la Comisión de Derechos Humanos seguía sin responder. Todo ese dinero tirado a la basura. Al aire. El dinero sólo cambiaba de una mano a otra sin mover nada en el mundo. Sin dar libertad. Sin conseguir amor. Sin ofrecer tranquilidad. Billetes iban y venían.

Miré hacia El Rancho cuando una camioneta se estacionó y de ella bajaron Jeno y los otros. Entré a la casa y vi a Marcos aburrido.

Ese sábado no había ido a la bodega porque la habían clausurado. A veces les pasaba, me dijo Evaristo: “La gente viene, compra y luego se quejan, pero nadie les ha dicho que todo lo que hay en las latas es comestible. Ya volveremos y te aviso”. Fredy se iba a tardar en la frutería.

Marcos se parecía más a papá. Tenía la cara alargada, el mentón algo salido, como él, las orejas pequeñas. Se veía todo preocupado. Casi no hablaba con él, salvo para cosas que Má nos ordenaba. Lo mismo con Fredy. No platicábamos mucho, pero empecé a decirle que, si veía una balacera, no se hiciera el valiente, que huyera. Le recomendé andar vestido siempre de negro por si debía salir en la noche. Fredy me escuchaba con incredulidad, pero asentía. La relación entre mis hermanos era mejor, hablaban más. Yo era un extraño.

—Estoy aburrido —dijo Marcos—. ¿Y si vamos al Centro?

—Sobres, vamos.

Rápido nos cambiamos de playeras y bajamos por los senderos. Siempre descendíamos con la mirada en el piso porque no faltaba tubería de agua o de gas que nos saliera al paso y diéramos al suelo o alguna raíz grande de los árboles que crecían por donde fuera o charcos de agua de drenaje estancada. Unos cerdos nos pasaron felices de camino arriba; eran cuatro, gordos y sucios, y olisqueaban quién sabe qué cosa en la tierra. De camino, ya en la colonia, pasamos por el local de internet y Xbox. Ya había mucha gente haciendo fila para las retas y sólo se escuchaban la música, balazos y explosiones que salían de las teles. Una señora vendía duritos con salsa, crema y repollo, que no tardaban en pasarse con cervezas heladas. Un ñor escuchaba más adelante una rebajada y otro limpiaba un asador con una cebolla. Todos los fines de semana la colonia se ahumaba, casi todos los vecinos prendían carbón para asar carne, pollo o salchichas. Cada porche se volvía una extensión de un día de campo. La gente se reunía a platicar, beber, oían canciones y más tarde se peleaban. No faltaba el que, incluso, se

daba de golpes o sacaba un cuchillo para amenazar a un primo lejano, al papá o a un hermano cuando la cerveza ya los había llevado hasta las recriminaciones.

Como traía algo de dinero del jale en la bodega, iríamos a los puesteros de la calle Reforma a comprar cedes piratas y tal vez comer unos tacos de barbacoa. Anduvimos rápido, un poco emocionados, porque hacía un buen que no salíamos.

Llegamos a la frutería. Encontré a Fredy, que movía unas bolsas de carbón, y sólo le avisé. Se enderezó al verme, como si estar con Jeno le hubiera dado más fuerza y desatado una cosa rara en él. Ya lo había visto con los otros morros de la colonia: chicos asustadizos que cuando entraban al narco iban cambiando, se volvían más echados para adelante, el dinero les daba fuerza, el saber que traían armas les sacaba una valentía rara, como impostada, falsa, pero agresiva al mismo tiempo.

Un chico es sólo un chico hasta el día en que un narco cualquiera le pone una cuernos de chivo o le empieza a dar dinero para comprar cosas que cree necesitar, pero que no le hacían falta. Un chico con armas se vuelve otra cosa, algo, no se sabe bien si morro o ruco, víctima o golpeador, sicario o desaparecido. Un chico que tuvo armas y luego se las quitan a punta de balazos termina corriendo; llora en los senderos cuando alguien mayor va tras él, lo acorrala, lo pesca y lo saca a rastras de sus escondites para llevarlo a sitios en donde no quiere estar, para asustarlo de maneras que no sabía que existían. Con suerte, le daban un tiro y listo. Con suerte, lo tiran en un sitio donde los demás lo puedan reconocer y avisarle a la mamá o al papá, y lo puedan enterrar en alguno de los panteones municipales. Y eso todos lo sabemos en El Peñón y es como de todos los días, ya no causa alarma ni alarde. Eso con suerte. Sin suerte. Nadie quiere tener un fin sin suerte.

—Jálense —me dijo Fredy—, aquí voy a estar. ¿Quieres feria para Marcos?

—Yo traigo —le contesté con sequedad.

Al rato pasó el Playa y nos fuimos hasta mero atrás, de pie, porque ya no había asientos libres. Un par de chicas muy arregladas, como de mi edad, iban muy cerca de nosotros. Platicaban de una fiesta de la noche anterior. Marcos detrás de mí. Al fin llegamos a Juan Ignacio y Ramón y Juárez. Aún teníamos que caminar un resto, pero fuimos dejando atrás las calles de buena gana. Las avenidas estaban llenísimas. De los camiones bajaba gente que se confundía con más; algunos se detenían a comer gorditas de azúcar o compraban elotes con crema y salsa. De casi todos los negocios salía música norteña o algunas cumbias. En una tienda de ropa para mujeres asomaban cinco maniquíes con trajes de baño, y un señor, con un micrófono, invitaba a todo el mundo a comprar. Nosotros seguimos adelante. Dejamos atrás el Colegio Civil, luego el mercado Juárez. Una corriente de aire fresco recorrió la avenida y volví la mirada al Cerro de la Silla ya hundido en las nubes de lluvia. Marcos quería comer algo, pero le dije que se esperara. Al final llegamos a los puesteros de Reforma. Uy, los puesteros de Reforma, ¿quién no ha soñado con gastarse todo su dinero ahí?

Los puesteros se alargaban en las cinco calles entre las avenidas Juárez y Cuauhtémoc. En la primera cuadra había puestos de juegos y consolas de videojuegos. Nos amontonamos ahí primero, para ver las partidas; siempre había gente que jugaba, sobre todo los dueños, que ponían los Play Station o los Nintendo 64, y ahí se estaban dándole al FIFA o al Need for Speed o al Halo. Todos se apretaban ahí, pasaban las memorias con los juegos, primero los de computadora, luego de las consolas. Siempre había un montonal, y en unos puestos se hacían retas y campeonatos de un día. Marcos tomaba los juegos, leía la parte de atrás, luego observábamos las pantallas. No teníamos ni un Nintendo ni nada; uy, lo que hubiéramos dado por tener uno. Apenas si teníamos una tele grande, que Má había comprado hacía dos años en el Coppel y todavía no terminaba de pagar.

Estuvimos dando vueltas por esa cuadra como una hora, hasta que nos dio hambre. Cruzamos a la siguiente, donde estaban los negocios de ropa, cinturones, camisas y chamarras, y nos enfilamos hasta la tercera calle, entre Méndez y Jiménez, donde vimos el local de comida que nos gustaba. Se encontraba al principio de la hilera de puestos, cerca de un drenaje en el que los otros locatarios vaciaban tinas con agua sucia. La taquería contaba con un gran comal y su especialidad eran los tacos de cabeza de res. En un par de molcajetes gigantes se ofrecía el guacamole, podías ver los trozos de aguacate entre la salsa. Pedimos dos órdenes que nos sirvieron bien rápido, y luego luego les pusimos machín cucharadas de guacamole, nos dieron dos botellas de coca y nos hicimos un rinconcito entre toda la gente. Los tacos estaban deliciosos. La salsa, en su punto. El gas de la Coca-Cola, el ideal.

Terminé mi orden y pedí otra para compartir cuando la vi pasar: era Estrella. Iba con una amiga suya, con seguridad a la última sección de puesteros, donde vendían la ropa de mujer. Me puse en pie y casi la atropello.

—Hola —le dije con toda la torpeza del mundo cuando la alcancé.

Se sorprendió al verme ahí. Su amiga, más que ella, y Marcos, igual.

—Hola…

—Hola…

Me sentía nervioso, y al instante me pregunté por qué chingados le estaba hablando. A Irma me tardé casi un año en cantársela. Volví el rostro hacia Marcos y me sentí envuelto en el olor de la barbacoa, de la grasa en la que cocinaban la carne, en el agrio aroma de la cebolla y el cilantro que había comido. Me raspé las manos en la bolsa del pantalón.

—¿Y qué cuentas? —No era el más hábil para ligar.

Estrella volvió a ver su amiga.

—Nada, venimos a comprar.

—¿Hoy no jalas con tu tío?

Aquella frase la sorprendió, se enrojeció y dio unos pasos hacia atrás.

—No, hoy no.

—Nosotros ya terminábamos, ¿gustan unos tacos?

Ella y su amiga se voltearon a ver y sonrieron.

—No, no, gracias… —me contestó.

—¿Y si mejor vamos a Galerías? —dijo la amiga de Estrella. Ella le sonrió y le jaló levemente la manga de la blusa, y ambas sonrieron nerviosas o burlonas, no lo supe.

Mi hermano se acercó en ese momento.

—Es mi *brother*, Marcos.

No se saludaron. Marcos me volteó a ver con curiosidad, como preguntándose qué ocurría.

—Bueno, ya nos vamos.

—Si quieren las acompañamos, yo les puedo enseñar dónde se compra lo mejor, directito de McAllen. Hay cosas bien baras… puro producto de…

—No, no, gracias —me interrumpió Estrella, apenada y luego, como si quisiera retomar el control y marcar la distancia, agregó—. Y tu mamá, ¿ya salió de la cárcel?

Me quedé callado. La amiga se sorprendió al oírla y la volvió a jalar de la manga y soltó una risita ahora sí de nervios; luego, nos miró con miedo, como si fuéramos a robarles en ese momento. Acepté el trago amargo y contesté:

—No, no, pero tu tío es muy bueno, igual y pronto la liberan.

—Pues suerte —dijo, y se encaminaron, ya no por la calle de Reforma, para seguir por los puestos, sino por una diagonal para salir de ahí.

Marcos sonrió.

—¿A poco ella es tu amiga? —preguntó.

Negué con la cabeza. Pues no, no éramos nada, pura imaginación. Seguimos en los puestos ya sin ánimo hasta que los fueron cerrando con la caída de la noche. Luego hicimos el camino

de vuelta con la ciudad empezándose a vaciar. Íbamos tranquis, sin ningún lugar al qué ir. Además, cuando llegamos a la parada del camión lo esperamos un buen. Nos bajamos donde siempre y empezamos a caminar a la casa. Una granadera subía en ese momento por Montes Azules y sentí la mirada caliente de uno de los policías. Me acordé de Ramón. Ramón era grafitero, siempre andaba con su mochila llena de botes de aerosol. Los chotas lo pescaron y uno de ellos le roció toda la pintura negra sobre la nuca. Me contó Ramón que entre dos lo agarraron de los brazos y lo torcieron al suelo, mientras otro agitaba el bote. Ramón escuchó cuando la canica interior rebotó y rebotó y rebotó y luego sintió la pintura desparramándose en su nuca, bajaba goteando por el cuello; el olor lo hizo llorar, los ojos se le irritaron como si se le estuvieran quemando, la piel le ardió y quiso vomitar, pero el chota no dejó de oprimir la boquilla hasta que terminó de vaciar el contenido. Luego lo dejaron libre; al principio caminó todo mareado, nadie quiso subirlo en el camión y tuvo que andar desde bien lejos hasta su cantón todo confundido por el olor de la pintura que resbalaba hasta su pecho. Historias como ésas nos sabíamos un montón.

Cuando llegamos al Rancho todo estaba en santa paz. En las calles de la colonia aún flotaban los últimos vapores de las carnes asadas, la última música de la tarde, los últimos balazos y explosiones en el negocio de videojuegos, las últimas voces de las doñas que jugaban a la lotería, las últimas cosas del mundo que se acababa todito en nuestros terrenos; la noche toda iba así muriéndose lentamente, en El Rancho ya casi no había actividad, la gente levantaba sus puestos. El sol había ya derretido todo: el cerro, las calles, las casas, la vida.

Cuando llegué a la casa encontré a Fredy tirado en la cama de Má, con los tenis puestos. Luego sonó un celular, uno nuevo. Mi hermano se levantó en friega. Contestó el aparato. Su piel se puso pálida. Vi cómo se aceleraba el miedo en sus ojos. Se avalanzó

contra la puerta, pero antes volvió y debajo de la cama de Má sacó una pistola: era un arma corta, de ocho tiros.

—Se nos metieron los de la Zozaya —me dijo.

—Nel, cabrón, aquí te quedas.

—No mames, Fray, si no voy los matan.

—Dame eso —le exigí.

Era cierto. No podía quedarse. Alguien debía ir.

—Quédate aquí — le ordené.

Y me lancé a la oscuridad.

13

—¿Ya los viste?

—Nel.

—Vete por ahí.

—Síguele, síguele… ¿ónde se habrán metido?

—A ver, jálale por ai.

—No, cabrón, no. Más despacio.

—Ya se pegó el Valdo, vienen atrás.

—Pues manejas como loco.

—Síguele por ahí.

—¿No serán ésos?

—¡Métele, métele, métele!

—Ora, cabrón. No rechines llanta tan culero.

—¡Ahí!, ahí, sobres.

—¡Bájense, bájense!... ora, cabrones, ¿qué pedo? ¿Quién vive?, ¿quién vive?

—Por eso…

—¿Cuál por eso?, ¿qué pedo?, ¿qué hacen aquí? ¿No saben quiénes somos? Somos la lumbre, carnal.

—Eh, bájale carnal, somos de aquí, de ancá, doña Firia.

—No te conozco, bato.

—Somos de aquí, ei, eh… Valdo, Valdo, somos compas de Valdo, estuvimos en la Martínez, ¿eh, Valdo, sí me sacas? Pregúntale, ahí viene.

—¡Qué onda, Pirrín!

—¿Qué pedo, Valdo?, ya me andan canasteando, ¿qué pedo?, somos compas.

—Pues, ¿qué andan chingando a esta hora?, no mames. Se nos andan metiendo los de la Zozaya y pensamos que eran ustedes. ¿Qué tal que les tirábamos plomo sin preguntar?

—Pues nel, andamos en unos mercados nocturnos, a esta hora nos quitamos.

—Sobres, Pirrín, pero avisen, que los putazos están de a gratis. ¿Y qué traes ai?

—Pura cosa permitida, traigo comida.

—Pues rólenla, por el susto que nos dieron.

—Sobres, sobres, eh. Dales unas cazuelas de lo que sobró.

—¿Cómo que las sobras, Pirrín? ¿Y no traes tortillas?

—Sí, sí, échenles.

Todo el tiempo fui con el cuerpo pegado al asiento y desarmado. Jeno fue el primer sorprendido en verme, pero rápido me aventó en el asiento de atrás. Traía un agujero en el estómago. Fue la única manera que encontré para salvar a Fredy. “No se las hagas fácil —me dije—. Sólo esta vez y ya.” Arriba la colonia brillaba apeñuscada en el cerro.

Hacía años la colonia estaba tranquila; los chotas y los de la lumbre, porque así les decíamos a los Zetas, del Golfo o la Federación que usaban estas calles para vender, todos se habían tranquilizado; ya nada pasaba por aquí desde que don Neto se había ido cuando lo cercaron los de la Federación. Aquellos habían sido años raros. Desde que llegamos supimos que debíamos talonearle duro. O más bien, yo no lo sabía, pero Má me lo decía muchas veces. Má lo tenía bien claro: trabajar, trabajar, trabajar en lo que fuera siempre y cuando fuera algo decente, algo que no comprometiera nunca el futuro. Pero de nada servía. Trabajabas y trabajabas por trescientos pesos al día, a veces ni eso. ¿Cómo quieren que salgamos de pobres si no se puede ni llegar a la avenida con suerte?

“Pero, ¿cuál futuro?”, pensaba.

Y también estaba el otro: andar en las pandillas, vender grapas como Jeno, andar en un coche, comprarse lo que se quería, andar libre, con una malicia bien sana para aprender a defenderse de los demás, pero con más peligro. A la viva de Dios.

Yo al Jeno lo conocía desde bien morrillo y siempre tuvo esa forma de ser, de mirar de frente, de ser entrón; no le daba miedo nada. Ahora, me daba cuenta, se había vuelto uno de los líderes entre los narquillos de la colonia; tal vez ya no se encontraban al fondo del escalón como siempre lo pensé, sino más arriba. En la secu, en la primera semana ya se había peleado con dos, incluso con los maestros, casi lo expulsan, pero aguantó hasta que se cambió de colonia cuando las cosas se pusieron en verdad feas; esos días cuando mataron a Luisfe en la avenida. Me dijeron y bajé corriendo con Jeno. Los dos estábamos más morrillos y éramos más rápidos. Luisfe había sido compa de los dos desde que nos juntamos en cuarto de primaria. Era el mejor portero de la colonia, hasta los grandes lo querían en sus retas de fut. Cuando llegamos había un montón de patrullas y camionetas de la Marina. Nuestro amigo estaba ahí, en la banqueta, cubierto por una manta.

—Ya sabía que lo andaban buscando —me dijo Jeno mientras las cámaras de televisión apuntaban a nuestro amigo—, pero no se quiso ir.

De regreso me dijo que también andaban detrás de él.

—Ni hice nada, bueno, nada grave… pero don Neto me dijo que me vaya y le voy a hacer caso.

Y se fue un año; el peor de todos, dejó la secu a la mitad y se peló. Un año después volvió a la secu porque era negocio mover mercancía entre los alumnos y otros que compraban afuera. Jeno vivía con su abuelita y la señora ni se preocupaba por él o no le decía nada, quién vaya a saber.

—Nombre —me dijo una vez—, a los maestros no les interesamos. Vienen por su paga, nada más. Y, si los cansas, un día ya ni te pelan.

Apenas íbamos en la secu y él ya sabía eso; que la gente se cansa, que es lo más fácil: cansarse, tirar lo que traen, dejar de pelear y, entonces, gente como él o como otros, viene y lo toma todo. O lo arrebata.

Y ahí estábamos ahora en el coche, persiguiendo a los de la Zozaya o a quienes se quisieran meter. "Esos chamacos se apagan más pronto que una vela", me dijo Má una tarde, cuando supo que me juntaba con el Jeno. Y sí, casi al mismo tiempo la cosa se puso muy dura en la colonia, ¡cómo cayó gente por aquí! Los mataban en El Rancho, donde una vez hubo una balacera justo un viernes, cuando todos se juntaban. Mataron como a cuatro, pero no salió nada en los periódicos. Luego, al Vicente y al Jorge se los bajaron en la avenida, mientras comían unos tacos de pastor; tampoco salió nada en las noticias. Ni siquiera el don que luego vocea con los periódicos de la tarde anduvo ofreciendo noticias. Desde la casa, pegados a la ventana, oíamos las balas nocturnas. Hasta una vez nos cayó una bala perdida, clarito la escuché cuando golpeó contra el techo de lámina, porque Má aún no juntaba el dinero para la placa. Antes no la agujereó. Pum, pum, ratatatatata, pum, silencio, luego otro ratatatata. Encerrones de coches, persecuciones. Todo eso se oía hasta arriba. A veces yo sí me asomaba, al cabo desde allá y en la noche nadie me iba a ver; abajo, en las calles de la colonia, se veían las persecuciones, era bien raro mirarlas, como si estuvieras ante una película, sólo que ésta sí te podía matar.

Por esos años se fueron muchos, varios carnalillos con los que jugábamos al fut desaparecieron. Dicen, pero quién sabe, que están enterrados aquí en el cerro, más arriba, en las cuevas que nadie visita, donde antes guardaban la mercancía; por ahí están las tumbas que ni tumbas son, apenas montones de piedras, una sobre otra, piedras y polvo.

Yo no sé si hay fantasmas en el cerro, pero en ocasiones sí escucho sonidos, un ulular se viene desde varias cañadas, un aire friolento sale de quién sabe dónde y se deja caer sobre la colonia; y,

cuando eso ocurre, todo adquiere un aire malsano y nos odiamos un poco más y nos pesa un poco más estar aquí, resistir aquí, donde tenemos que batallar un chingo para subir el agua o los tanques de gas; y hasta siento que los campitos donde algunos vecinos siembran tomates y chiles o papas se apagan un poco más, y los cerdos que andan a su gusto también están tan aburridos que quieren despeñarse; y me dan ganas de soltar la escuela, de salirme ya, de ponerme a trabajar, pues, como todos; pero entonces me acuerdo del otro futuro que Má quiere para nosotros, para Fredy, Marcos y para mí: que seamos buenas personas. Nada más eso: que trabajemos bien, sin meternos en problemas.

A mí me da cosa, porque me gusta estudiar, pero tampoco es que sea muy coco para esto. A Fredy se ve que le gustan los números y Marcos está muy chiquillo para saber. A lo mejor me toca dejar la escuela y ponerme a jalar pronto para que Fredy sí vaya a la preparatoria. Quién sabe qué se sentirá andar en prepa y vestirte como tú quieres. Y estudiar, ser bueno para eso. Hundido en el asiento, mientras buscábamos a los de la Zozaya no dejaba de pensar en Estrella: ella sí iba a estudiar en alguna prepa, su tío abogado le ayudaría a pagar la escuela. Qué se iba a fijar en alguien como yo, si soy poquita cosa, quién sabe si termine la secu, y tengo a Má en la cárcel porque la acusaron de robarse un colchón.

Escupí, cosa que casi no hago, pero necesitaba quitarme la sensación agria en la boca cuando todo terminó. Notaba que Jeno se sentía contento de verme ahí. Me cayó entonces la verdad de que, si Valdo no conocía al Pirrín, los hubieran matado ahí en caliente.

Pasé saliva.

Al fin nos pasaron las cazuelas con comida, nos subimos al Grand Marquis de Jeno y volvimos al Rancho. Cuando llegaron me encontré a Fredy junto a la anacahuita. Se veía ansioso, una desesperación le brincaba en los ojos. Se acercó para ayudar a los demás a bajar la comida, quería sentirse útil. Me miró de reojo, enojado. Los chicos sacaron un par de botellas de cervezas y se las

empezaron a beber. Otros soltaron los cigarros, uno más llevó las cazuelas que nos habían dado; las colocaron sobre unas piedras y se empezaron a servir. Tomaban una tortilla de harina, la ahuecaban en la mano y cual pico de una paloma la metían al guiso, atrapaban algo, sacaban la tortilla con su relleno y rápido se la llevaban a la boca. Masticaban con mucho entusiasmo, felices por el botín.

—Pues falsa alarma —dijo el Jeno volviéndose hacia mí—. Qué bueno que viniste.

—Ei.

—¿Tons qué sigue? —se le veía contento.

—Pues nada, sólo no quise que saliera Fredy, aún está muy chiquillo.

Jeno sonrió. El resto de la pandilla seguía taqueando y mi hermano les ayudaba. Volví a ver a mi compa. Me le acerqué y lo más serio que pude le dije:

—Es que mi carnal no sirve para esto, Jeno, regrésamelo.

—¿Aónde?

—Pues a la casa, a como estábamos antes.

—No mames… además le estamos ayudando a tu jefa.

—Pues yo les pago, si quieren, pero ya que le ahueque el ala.

—No, no mames, si yo te llevé con el abogadillo ese.

—Neta, déjalo ir. Te estoy agradecido, pero le va a ir peor cuando salga Má, ya sabes cómo es. Y ahorita…

—Ahorita… ¿qué?

—Qué pasa si sí eran los de la Zozaya.

—Pues los vaciamos de plomo, eso hubiera pasado.

Fredy se encontraba pálido. No decía nada, pero apretó la quijada y me miró de reojo cuando nos vio hablar.

—Pues que diga Fredy, ya está peludo —sentenció Jeno ya algo enojado.

Lo volvimos a ver. El resto de los chicos seguía cenando, pero nos veían de reojo. Noté la tensión en el ambiente. Las risas habían

desaparecido, sólo podía escuchar las bocas, los dientes, cómo masticaban.

—Ya estoy aquí —nos respondió Fredy acercándose y con un taco en la mano—. Y si algo le debo decir a la jefa, se lo diré yo. Yo le pedí el jale a Jeno, yo le voy a cumplir. Además, bajaste sin esto.

Me mostró la pistola.

—Pinche Fray… —se rio mi amigo—, te la mamaste. Nos pusiste en desventaja.

Luego, dirigiéndose a mi hermano, agregó:

—Pues no se hable más. Si no es tan grave, pinche Fray. No sé para qué te pones acá. Ya sé que tú eres de los mataditos, pero no todos tienen cabeza para la escuela y eso. Aquí hay de dos sopas, y al Fredy lo vamos a cuidar. Está cura que lo quieras proteger, eso lo respeto por hoy, pero el morro ya habló y debe cumplir su palabra.

Volví a pensar en las tumbas en el cerro. Dijo esto último con un tono de voz más espinoso, marcando cierta gravedad en cada palabra.

Había perdido. Uno de la banda de Jeno fue al Grand Marquis y encendió la radio.

—Anda, Fredy, mejor cena con Marcos —insistí.

Mi hermano volteó el rostro hacia donde se encontraban los demás.

—Nel. Estoy con los compas.

Algo se rompió en ese momento. Lo noté en las sonrisas de los demás, en la forma como se miraron entre sí, en la manera desafiante de Jeno, que parecía enunciar las tormentas por venir. ¿Cuánto duraban los morros en el narco? ¿Uno, dos, tres años los más inteligentes? Todos terminaban o muertos o en la cárcel. Los que nunca subían mucho lograban zafarse, pero eran la minoría. Fredy se acercó a su nueva clica y, como ellos, extendió la mano para tomar una cerveza. La abrió delante de mí y le dio varios tragos. No le gustó el sabor, porque las primeras veces la cerveza golpea el paladar. Recordé a Má, cuando nos hacía salsa de chorizo y nos

aventaba a la mesa las tortillas de harina recién hechas, infladitas; desaparecían antes de llegar a la mesa y rápido les poníamos un poco de frijoles y salsa para llevárnoslas a la boca.

Di la media vuelta y subí por el puente que va del Rancho a la colonia. Me hice un camino nuevo por los senderos y, cuando llegué, me di cuenta de que esa paz que había sentido antes, al llegar, era más bien lo que se vive antes de la tormenta.

14

El abogado nos citó el siguiente lunes por la tarde. Fredy y Marcos no fueron a la escuela y me acompañaron al Centro. No hablamos en el camino. Cada quien echaba la mirada hacia otro lado, sin toparnos. El chofer del 209 escuchaba una colombiana viejita que a veces oía Má los sábados por la tarde, cuando llegaba de jalar en las casas; se sentaba en la piedra cuadrada, se quitaba las chanclas y metía los pies dentro de una cubeta con agua. Luego, se sacaba un cigarro quién sabía de dónde y se lo fumaba lentamente, mientras el aire del cerro le movía los cabellos y la bastilla de la falda. Sólo se fumaba uno, era su mantra: uno a la semana, y no siempre. A Má le gustaban esas canciones viejitas, de los guadales que lloran porque también tienen alma, del dulce hogar, ese regio Colombia que sonaba con las guacharacas, el acordeón y la guitarra. En el mercado se compraba algunos casetes, que ya casi nadie tenía, salvo por un señor viejito que además ofrecía películas Beta con el empaque sucio. Má ponía en la radio los casetes y con la música de fondo se ponía a coser ropa y a trapear; usaba ese tiempo en limpiar la casa o el pequeño jardín trasero.

Llegamos al Centro, nos bajamos donde siempre y empezamos a caminar. Ya casi no me quedaba dinero. Y el trabajo en la bodega no dejaba tanto como yo pensaba. Tenía que renunciar. Fredy seguía dándonos dinero, pero igual se iba rápido.

Cuando llegamos al edificio donde estaba la oficina del abogado no encontramos a nadie en el recibidor y mis carnales tenían miedo de entrar: nunca habían ido hasta allá y, aunque el edificio no se veía tan acá, sí imponía. Subimos por el elevador y llegamos al último

piso. Pasamos por el pasillo de siempre. Olía como a perfume, pero no sabía de dónde venía ese aroma. Adentro se sentía algo de bochorno. Toqué a la puerta de la oficina y nos abrió Estrella. Casi me voy para atrás cuando la vi. Ella sonrió, como si nunca nos hubiéramos visto.

—Pasen, mi tío los espera.

La obedecimos, pero mis carnales se quedaron en la sala de espera, sólo yo entré a la oficina. Adentro el Lik revisaba unos legajos. Me sentía en una jaula para ratones, porque esa oficina no tenía ventanas y los techos eran bajos. Necesitaba buscar algo más en qué jalar. Tenía días pensando en buscarme otro trabajo.

—¿Cómo has estado, Efraín?

—Bien, Lik. Taloneándole como siempre.

—Está bien, está bien, eso es bueno. ¿Le siguen llevando algo a su mamá con la trabajadora social?

—Sí, Lik.

—Pues —el Lik se rascó la cabeza—, ¿sí sabes que golpearon a tu mamá adentro?

Apenas dijo aquellas palabras y la sangre se me heló. No me había vuelto a hablar desde aquella vez. Quise que Fredy estuviera ahí, que oyera cómo le cumplían sus compas.

—Adentro hay de tres sopas, Efraín: o trabajas para los otros internos e internas, o te unes a una secta cristiana o con el padrecito, o te quedas en la nada, separado de todos y todas. Y yo creo que eso fue lo que ha hecho tu mamá. Y por eso la golpearon. Alguien la quiere de su mula. Me dejaron verla ayer. No se ve bien. Pero tu mamá es fuerte, se le nota de inmediato. ¿Dieron con ese tal don Miguel?

Negué con la cabeza. Qué íbamos a dar con él, se había esfumado de la tierra, como si le hubieran dado un levantón y quién sabe en dónde lo hubieran tirado.

—¿Va a querer más dinero? —ya imaginaba para dónde iba el asunto.

—Sí y no, Efraín, vámonos tranquilos. Se me ocurrió una idea y te la quiero proponer, en parte porque la gente de la Comisión de Derechos Humanos ya no contestó. Además, los golpes nos ayudan; voy a pedir que la cambien de ala en el penal. Es lo mismo, pero puede estar en un sitio donde no tenga historia.

Me crucé de brazos.

—Además, quiero solicitar un juicio poco convencional, se le llama de buen nombre. Me lo contó un gringo que luego viene acá para hacerla de abogado consultor. ¿Sabes qué es eso? No, bueno, no tiene ciencia, pero tiene, ¿cómo decirlo?, humanidad. Eso, ésa es la palabra. Tiene humanidad. Cuando un mexicano o latinoamericano es enviado a la cárcel con los gringos, en ocasiones, cuando ven que su situación personal es complicada, que viene de hogares rotos, que viene de…

—De la chingada, de ahí, de donde venimos todos.

—No lo quería decir así, pero digamos; pues mandan a un abogado a investigar a la familia, a los conocidos, a recopilar datos, información que puedan agregar a la carpeta, de manera que, si hay atenuantes, también así pueda obrar la justicia. Yo sé que es raro oír eso en este país, pero se le llama así, juicio de buen nombre. Y si tu mamá es tan buena, como tú dices, si no se ha metido con nadie en la cárcel, al grado en que ya la andan golpeando porque nadie la protege adentro, si no se robó nada, tal vez podríamos intentarlo.

—¿Y qué necesitamos?

—Pues eso, buscar el buen nombre de tu mamá. Buscar que ante el juez algunos de sus empleadores, gente que la conoce, dé un testimonio de buena fe. Eso, más las pruebas ridículas y el abuso en su detención, porque me acuerdo cuando llegaste, venías todo golpeado, el despliegue inusual de la fuerza policiaca, pero qué te digo: en este país meten a la cárcel a gente por robarse una lata de atún, al más puro estilo Jean Valjean.

—¿Valjan?

—Jean Valjean… ¿no lo conoces?

—¿Qué es?

—Es un personaje de una novela… El caso es que, búscame al menos a diez personas que puedan testificar a favor de tu madre. Y trae más dinero; adentro tu Má lo necesita. Ya se cumplió el plazo y podrían ir a visitarla este domingo, pero mejor que no vayan a verla, por la forma como está ahorita… también por eso quería verlos… Aquí están los papeles.

—Lik, pero, ¿está bien mi Má?

Apenas dije eso y el licenciado hizo un gesto de cansancio. De su escritorio extrajo unos papeles y también sacó unas fotografías.

—Se las tomé el otro día, para dejar en claro que, además, tu madre está en riesgo. Sí están fuertes. Si quieres, no las veas.

Pero sí las vi.

Ahí estaba con el rostro golpeado, le habían abierto una ceja; se le notaba el moretón y la piel donde la cosieron; también le habían reventado un labio. En otra fotografía se le veía de espaldas, tenía moretones en las costillas, marcas violáceas le recorrían la espalda, como granos hirientes y punzantes. Apreté los labios. Maldije a don Miguel. Maldije el colchón. El licenciado se acercó y me dio una palmada en el hombro.

—Está feo, ¿verdad?

—De la chingada, Lik.

—Además… tengo una mala noticia qué darte.

—¿Otra?

—Tu mamá me pidió que no la visites en el penal. Ya en unos días puedes visitarla, pero no va a salir. No vayas. No quiere que la vean ahí, dice que no quiere darles esa imagen, que se arrepentiría y que la entiendas.

—Pero Lik…

Me puse triste bien rápido. Sentí que una araña trepaba por mi garganta y me picaba debajo de la boca. Má. Siempre cuidándonos. Prefería estar sola a darnos el pendiente. Creo que los ojos se me aguaron todos porque el Lik se levantó y me dijo:

—Ven, te vamos a llevar a un sitio para que te distraigas.

Salimos de la oficina y el licenciado habló con Estrella, quien nos animó con su sonrisa. Salimos los cinco. Entre la gente, en la calle, me dio cierta sensación de tranquilidad sabernos un grupo. Estrella iba adelante; el Lik, Marcos y yo en medio, y detrás Fredy. El Lik me contó que siempre había querido ser abogado.

—Sé que tenemos mala fama, pero es culpa de la televisión.

Era de la Sada Vidrio, sus papás sí le habían ayudado a estudiar y, a cambio, ahora él ayudaba a sus sobrinas. Así supe que ya antes había tenido a un sobrino a su servicio, pero que se había ido "por el mal camino de la ingeniería", comentó.

—Mejor que trabajen conmigo, a quién sabe en dónde.

Nos fuimos internando por la colonia central hasta que salimos a las callejuelas del Centro, en los negocios de bolsas desechables, charolas de unicel y tenedores de plástico. Al fin nos dirigimos por una calle muy angosta, por la que sólo había espacio para que pasara un coche, no lejos de donde tomábamos el Playa, cerca de la Del Sol de Juan Ignacio Ramón. Llegamos a una casa grande, de doble piso, con un jardín en el centro y una cochera. Un perro gris, de esos muy lanudos, salió a recibirnos. Estrella jugó con el perro, le acarició la cabeza y éste se puso en dos patas y casi la tiró. Se llamaba Brandy. Arriba, en una ventana, encontré el dibujo inmenso de una ballena color azul. Seguimos a Estrella por una escalera aún más angosta y dimos con la terraza, en la orilla había una puerta por donde entramos. Era una librería; en la pared del fondo se hallaba otra ballena pintada, sólo que más grande. Libreros y un mueble de madera muy bonito con libros pequeñísimos completaban el escenario.

El Lik saludó a la chica que atendía y nos pidió cafés: el de Estrella, un *frappucchino*; los nuestros, dos *lattes*; él, un expreso. Fredy no quiso nada. Yo no sabía que hubiera tantos tipos de cafés. Má nos daba un Nescafé en las mañanas y nada más. Nosotros seguíamos detrás, en el filo del negocio, sin animarnos a entrar.

Música suave salía de unas bocinas y en una inmensa vitrina para cosas frías había muchos tipos de bizcochos y dos pasteles de chocolate que se veían riquísimos. Me sentí extraño mientras Estrella curioseaba con normalidad en los libreros, así que la imité. Marcos no se movió, como si lo asustara aquella decoración.

Me pregunté si por mi cuenta habría entrado a ese sitio y la respuesta fue que no. Por mi cuenta sólo iría a los lugares de siempre, con la gente de siempre; pensaría que sólo podía tener cierto tipo de novia, de casa, de trabajo, de amigos. Solté un suspiro de miedo, pero intenté controlarme. Era una imagen muy sencilla la que observaba: una chica en un anaquel en una librería pequeña, en una terraza de la ciudad, y por un momento quise ser parte de eso también, así que empecé a caminar entre los libreros para mirar. Marcos me siguió, pero Fredy terminó por salir de la terraza y esperarnos en la calle.

Desde el lugar donde estábamos se veían los árboles de la Macroplaza y, más lejos, el Cerro de la Silla, donde vivíamos, pero a esa distancia no se veían las casas, sólo el cerro limpio, con un tono verde reseco por la larga temporada de calor. Marcos veía de reojo el pastel, así que me acerqué y le pregunté a la chica cuánto costaba una rebanada. Me sorprendí porque no era muy cara, así que compré una y un refresco.

—Se lo pueden comer en la otra sala.

El Lik ya estaba ahí y revisaba unas revistas. El aire acondicionado encendido ahuyentaba el calor. Al fin Estrella apareció con un libro en la mano y se sentó a leerlo:

—Se llama *Ciudades de papel* —dijo—; ya me leí toda la saga.

—¿Y de qué trata? —preguntó Marcos.

Estrella se lo pasó y, aunque tenía muchas páginas, era muy liviano.

—Está muy padre: es de una chica que cobra venganza de un exnovio, se va con su mejor amigo en un coche y, bueno, pasan muchas cosas.

—Ah.

—¿Quieres? —señalé el pastel. Estrella se ruborizó y negó con la cabeza.

—Ya comí. Gracias.

El Lik seguía leyendo, pero nos miraba de reojo, sin animarse a entrar en la conversación. Luego, se asomó por la ventana y encontró a Fredy afuera, porque dijo:

—¿No le quieres llevar algo a tu hermano?

—No.

—Llévale… ¿Cómo lo ha tomado él? Es duro, ¿verdad?

—Algo, pero es su problema, Lik.

Una parvada de cotorros se había instalado en el árbol inmenso del jardín. Marcos me pasó el libro y lo inicié; muy poco, porque presentía que de un momento a otro nos iban a correr, pero la historia me fue sacando de todas las preocupaciones, incluso la de Má, golpeada en la cárcel. Como a la hora y media el Lik me entregó un pastel para Fredy; Estrella le regaló a Marcos el libro —también se compró otro del mismo autor—. Nos despedimos en la calle y ambos enfilaron hacia el norte.

"Qué padre sería tener un tío o tía que te apoyen para estudiar", pensé. El Lik era alivianado, le gustaba el fut, quería conocer Italia y, sobre todo, no casarse.

—Todo el mundo cree que casarse es triunfar en la vida y sólo es un estado civil.

Abajo, Brandy nos ladró juguetonamente.

En el camino de regreso, Marcos se durmió en el asiento del camión.

—No estoy de acuerdo con que andes con Jeno —le dije a Fredy, quien llevaba su trozo de pastel en la mano—. Pero ya estás grande; sólo no te lleves a Marcos contigo. Y, cuando salga Má, le vas a tener que decir y, si ella te deja, ya no diré nada. Sólo no uses armas, Fredy. Por Má, no las uses.

Fredy hizo un gesto de fastidio cuando me escuchó.

—¿Qué tanto hacían allá adentro?, se tardaron un buen.

No supe qué contestarle, hasta que al fin hallé algo, una respuesta justa y seria, tranquila.

—Nada, sólo fuimos a otro planeta.

Era verdad.

—¿Y qué te dijo de Má?

—No quiere vernos... la golpearon adentro, ella nos avisará.

Fredy inclinó la cabeza de vergüenza y el resto del camino no dejó de mirar por la ventana del camión.

15

La colonia estaba tranquila. Desde la avenida seguía con el recuerdo los pasos de Má. No tenía los teléfonos de ninguna de las personas con las que trabajaba; ella se los sabía de memoria: no guardaba ni uno por miedo a que cayeran en malas manos. “A esta gente no le debes dar ningún problema, mijo; todos son buena onda hasta que los obligas a involucrarse”, me había dicho una vez, cuando venía de ayudar en una casa también por esa zona. Era domingo, los días en que sería más fácil encontrarlos en su casa. Había preferido faltar al trabajo en la bodega. Andar en ahí era muy cansado y me quitaba demasiado tiempo, debía buscar un nuevo trabajo.

La colonia de los ricos tenía las calles bien derechitas, sin baches, sin agua puerca que corriera de un lado a otro. Al ver esas casas me sorprendía que la gente necesitara tanto espacio para vivir. Comparaba mi hogar, el cuartito, el techo. Cómo me hubiera gustado tener un cuarto propio para tirarme a dormir después de llegar de la secu, sin tener que oír ni a Má ni a mis hermanos; poner mi música, las rebajadas de Celso Piña y la Ronda, las canciones del Binomio de Oro o Luis Miguel Fuentes o algunas gruperas o de Control; no era tan celoso de mis canciones, le ponía a la que me gustara sin importar el género, pero sí me hacían vibrar las rolas viejitas de Pegaso o el Tropical Panamá, y a veces unas en inglés de AC/DC. Un cuarto propio para guardar mis cosas, los libros de la secu, mi ropa, los discos viejos que dejó papá: música de tríos como Los Panchos, que ya nunca poníamos porque no teníamos el aparato, pero que yo guardaba con mucho cuidado. Y acá la gente tenía casas inmensas, de dos o tres pisos, con cocheras amplísimas y

hasta tres coches. ¿Neta, tanto se necesitaba para vivir? A lo mejor sí, pero no me había dado cuenta porque ya me había acostumbrado a rolarla con lo que tenía, vivir con lo que caía, andar con lo puesto. A veces, cuando veía esas casotas, pensaba que, a más dinero, más desesperado estabas, pero aquella era una desesperación distinta por tener, por acumular, por andar rodeado de cosas que luego ni servían, aunque, ¿quién sabe lo que significa realmente ser rico?

Las casas tenían grandes jardines con la hierba bien recortada, árboles bien separados entre sí, de ramas grandes, con buena sombra, algunos podados de tal manera que semejaban sombrillas o fuentes. No me daban envidia, nosotros teníamos el jardín más bonito de la ciudad: nuestro patio trasero era el cerro, sus cañadas, sus árboles, sus cuevas.

Aún recuerdo la primera vez que fui hasta lo alto del cerro, no la antena de televisión, adonde todos suben, sino a otra cima, atrás, donde casi nadie divisaba. Había estado lloviendo esa semana, hará un par de años, una lluvia finita, como pelusa. Estaba fastidiado porque no podía salir de la casa. Algunas cañadas llevaban agua toda puerca cerro abajo. En una de ésas Jeno se apareció por la casa. La calle seguía caliente con las persecuciones. Jeno iba a despedirse porque su mamá ya no lo quería en el Peñón. Llegó, silbó y salí.

—Oye, quiero mostrarte algo —me dijo—. Vamos arriba.

—Pero es peligroso, está lloviendo.

—Nel, nada más hay que ir con cuidado. Vamos a bordear una parte, pero alcanzamos a subir por detrás.

Vacilé un poco, eran como las once de la mañana. Má estaba trabajando, mis hermanos se habían ido con ella. Salimos casi sin nada, sólo con una bolsa de naranjas y un bote de chile en polvo que guardé en la bolsa del pantalón. Al principio, la neblina era muy delgadita, como si vieras sólo un poco borroso. La tierra estaba

suelta, mojada, peligrosa. Los arbustos se encontraban achaparrados por el agua, más verdes que nunca. Conforme fuimos subiendo la neblina se hizo cada vez más y más densa, casi ni podía mirar a cinco metros de distancia. El chipi chipi me mojó por completo. Más adelante los árboles empezaron a crecer, a volverse muy frondosos. A veces, cuando miraba el Cerro de la Silla desde lejos, parecía estar alfombrado de verde, una capa muy, muy delgada, pero ya de cerca te dabas cuenta de que era todo bosque en el cerro; el bosque lo cubría todo con hambre, lleno de animales, algunos tan grandes como osos. Me detuve y llamé a Jeno, porque la niebla era mucho más fuerte. El corazón se me aceleró, pero entonces Jeno empezó a silbar, iba delante: así me orienté. Y sí, el camino estaba hecho; quién sabe cuántas personas de la colonia lo habían recorrido una y otra vez, hacia arriba, aplastando las hierbas, marcando el sendero.

—Aquí guardan la merca —dijo Jeno cuando llegamos a una serie de cuevas de entradas muy angostas—. Acá nadie las busca. Los chotas nunca llegan ni a tu casa, ahora imagínate acá.

Un mes después de esa subida fue que desapareció don Neto. Hay un par de historias sobre eso. Unos dicen que los agarraron abajo, comiendo tacos de barbacoa. Fue una cosa loquísima, ni un tiro se soltó. Todos pensábamos que cuando fueran por él harían una matazón terrible que se llevaría a soldados, niños, mujeres, ancianos y todo. ¿Quién se deja meter al tambo sin soltar plomo? Dicen que los guachos llegaron como si nada, se saludaron como siempre. Uno se le acercó y cuentan que le dijo: “Ya es hora, don Neto”. Dicen que don Neto no se apanicó y se terminó de yantar los tacos; todavía le dio una propina al taquero, dicen que un fajo de billetes, y luego lo subieron al coche del ministerial y se fue. Otros dicen que llegaron por él los del Golfo. Lo encontraron también en esa taquería. Otros que, al ver que cerraban la calle, los escoltas de don Neto lo sacaron por las barrancas, bordeando los límites de las colonias. El caso es que desapareció.

Después de eso la colonia se estuvo muy callada, todos teníamos miedo. Desde ese día no se había vuelto a ver. Unos dicen que sí lo mataron, otros que no, que aún anda escondido. Otros aseguran que los chotas lo tienen encerrado y lo van a sacar cuando sea necesario, cuando esto se descontrole de nuevo, pero los chotas no saben que, una vez fuera de las calles, vas perdiendo poder, te desdibujas, te hacen borroso, tu imagen se pierde, se borran los contornos del miedo que les dabas.

Llegamos hasta las cuevas y ahí estaban dos compas de Jeno, cuidando. Se saludaron y me miraron con recelo.

—Es compa —dijo Jeno—, vamos para arriba.

—Sobres —respondió uno que oía unas norteñas en una radio, aburrido y sentado sobre un bote de pintura.

Dejamos las cuevas y empezamos a caminar por un sendero que iba hacia atrás del cerro y subía lentamente. No sé cuántas horas anduvimos, pero finalmente la neblina fue haciéndose de nuevo más delgada. El aire olía a flor silvestre, a tierra mojada, a rocas, a arbustos frescos. Y, entonces, como unos cien metros más adelante, pude percibir que empezaba a clarear cuando todo el camino lo habíamos hecho envueltos en una nata gris.

—Ya mero llegamos —me animó Jeno.

Yo ya no podía, porque los últimos metros habían sido más empinados, como si estuviera haciendo rapel; creo que así le llaman cuando más que caminante pareces cabra montés. Salimos a una meseta despejada, sólo con unas hierbas solitarias en las orillas, y desde ahí noté que la neblina había quedado al fin atrás.

—Es todavía más adelante, vamos.

Y lo seguí. Ya hacía sol. Lo sentía picante a mi alrededor y, cuando menos vi, ya estábamos muy arriba del cerro. Sólo entonces volví el rostro. Estábamos cerca de la punta, pero justo detrás de la ciudad.

—La gente sube por aquel lado —señaló Jeno—, donde está la placa del teleférico que se cayó. Todos quieren ver la ciudad, pero es

más bonito por acá.

Pude ver entonces, por primera vez, algo de lo más bello que he visto en la vida. Era como el mar: las nubes chocaban contra las faldas del cerro, se veían serenas, y, luego, un remolino empezó a correr y las removió y emergió un macizo de roca, alargado, como la proa de un barco, la cordillera y meseta detrás del cerro, pero después la neblina volvió y cubrió aquel pedazo de tierra hasta que el aire demandó su espacio y volvió a mostrar esa proa de piedra hasta que al fin la neblina la cubrió de nuevo. Desde ahí pude ver el cañón del Huajuco, todo Juárez, Cadereyta y un avión que empezaba a descender.

—Son como gigantes, ¿que no?

—¿Quiénes? —dijo Jeno, que sacó, no supe de donde, un cigarro, y lo empezó a fumar.

—Los cerros, como si estuvieran dormidos.

—Nel.

—Entonces, ¿qué son?

—Sólo eso, cerros.

Nos sentamos y empecé a pelar las naranjas. Jeno le daba varias fumadas al cigarro. El humo se alejaba rápido, porque arriba corría el viento con más fuerza.

—Presta una naranja.

Se la pasé y la comió desgajándola; cada ciertas masticadas escupía las semillas.

—Al rato —me dijo— va a haber aquí arriba un huerto de naranjas, vas a ver. Será mío. Sólo yo podré venir a cortarlas y luego a sembrar más.

—Tas loco, Jeno.

—Chingas a mí si no, ya verás.

Y siguió escupiendo las semillas.

—Mira cabrón, mira.

Se puso de pie y las empezó a buscar.

—Chingado, no las encuentro, dame más.

Le pasé un par y, ya sin comérselas, las fue desenmillando. Cuando tuvo suficientes en las manos, buscó entre la tierra, se sacó la navaja, y empezó a hacer hoyos para dejar las semillas dentro y sembrarlas. Repitió esa operación varias veces hasta que al fin terminó.

—¿Traes agua?

—Nel.

—Chingado, bueno. —Y se bajó el cierre del pantalón y orinó los montículos de tierra, un chorro ruidoso y sereno.

Luego se volvió a sentar junto a mí. No dijimos nada por unos minutos, hasta que vimos un águila planear por una de las cuestas del cerro. Se veía majestuosa y pequeña al mismo tiempo cuando se abría paso.

—Oye, ¿y adónde te vas a ir?

Jeno no volteó a verme, atento al águila.

—Con una tía, del otro lado de la ciudad, por Mitras. Allá está tranquilo.

—¿Y has visto cosas feas?

—Pues sí, pero así es esto.

—¿Como qué has visto?

—¿Para qué quieres saber? Mejor así déjalo.

—¿Sabes quién se bajó a Luisfe? ¿Fue don Neto? —el rostro de Jeno se nubló.

—Psss…

—Está bien, está bien, me calmo.

Era difícil imaginar que allá abajo estaba una ciudad, y que en esa ciudad había una colonia, unas casas y gente, y otros que andaban armados, y otros que en la noche se perseguían, y que en esa ciudad todos éramos carne de cañón, al menos nosotros.

—Ya mejor vamos a caerle. Te quiero mostrar algo.

Hicimos entonces el camino de regreso, más despacio, con más cuidado. Casi al filo donde iniciaba la neblina las vimos, eran seis cruces blancas, con los nombres de quienes estaban ahí sepultados:

dos hombres, tres mujeres y una niña; sus años de nacimiento y de muerte. Una expedición fallida. Jeno las observó por largo rato y luego me dijo que continuáramos. No le pregunté qué tenían de famosas esas cruces.

Bajar fue más peligroso. La neblina se abalanzó sobre nosotros en cuanto empezamos a descender: áspera y fría, estrecha y firme. No tardamos en llenarnos otra vez los tenis de lodo, hasta que dimos de nuevo con las cuevas, ya casi anocheciendo. Saludamos a los compas de Jeno, seguimos bajando hasta salir de las nubes: abajo todo estaba gris, callado, miserable. Algunas colonias tenían las luces encendidas a causa de la nublazón. Jeno volvió a verme y extendió la palma para despedirse.

—Nos vemos, cabrón. Te cuidas.

—Sobres.

Nunca olvidé aquel camino a lo alto, siempre he creído que allá arriba, en la cumbre, no deja de salir el sol que baña el naranjal de Jeno. Quién sabe si lo recuerde, si signifique ahora algo para él.

Al fin di con la primera dirección. Me temblaron las piernas, porque sentía que todo esto era ridículo: qué iba a hacer esa gente por nosotros, si ni nos conocía. Má era sólo una máquina más, como las tantas ahí adentro: lavadoras, estufas, lavavajillas, planchas. Estaban los dos coches en la cochera. ¿Cómo les iba a decir? ¿Qué les iba a decir? Pues sí, tenía la necesidad. Toqué el timbre de la casa. Como diez minutos después apareció el hombre, el mismo que les había dado a mis hermanos los dulces. No iba de traje ni corbata, sino normal: unos shorts largos, una camiseta de los Dodgers.

—¿Sí?

Me presenté y, entre apenado y todo, le conté la historia: lo del abogado, el juicio de buen nombre. Le dije, con la voz temblorosa, que nuestro papá había muerto, que Má se había juntado con don Miguel, que era una mala persona; le dije de más, pero sólo tenía

una historia para contar y el tiempo corto para que me entendiera. Y el hombre me escuchó. Estuvo ahí, de pie, con los brazos como caídos, sorprendido. Oyéndome. El hombre estaba, aunque no lo creyera, atento.

16

Mientras esperaba que Má al fin nos dejara visitarla, mi ansiedad y las prisas por ganar dinero aumentaron, hasta que una tarde llegué a la bodega y le renuncié a Evaristo. Necesitaba tener más dinero y con más rapidez. El trabajo ahí era bueno, pero la paga, mala. Cuando le dije, me miró con cierta tristeza, como si supiera que la prisa era mala consejera.

—¿Y adónde te vas a ir?

—La neta no sé, tal vez voy a vender cosas en los camiones, pedir en los cruceros, algo que deje más dinero; aquí, con su perdón, la paga es poca.

—Sí, no es mucha, pero a cambio te da otra cosa.

—¿Qué me da?

—Estructura, horarios, responsabilidades. Allá afuera vas a andar a salto de mata y ¿vas a dejar la secundaria también?

Me empecé a enojar. Ese ñor no tenía por qué meterse en donde no le importaba, pero me aguanté.

—Nel, eso no lo dejo. Mi Má no lo permitiría.

Evaristo me pidió que lo siguiera a su oficina. Era pequeña, con muchas cosas amontonadas: papeles, libros, enchufes.

—¿Sabes cuánto me costó ser el gerente aquí?

—Años.

—Sí, años, pero no tantos, porque fui responsable. Yo te entiendo, Efraín, créeme. Yo soy de la Constituyentes, ahí por Axa Yazaki. ¿Sí la ubicas?

—Ei.

—Pues yo estudié hasta la prepa, no había para más, pero con eso la armé para ir trabajando en oficinas, nunca bajo el sol, siempre en cosas que me alentaran acá, el coco; y luego me casé con una mujer muy parecida a mí, chambeadora, aguantadora. Hace cuatro años juntamos nuestros puntos de Infonavit y sacamos una casa por aquí, en Apodaca. Es más grande que las casas donde viví y donde ella vivió. Nunca la vamos a terminar de pagar, pero cada mes sale para el abono y nos hace ilusión saber que será nuestra. No vivimos de lujo, aquí luego viene gente que sólo en joyas trae puesto lo que gano en un mes, pero no nos falta nada; casi siempre andamos apretados, pero siempre la libramos. ¿Sabes cómo termina la gente que vive toda su vida para el trabajo físico? Eso es lo que en realidad está en juego aquí.

—No, no sé.

—La vida se los come, Efraín: el sol los quema, los músculos se les cansan. La prisa por ganar dinero nunca es buena consejera. Y en la calle, menos.

—¿Y para qué quiero una vida donde todo es necesidad? Andar sufriendo de aquí para allá. Nunca tener dinero para nada.

—Pues eso, justo eso, porque la vida no es sólo tener necesidades. Puedes ir más despacio. Quien viaja más despacio alcanza a mirar más de lo que hay en el mundo. Tal vez tardes en ganar dinero, o igual y nunca serás adinerado, como se dice. Es posible, pero sí puedes llevar la vida a tu modo, no como otros digan. Dime, de tus conocidos, ¿a cuántos mataron ya?

—Pues a muchos.

—¿Y cuántos ya son papás o están por serlo? ¿Cuántos dejaron la escuela para tener más tiempo para trabajar y ya se hicieron millonarios o al menos ya se cambiaron de colonia?

—No, pues nadie, y sí hay varias morrillas con hijos.

—¿Y tú?

No supe qué más responder. Yo quería ganar dinero. Quería tener lo suficiente, para pagarle al abogado, sacar a Má, terminar la

secu, tal vez estudiar la prepa.

—No me entiende, don Evaristo —le dije al fin.

El hombre torció la boca y suspiró.

—Muchos chamacos pasan por aquí y pronto se van —lo dijo con desgana, arrepentido tal vez, pero él no estaba en mi situación. Luego se levantó, se encaminó a un mueble de oficina, lo abrió y sacó de ahí unos billetes—. Es tu liquidación. Y Efraín, no lo olvides: ve despacio y, cuando quieras, aquí tienes un lugar. Has sido chambeador y eso no se encuentra tan fácil.

Evaristo tenía razón.

Las semanas siguientes cambié de trabajos cada semana: vendí periódicos, frutas en los cruceros, ayudé a casi todos los dones de la colonia que sí trabajaban; pero en parte, yo también tuve razón, porque en la calle nos daban más dinero. Conseguí unos días que me dieran chance de limpiar vidrios en un crucero, se le tenía que pagar al dueño del lugar, todos le pagábamos, pero yo era rápido y pedía permiso, así no desperdiciaba pasadas al vidrio para que me dijeran que no. Guardaba bien la morralla. Era trabajar de sol a sol. Fredy seguía con Jeno, pero no me metía con ellos. Los fines de semana me iba con Marcos a buscar gente que conociera a Má y a ver el caso con el abogado, quien recibía el dinero en bolsas de plástico y ni lo contaba, mientras esperábamos que ya nos quisiera ver. El don anterior nos había dado el teléfono de otra gente que la conocía, y así fuimos armando una ruta de todos sus trabajos.

—¿A poco mamá trabajaba tanto? —me preguntó Marcos una tarde que habíamos ido a la Talleres para ayudarle a un vecino pintor. Todo el día nos la habíamos pasado ahí, con la brocha y rodillos, trepados a una escalera para alcanzar la parte de arriba de la casa. Le contesté que sí, y hasta más.

Má siempre tenía dinero, aunque dijera que no. Una vez le pregunté cuánto tenía guardado, porque el botecito en el cerro en otras temporadas había tenido más dinero. “Lo suficiente para que estudien”, me contestó. Y era cierto: a veces no teníamos más que

para comer frijoles y tortillas, pero cuando llegaba el momento de pagar la escuela, nunca faltaba, siempre había suficiente para comprar los uniformes, las libretas y lo demás. Nos íbamos en el camión hasta el Centro y Má nos surtía casi por kilo en una bodega donde vendían muchas cosas en remate.

Los días avanzaron hasta que al fin el Lik nos dijo que Má ya quería que la visitáramos. Aquello nos alegró un buen. Hicimos planes para ese domingo que la veríamos y recordé que a Má le gustaban mucho unas tortillas de harina que vendían en la Eloy Cavazos, así que le compraría algunas; el licenciado nos dijo que podíamos llevarle algunas cosas de comer.

Esas semanas previas mi separación con Fredy se había vuelto mayor: llegaba muy noche, a veces apestando a cerveza; se quitaba los pantalones y los calcetines, y se tiraba en la cama. Una tarde llegó todo golpeado, pero no dijo nada; yo sólo lo veía al fondo de la casa, sus ojos opacos en la oscuridad mientras se pasaba unas telas de algodón mojado sobre las heridas.

El día anterior a visitarla fuimos por las tortillas y de regreso nos detuvimos en los tiraditos. Me gustaba quedarme a mirar la sección donde los viejos de la colonia y de otras llegaban y ponían sus tendidos de herramientas y cables para Nintendos, de navajas de licuadoras y pinzas de presión. A Marcos también le gustaba. Muchos morros andaban correteando, jugaban a ser sicarios, se disparaban con la mano que se volvía pistola, con varas que semejaban cuernos de chivo.

—¿Quién quiere ser la chota?

—Yo no, siempre pierden.

—Pinches chotas.

Pero luego se empezaban a perseguir hasta que al fin uno se caía y los demás hacían como que lo remataban a punta de balazos.

—Rocíalo —gritaba uno.

—En la nuca, en la nuca, dale el tiro de gracia —añadía uno más.

—¿Y qué hacemos con el cuerpo? ¿Lo tiramos por ahí?

—¡Mejor vamos a cocinarlo!

Y entonces el más chiquillo se iba al suelo, se hacía bolita y los demás hacían como que le rociaban ácido. El niño, aunque ya muerto, se retorcía y, luego, cuando terminaba de morir, se levantaba, se limpiaba las piernas de polvo, y otro era el policía; así hasta que todos morían y revivían.

Ya era de noche cuando empezamos a subir a la casa. Jeno y Fredy estaban cerca del puente que unía El Rancho con unos que tocaban una canción colombiana. Era una de Celso Piña, de sus canciones viejitas, la "Cumbia sobre el río". El aire se llevaba las palabras que llegaban a mí mochadas:

Suena, suena y emociona
Nuestra, nuestra acordeona
Cumbia mano arriba
Simple si sin di liba
What no fight fast
We ya, ya hilabas
Colombia, te canto con la mano arriba
Cumbia regué sound alegrándote la vida.

A lo lejos, por el rumbo de Cadereyta, observé las llamaradas que sacaba una de las chimeneas de la refinería. Era un fuego limpio, sostenido en la noche, como si no necesitara de nada para ser. De los tejabanes salía el olor de los frijoles en la olla, un aroma que nos persiguió durante varios metros hasta que Marcos me jaló del brazo.

—Mira, Efra, alguien anda en la casa.

Puse mi atención en la casa y sí, estaba alguien. Empezamos a trepar más rápido, dando grandes zancadas.

—¡Ey, ey! —gritamos.

El hombre se dio por descubierto y empezó a correr hacia abajo, por otro sendero cerca de la casa. Lo perseguimos. Era muy ágil y rápido. Marcos cortó camino para ver si lo alcanzaba; yo también.

Qué falta nos hacía Fredy en esos momentos. Nos fuimos dando saltos entre los senderos, esquivábamos las piedras, la basura, a los cerdos que andaban sueltos. El hombre cortó por la orilla del Rancho, yendo por la cañada, justo por donde yo había perseguido a las patrullas cuando se llevaron a Má. Desde ahí grité el nombre de mi hermano, con la esperanza de que me escuchara y se uniera a la persecución. Íbamos lo más rápido que podíamos, hasta que al fin percibimos con más claridad en la noche aquella figura ágil y, cuando grité su nombre, el don, como detenido por quién sabe qué voz, achicopalado, destanteado, se despistó y terminó dándose de bruces sobre la tierra; se revolcó varias veces, como si estuviera deshaciéndose.

—Ya se mató don Miguel —dijo Marcos.

Cuando lo alcanzamos, era un costal de nada, de carne y huesos; se había enterrado unos vidrios en los codos. Yo quería matarlo, y, con la adrenalina, apenas y lo alcanzamos, me sorprendí dándole dos patadas en el estómago por el coraje que me había surgido de todas las semanas y los meses pasados, hasta que vi que Marcos se interpuso entre los dos y todo asustado me dijo que no siguiera.

—Es su culpa, Marcos, es su culpa —dije totalmente vencido. Sólo entonces me di cuenta de que los dos llorábamos. Él, asustado por mi reacción; yo, porque sentía que al fin dábamos con una forma real de hacer justicia, aunque esas patadas no eran ni el principio.

No habíamos dejado de pensar ni un día en don Miguel; todo había sido su culpa, y de él, nada, desaparecido. Y ahora estaba ahí, revuelto en la tierra, como si surgiera de ella un ser que se encarna entre pedregones y basura, un ser mineral, de quién sabe cuántos años, que salía mitad humano, mitad cadáver, y quejándose; soltaba varios ay de dolor por la caída, por los vidrios enterrados que le manaban sangre y por mis patadones.

—Ya me desgraciaron —gritó.

—Usté nos desgració primero —le contesté.

El aire corría con fuerza. No lejos andaban unas gallinas que picoteaban el suelo, como siempre.

—¿Qué andaba haciendo en nuestra casa? Ésa ya no es su casa.

—Ayúdenme.

Nos miramos y nos acercamos para ayudarlo a ponerse de pie. La sangre le chorreaba por los codos.

—Creo que me fracturé algo —gimió. Y cuando dijo eso, me llegó su aliento a cerveza. Empezó a quejarse de los vidrios y sacó el más grande, enterrado en el codo. Luego hizo su cabeza de un lado a otro y oí que tronó un hueso o la clavícula, no lo sé. Después soltó un eructo.

—Perdón, muchachos, yo sólo quería saber si ya habían soltado a Leonor. Si era nomás un colchón.

Marcos me volteó a ver, como si fuera éste el momento para darle de golpes, para dejarle caer todo el coraje guardado.

—Es que yo fui por la herramienta, ya le debo bastante al que se la renté y me anda buscando…

En la casa se habían quedado dos cajas de herramienta con las que era tanto electricista como cortador de azulejos, y mecánico, y uno de los tantos mil usos con los que se ganaba la vida, como muchos otros señores. Yo no había querido venderlas por si las necesitaba para trabajar.

—Yo también la he pasado mal. No me puedo acercar a nadie. Nadie me da jale. Se corrió la voz y, pues, no tengo ni un quinto, muchachos. Sí sé que la regué.

Luego soltó un quejido.

—Al menos vamos a curarme, déjenme me limpio.

En ese momento oímos que se acercaba gente. No tardé en reconocerlos: eran Jeno y Fredy con los demás.

—Es ese mierda —dijo Fredy y se fue adelantando al grupo. El rostro de don Miguel se hallaba tenso, la sangre sobre su piel a causa de los raspones y los vidrios. Apretó los puños cuando mi hermano llegó. Todo sucedió muy rápido. Fredy se detuvo, se llevó la

mano tras la camisa, sacó una escuadra, la amartilló y ya iba a levantarla para dispararle a don Miguel cuando me metí entre ellos. El viejo soltó un quejido, un sonido de miedo con la garganta, como algo que se apaga.

—¿Qué tienes, Fredy? Baja esa madre —lo increpé.

—Este mierda nos arruinó, deja que me cobre lo que nos hizo.

—Fredy, baja el arma, no mames. No lo vas a matar.

—Pero es lo menos.

—Bájala, bájala.

—Pero Fray, no mames, no mames.

—Mejor vamos a llevarlo a la comandancia. Fredy, bájala, bájala.

Jeno se nos acercó y puso la mano sobre la escuadra de Fredy, luego se la quitó.

—Vámonos, esto es entre ellos —les ordenó a los demás.

Fredy al fin se desplomó y don Miguel soltó un quejido de alivio.

—Lo siento, muchachos —empezó a chillar el don—. Yo sólo quería cumplirle a su jefecita, pero pendejo que soy, se me hizo fácil. Y ya antes se habían llevado colchones así y no pensé que fuera tan pesada la cosa. Y mírenme, estoy también todo jodido; ustedes, todos nos jodimos por eso.

Volteé a ver a Fredy, desanimado.

—La cosa es que la jefa sí está en la cárcel y usted anda afuera. Vamos a llevarlo a que se entregue —le dije.

Hicimos el camino a la casa de su mamá. Afuera estaba ella, con sus hijos. La misma escena, todos con cervezas a los pies, sentados en mecedoras o sillas, recibían el fresco de la noche. En una radio, dentro de la casa, sonaba el resumen de un partido de futbol. Don Miguel se hizo un hueco entre sus hermanos, que no tardaron en preguntarle qué le había pasado.

—Me caí bajando el cerro, eso pasó.

—Ay, mijito. Deja voy y te limpio.

La ruca se levantó y se metió a la casa; cuando regresó, traía una ropa vieja y alcohol, y con eso empezó a limpiar las heridas de su

hijo, quien se quejaba cada que pasaba el trapo húmedo por los codos y las rodillas, de donde le quitaron los vidrios con cuidado. Uno de sus hermanos le pasó una cerveza, a la que don Miguel le dio un par de tragos antes de devolver el casco. Se veía más flaco que antes, más huesudo, envejecido en estos meses.

—Señora —le dije a su mamá—, ahora sí puede ayudarnos. Es nomás que don Miguel vaya a la policía y diga que él fue quien se llevó el colchón, para que nuestra mamá salga de la cárcel.

La señora seguía limpiando las heridas de su hijo. No respondió. Marcos me jaló de la camisa.

—Mijo no vaser nada de eso, ¿estás loco? Si lo meten a él, ¿entonces qué hacemos para sacarlo?

Me quedé helado. Los hermanos se miraron entre sí y algunos le dieron otro trago a sus cervezas. Estaban momificados, sus ojos iban hacia donde la anciana terminaba de limpiar.

—Este huevón debió de haber ido por sus cosas desde la tarde, pero se esperó hasta el final.

—Pero, doña…

—Nada de doña, cada quien se rasca con sus propias manos. Ya mejor lárguense.

—Le vamos a hablar a la policía —dijo Fredy.

—Ustedes le hablan y aquí mis hijos dicen todos que vieron a su madre subiendo el colchón con ustedes. Ya mejor lárguense.

Quería escupir, quería tener una ametralladora, como la de Jeno, para ahí acabar con todos. Quinientos balazos, como jugaban los güercos hacía rato.

—Váyanse, y ni se acuerden de que estuvieron aquí. Pinches chamacos.

—Los suyos —dijo Fredy.

Los señores soltaron la carcajada.

—¿Y éstos son los que quieren ser estudiados, Miguel? —preguntó uno de los hermanos, y don Miguel, con una sonrisa a medias, porque no sabía si era de vergüenza o de burla, asintió.

Hicimos el camino de regreso a la casa. Don Miguel no había podido entrar, aunque la puerta tenía casi zafados la cadena y el candado. No dejaba de mirar a Fredy, a quien se le notaban todo el enojo y el cansancio, la prisa. Levanté las tortillas de harina desparramadas en el suelo, unas ya eran cena de las hormigas.

—No vayas a hacer ninguna tontería —le dije al fin, cuando se encaminó hacia abajo.

—Nel, pero a ese ñor ya se lo cargó la verga.

Traía toda la rabia por dentro, la muina más fea que he sentido en mi vida por culpa de don Miguel, de su mamá, de los quinientos balazos. Cuando Fredy salió de la casa y lo oí bajar, supe adónde iba y lo que iba a hacer. Pero Jeno me debía una. Era mi única esperanza y por eso le escribí un mensaje de celular. Un mensaje corto, diciéndole lo que me estaba cobrando. Me contestó con un "ok".

Más noche oímos la balacera y por la mañana supimos la noticia: habían baleado la casa de la mamá de don Miguel. No habían matado a nadie, pero ya estaba entregado el mensaje. Cuando bajamos para ir a la prisión, sentí que las miradas de la gente de la colonia nos perseguían. En El Rancho Jeno comía unos tacos de barbacoa. Fredy estaba con él, apenas me vio y nos alcanzó. Apenas si asentí al verlos y Jeno hizo como si disparara al aire con la mano. Pum, pum, pum, sonó dentro de mi cabeza. Pum, pum, pum. Las balas. Luego me mandó un mensaje al celular.

—Estamos a mano —me dijo.

17

La sala donde Má nos aguardaba era pequeña, apenas contaba con unas mesas de cemento ya ocupadas por otras personas. El Lik nos había acompañado por ser la primera ocasión en que veríamos a Má y para decirnos lo que seguía a continuación en la defensa de su caso. Nos traía buenas noticias, nos dijo, porque al parecer la fiscalía había aceptado la modalidad del juicio, atípico en el país, pero sí fundamentado en no sé qué Carta Magna. Llevábamos algo de comida: unos tacos de barbacoa de res que habíamos comprado en la entrada de la prisión, además de un jugo de naranja y las tortillas de harina rescatadas, pero los guardias desbarataron los tacos durante la revisión y nos obligaron a beber el jugo de naranja. Nos catearon para que no metiéramos nada de contrabando. Los tacos, con las tortillas rotas, no se veían apetitosos: parecían más vomitada, pero aun así los metimos. A las diez fueron saliendo las presas, pero eran pocas. Aunque el salón estaba lleno, sin duda había más internas que nadie visitaba.

—Es que a las mujeres siempre las olvidan pronto, las dejan aquí —dijo el Lik.

Fredy se notaba inquieto ahí adentro. Algo le sucedía, lo veía bien. Ya éramos unos totales desconocidos. Aunque una temporada intenté hablarle, nunca fuimos tan cercanos. Él tenía sus compas, solía jugar en los terrenos baldíos a los narcos y policías, con mucho esfuerzo iba a la escuela. Tampoco hacía mucho por hablar conmigo ni yo con él; soportaba con cierto fastidio el hecho de que yo fuera el mayor y mi manera de ser “el mayor”. Una temporada se la pasó jugando en las tiendas de videojuegos, vendió periódicos por las

tardes, pero nada nos había alejado tanto como estos meses, las dos formas como ambos resolvíamos el encierro de Má. Ni le había preguntado por la balacera a la casa de la mamá de don Miguel. De reojo notaba su preocupación. Se veía torpe al entrar, al pasar la revisión, y ahora sus ojos iban de una ventana a otra, luego a la puerta custodiada. Marcos, tal vez porque aún era más niño, no lograba sentir nada raro de la situación. Sí, Má estaba presa, pero hasta ahí.

—Tranquilo, Fredy —le dije—, ya mero termina esto.

—Pudo haber acabado desde antes.

El Lik nos escuchaba y se llevó las manos a las bolsas del pantalón, un tanto aburrido. Al fin empezaron a salir las reclusas y Má fue de las primeras. Corrió a vernos y nos abrazó. Olía a jabón, llevaba el cabello húmedo. Había envejecido mucho, como si los años la hubieran atrapado de golpe ahí adentro. Le noté las canas, que no tenía antes, el mentón con más arrugas, su cuerpo se había derrumbado en general. Marcos lloró de alegría al verla y fue el primero en ser abrazado; después, Fredy, quien se puso tieso, y luego yo. Qué raro era abrazar a Má, sentir su calor, sentirla cerca, raras veces nos abrazaba o nos remolineaba el cabello con las manos. Siempre era distante, al menos de esa manera; con ella todo era hacer, hacer, hacer. Casi no tenía gestos tiernos, pero sabía que nos quería. Siempre andaba apurada, corriendo. Empezó a llorar, pero luego se limpió las lágrimas con las manos. Volteó a ver al licenciado y le dijo:

—Licenciado, gracias por venir.

Nadie le echó en cara que hasta ahora nos dejara verla, ella tenía sus tiempos. Para los tres había sido difícil, más para Marcos, pero ahora él estaba feliz de estar con Má, lo veía en sus ojos y en cómo la miraba, como si Má fuera una aparición.

—No se preocupe, señora Leonor, es un gusto.

Nos sentamos en una de las mesas que Marcos había apartado. A nuestro alrededor la escena que acabábamos de ver se repetía.

—Te trajimos de comer —dijo Marcos, y le extendió el plato de unicel con aquella mancha oscura de la barbacoa que Má empezó a comer, apurada, sin fijarse que eso ya no eran tacos.

—Están deliciosos, mijos, muchas gracias.

La dejamos comer en silencio y, cuando terminó, se limpió las manos en el borde de la banca ante la falta de servilletas, y porque no quería ensuciarse el uniforme.

—Anoche vimos a don Miguel, Má. Se quería meter a la casa —le dijo Fredy.

Má se puso tensa apenas escuchó aquel nombre. Algo en la habitación me oprimía y me sacaba el aire, la luz se volvía más difusa.

—¿Y qué quería?

—Sus herramientas. No se las llevó.

—Dénselas, ya para que no tenga ningún pretexto para volver —nos ordenó.

—Pero ya te vengamos, Má —se adelantó a decir Fredy.

—¿Qué quieres decir?

Fredy volteó a verme y negué con la cabeza: "No lo hagas, tarado".

—Nos ayudó Jeno, le dio un susto a toda su familia.

Má se quedó petrificada. Noté cómo fue perdiendo la tranquilidad de a poco; no fue una reacción en cadena, como sucede en las películas, sino algo mucho más lento, pero sin descanso, que se apoderó de su piel, la sangre se le fue del rostro y luego regresó. Y entonces aferró las muñecas de Fredy y le dijo, con una ira contenida, rara, muy sucia:

—No se metan con esa gente, por favor. Me la he pasado toda la vida haciendo todo por ustedes para que se vayan lejos de esa gente.

—Pero son los únicos que nos pueden defender, Má —la increpó mi hermano.

Las manos de Má apretaban más fuerte las muñecas de mi hermano menor.

—¿Qué has estado haciendo, Alfredo?

Rara vez lo llamaba así.

—El otro día me dijeron que alguien allá afuera me protegía. Pensé que era Miguel, no sé, hasta tú, que te la vives con ese muchacho, Jeno. ¿Fuiste tú, Alfredo? Dime la verdad.

Fredy inclinó el rostro y asintió.

El licenciado al fin intervino.

—¿Quieren decirme qué está sucediendo?

—Nada, Lik, cosas de mi hermano, pero nada que afecte —le dije.

—Nada debe afectar, señora Leonor. Si se enteran de que usted trabaja o trabajó aquí adentro con gente, digamos, no tan positiva para su caso, aunque sea un par de días, no lo tendríamos fácil. Estamos llevando su caso desde su inocencia y porque no hay testigos que la hayan vinculado al hecho del robo ni de los guardias de la empresa ni en el traslado. Y al hecho de que su nombre está limpio.

—No me he metido con nadie, estoy limpia. Y, ustedes, ¿pueden decir lo mismo? —Má volteó a vernos. Fredy esta vez no inclinó la cabeza. Marcos se notaba perdido en la conversación.

—Ahí debe quedarse, no se involucre en nada. Ahorita lo que debe hacer es guardarse, siempre con la mirada agachada; haga lo que le ordenen los guardias o las comisarias de aquí. Si debe pasar hambres o comer de lo que dan aquí, sólo coma eso. Hemos avanzado muy bien con el juicio de buen nombre, es inédito en el estado, pero ya encontré a una jueza que lo va a tomar. Y con las entrevistas y testigos vamos bien, ¿no es cierto, Efraín?

El licenciado volteó a mirarme y asentí. Teníamos varios fines de semana visitando casas en las colonias donde Má había trabajado. Le conté de los señores y señoras que sí querían colaborar, no le dije de los que no. Entre ellos había una mujer que incluso había hablado

muy mal de Má: que le había robado una cadenita de oro que nosotros nunca habíamos visto. Era una mujer de mal talante, andaba enojada ese día y no le agradó vernos.

Al principio había tenido buena fortuna en conseguir testigos, pero después no. Algunas de las empleadoras de Má se sorprendían mucho al saber la noticia y luego nos miraban como si nosotros estuviéramos en la cárcel. Hubo una, lo recuerdo bien, que al saber por qué la buscábamos entrecerró más la puerta de su casa para que no se viera nada de adentro, como si ya estuviéramos ahí viendo qué podíamos robarnos. Pero ya teníamos cinco testigos, uno hasta era abogado y había dicho que se pondría en contacto con el Lik para ayudar y sí lo había hecho. Yo tenía mucha fe en el juicio.

Pasamos el resto de las dos horas charlando sobre lo que hacía Má adentro: la cárcel era como un pueblito, nos dijo, había varios restaurantes, una sala de cine, tendajos donde se vendía de todo. Todo lo controlaban los guardias porque, a diferencia de las prisiones de hombres, las mujeres del narco que caían o las presas normales solían llevar vidas mucho más relajadas, aunque eso no garantizaba que todo fuera tranquilo. Antes de irnos, Má llevó a Fredy a un costado y algo le dijo; no eran cosas que a él le gustaran, por los gestos. Luego, Má empezó a llorar y abrazó a mi hermano más fuerte, como si estuviera despidiéndose de él. Sentí bien raro acá adentro, porque tal vez Fredy ya le había dicho que era estaca, porque tal vez ya le había roto el corazón a Má, y a pesar de todos sus esfuerzos uno de sus hijos no se había salvado. Fredy regresó serio con nosotros y al fin salimos. El abogado nos dijo que nos acercáramos hasta su coche y ahí nos exigió que le contáramos la verdad.

—Si el fiscal se entera de que ustedes andan metidos en algo turbio, aunque rara vez lo hacen en casos como éstos, nos va a tirar todo, y, ahora sí, despídanse de su mamá para siempre. Le pueden dar a lo menos diez años por el robo del colchón. La empresa es muy

grande y quiere la pena máxima. Es una tontería, pero he visto a gente pudrirse más años por robarse tan sólo un pedazo de pan.

Volví el rostro hacia Fredy, quien había perdido un poco del enojo que tenía.

—Es que en la colonia, pues, hay gente del Golfo.

—¿Del cartel?

—Sí.

—¿Y ustedes los conocen?

—Ay, Lik, todos los conocemos —le respondí—, todos saben quiénes venden y trafican. Y no todos son malas personas. Sólo hacen su negocio y ya. No andan matando. No…

—¿Y qué pasó con ese don Miguel?

—Fue a meterse al cantón, y luego lo perseguimos y se cayó y lo llevamos a su casa; pensamos que se iba a entregar, pero su jefa nos dijo que no y Fredy se enojó y fue con Jeno…

—¿Qué hicieron? —Negó con la cabeza el Lik.

—Y pues les balearon la casa —dije al fin, avergonzado.

Qué rara sensación tuve entonces, porque toda la vida habíamos querido salirnos de eso, o, más bien, no entrar en eso; no habíamos querido pedir ayuda para nada, valernos por nosotros mismos, pero no se podía. No había forma de salir de ahí: sólo una morra lo había logrado. No se juntaba con nadie, era secre. Todas las mañanas salía muy bien arreglada. Cuando llovía, bajaba con los pies envueltos en plástico y los zapatos en el cuello. Una vez que salía del lodazal se los ponía. Consiguió pareja, pero nunca la llevó a la colonia. Cuando se casó, su mamá, doña Eladia, estaba bien contenta, pero luego nos dimos cuenta de que su hija nunca volvió. Doña Eladia se la pasó adoptando gatos. Murió sola. En el patio de su casa sólo encontraron los cadáveres de los gatos y de ahí creció su fama de que había sido bruja. Má nos tenía estudiando. Ella había puesto el techo de la casa, ella siempre tenía limpia su casa, ella hacía sus ahorros para comprar los útiles para la escuela.

—Pinches chamacos —dijo al fin el licenciado Raúl—. Yo los entiendo, pero de ahora en adelante deben quedarse tranquilos. Dejen que nosotros nos encarguemos. Y ya no se junten con Jeno; voy a hablar con él, después de todo también es mi cliente.

Eso hizo que Fredy reaccionara.

—No lo haga, Lik. Yo hablo con él.

Hicimos el camino de regreso a casa y, cuando llegamos al Rancho, nos los encontramos a todos ahí sentados; escuchaban unas rebajadas. Fredy se detuvo y volteó a verme como avergonzado, cuando dijo:

—Yo aquí me quedo.

—Cuál aquí te quedas. Vámonos para arriba.

—No, Efra, voy a seguir aquí. Ya estoy grande para hacer lo que quiera, tampoco voy a dejar la secu, pero aquí la voy a cotorrear. Ya supe que tú le dijiste a Jeno que no me dejara hacer lo que quería. Está bien. Gracias por cuidarme, pero ya, de aquí en adelante, yo decido.

Miré a Jeno, quien se acercó y saludó a mi hermano como de la banda. Él pareció leerme los pensamientos.

—Yo aquí lo protejo —me dijo—. No le va a pasar nada y, además, necesitan la lana para el abogado. Es compa, pero un día otros te van a cobrar. Y así tu jefa también sigue tranquila, nadie la toca. ¿A poco crees que eso también está fácil de ganarse ahí adentro?

Mi hermano se fue con ellos y empezó a saludar a los demás y se me hizo un nudo en la garganta. Subí con Marcos a la casa. Casi a las tres horas Fredy se acercó. Llevaba un pedazo de pollo asado. No lo quise comer, pero Marcos cenó eso.

—Cuando salga Má de la cárcel, yo también me salgo. Palabra.

—Esa gente nunca se libera —le dije.

Qué razón tenía.

18

Esa noche no dormí. Me sentía incapaz de cambiar el rumbo de las cosas; pensaba en Evaristo, en el almacén y en lo que me había cotorreado la última vez: irme tranquilo, mirar el panorama. Bonito horizonte tenía enfrente. Pronto iba a terminar la secu. Mis compas ya andaban viendo en dónde iban a trabajar. Muchos ya trabajaban: vendían fritos, elotes, cuidaban negocios; otros querían irse a las fábricas grandes; otros soñaban con andar de traileros y conocer el país. Yo, exactamente, ni sabía qué hacer. Hasta unos meses atrás quería estudiar la preparatoria, incluso había ido a pedir informes a la Ocho, que está cerca de la casa, ahí por La Pastora. La escuela era muy grande, con una plancha de cemento inmensa, tres edificios de tres pisos, pero aun ahí me sentí rechazado. La guardia me hizo esperar mucho para entrar a pedir informes. Todos los estudiantes iban uniformados. Ése tampoco era mi mundo. Luego, fui a un Conalep y la gente se veía más raza, más como yo; lo que enseñaban no me gustaba, plásticos y mecánica, aunque también tenían una carrera muy padre: laminado de aeronaves y mantenimiento de planeadores, pero eran muchas horas y muchas matemáticas y, lo peor, no la daban en la ciudad.

Fredy llegó pasadas las cuatro de la mañana, flaco como era, pero oliendo a cigarro. Luego, fue a tirarse al colchón. Como pudo, se quitó los pantalones y se puso el short que usaba para dormir. Cuando la ropa cayó al suelo, sonó pesado, y él no tardó en roncar. Yo estaba del otro lado; había vuelto a dormirme sobre el hule espuma de siempre. Me levanté y no tardé en dar con el arma; era una escuadra, pequeña, pero funcional. La aferré y me acerqué a la

ventana. Abrí el cargador y estaba lleno: ocho balas limpias, frías en el muelle. Con esas balas mataría a un hombre. O se defendería. El aire bajaba del cerro más fresco, no tardaría en iniciar la época de chubascos. El calor que azotaba la ciudad poco a poco se había ido. ¿Qué se sentiría disparar? Un disparo es el mismo en todas partes del mundo: un estallido que muere. Volví a ver a mi hermano dormido.

Saqué cada una de las balas, las miré con detenimiento y las volví a guardar. "Para que te protejan", me dije. Era lo único que podía hacer como su hermano. Imaginé que, así como había un árbol de naranjas en lo alto del pico norte, acababa de sembrar un árbol de pólvora, con raíces de pólvora cuyo fruto serían balas y casquillos; muchos árboles de balas irían cubriendo la ladera del cerro, bajarían desde las últimas casas a echar raíces en la colonia.

Al día siguiente, cuando desperté, Fredy ya se había ido y Marcos estaba sentado en la silla. Era día de asueto y no teníamos clases. Me asomé por la puerta y vi a lo lejos la ciudad blanca por el polvo, a lo lejos un avión empezaba a descender al aeropuerto. Le preparé unos huevos con salsa a Marcos, me comí la mitad y, cuando bajamos, ya estaban en El Rancho Jeno y los demás. Tomaban Coca-Cola y desayunaban tacos de carne asada. Jeno me silbó y yo le regresé el saludo.

Me despedí con un ademán y bajamos. El lunes se veía tranquilo. Íbamos a buscar a la última persona que nos faltaba. Descendimos a paso firme hasta la avenida y esperamos el camión. Cuando lo abordamos, venía muy vacío, así que alcanzamos asientos donde queríamos.

El run run del motor nos fue arrullando. Yo iba viendo los anuncios, los leía: Jardín de niños Fomerrey 20, Mofles y Muelles Ramírez, Lectura de cartas de tarot, Tortillas de harina Mary, Hierbería San José, Mecánica automotriz: diagnósticos por computadora, no se deje engañar, Tortas Las tortugas, Modelorama agencia, Chapas y elevadores, CARNE ASADA, PAPA ASADA CON CARNE,

R-85 Rancho Tequila, Somos parte de tus mejores esfuerzos Banco Famsa, Pinturas Sherwin-Williams ya abrimos, Fecomsa, Pinturas Berel vinílicas, esmaltes, texturizados, Corporación Dental: 83-60-30-48 brackets, oferta $169 pesos Sport Gym Zumba. Y con esos anuncios, gente, gente sentada en las bancas de las paradas de camión, viejos con sombreros gastados, mujeres regordetas con chamaquillos en brazos, casas abandonadas y baldíos, montones de basura, pintas de los pandilleros de la Burócratas y la Sin Nombre 54, de Lomas de la Silla y la Nuevo Almaguer, del Peñón y las Arboledas, y torres de teléfonos y tanques de agua con las paredes de cemento desgastadas y sucias. Casas de empeño, más gimnasios y consultorios tristes de dentistas, la compraventa de Lobo, donde casi todos los viejos y algunos señores de la colonia iban a vender lo que recogían en las calles o compraban en sus camionetas al grito de: "compro fierro viejo que tengan".

Preferí cerrar los ojos y me guie sólo por el ir y venir del camión sobre la avenida. Ya me sabía el lugar donde se detenía, donde tomaba hacia el centro de la ciudad, donde subía y bajaba un puente, cuando entraba por una calle angosta para salir a un paso a desnivel, y ahí descendimos para abordar otro camión que nos llevó de nuevo a la colonia Contry.

Nos perdimos entre las calles hasta que pasamos a una avenida ancha, con un camellón central con árboles y césped. En el porche de una casa estaba una señora delgada y le tronaba los dedos a otra, una mujer que era como Má, regordeta, de pelo recogido, ropa así como la nuestra, y llevaba en las manos unas bolsas grandísimas que, al parecer, debía subir al carro. Pasamos justo cuando salía y, por el esfuerzo, tropezó y se cayó. Se escuchó como si se rompieran algunos cristales.

—Ya los rompiste, Aracely —gritó la mujer.

Marcos se adelantó para ayudarla a levantarse y eso hizo que la mujer empezara a gritar:

—¡Quítese, quítese!

Y luego gritó, totalmente desesperada:

—Mijo, ¡ayuda, ayuda!

Marcos se paralizó y la mujer, Aracely, se puso en pie rapidísimo; yo me acerqué lo más pronto que pude y jalé a mi hermano. Un muchacho como de mi edad salió de la casa totalmente asustado, flaco; llevaba unos jeans azules, una camisa de colores con la imagen del Iron Man. Nos miró con miedo; noté cómo le temblaba el brazo.

—Ayúdame, mijo, este muchacho se metió, llama a la policía.

Marcos volvió a verme y en ese momento la mujer, Aracely, intentó calmar a su señora.

—Sólo me quería ayudar, doña Luisa, nada más eso.

—¿Y para qué se mete? Y tú, anda, anda, llama a la policía.

Miré al chico con rencor. Jalé a Marcos y empezamos a correr en sentido contrario. Íbamos lo más rápido que podíamos. Las piernas se me doblaban, ni sé por qué corría. Marcos iba tras de mí; finalmente salimos a un parque y nos escondimos en una banca. Justo en ese momento un señor que trotaba con un perro se nos quedó viendo muy mal y clarito sentí que sacaba un celular y empezaba a llamar a la policía, así que moví a Marcos, volvimos a caminar, ahora más despacio, sudábamos a chorros.

—Pero no hicimos nada malo, Efra.

—¿Para qué te metes?

—Estábamos en la banqueta.

—Era su banqueta.

—Pero.

—Nada.

Calles más adelante nos encontró la patrulla. Los chotas sonaron la sirena apenas nos vieron. No llevábamos nada en las manos. Yo sólo tenía algo de dinero, unos billetes que había ganado en esas semanas y que luego iba a llevarle al Lik.

—Ey, cabroncitos, ¿qué andaban haciendo en Saturno?

Luego supe que así se llamaba la calle.

—Nada, don. Sólo íbamos pasando y mi hermano quiso ayudarle a una señora que se había caído.

—Para arriba, cabrones. Vamos a ver qué dice la señora.

—Pero no hicimos nada.

Marcos empezó a llorar.

—Órale. Primero muy machitos y orita bien llorones —dijo uno de los chotas con una sonrisa.

Nos trepó a la cabina de la patrulla y regresamos hasta donde se encontraba la señora. Pero ya no había nadie. La casa estaba cerrada, el portón también; no estaba ni siquiera el coche. El policía sonó de nuevo la sirena, pero nadie salió. Luego, se bajó y tocó a la puerta con el mismo resultado. Al fin apareció la señora Aracely y, sin abrir la puerta, dijo que la señora se había ido al juego de baraja con sus amigas. Noté la molestia del policía, quien nada más chistó y se volvió a su compañero. Lo oí cuando regresó a la camioneta y dijo:

—Gente pendeja.

La camioneta arrancó y enfiló por la colonia hasta que se metió en otra, una por donde habíamos cortado Jeno y yo cuando se llevaron a Má, y ahí nos bajaron, pero primero nos bolsearon. El chota me quitó el dinero que guardaba.

—Para qué se andan metiendo en esa colonia, morros mecos —dijo el guardia—. Cáiganse con lo que tienen.

Se fueron y nos dejaron sin nada. Marcos se quedó todo asustado. Eran como quince kilómetros de ahí hasta la casa más la subida. Nunca habíamos caminado tanto. Conocía la avenida al ir y venir en los camiones, pero hasta entonces no la había caminado. Me acordé de Evaristo: ir despacio te permite ver otras cosas, una vida a otra velocidad permite un ritmo en el cual salen otras historias, da tiempo para que aparezcan otras personas, para observar los detalles de la gente, las calles, las casas. Encontré objetos que nunca había percibido, como unos árboles de flores moradas, alineados; también firmas de algunos compas en los portones de algunos negocios. En un taller hacían carne asada y un don la movía

de un lado al otro; unas morrillas como de mi edad balanceaban los pies mientras iban y venían en una mecedora. Nadie perseguía a nadie. Empecé a platicar con Marcos, él me contó cómo se había sentido en todo este tiempo. Le conté de la vez en que se perdió en el cerro y cómo Má se preocupó mucho. Él me dijo que, cuando salió en otra colonia, se asustó más. Sólo éramos dos hermanos que platicaban en las calles de la ciudad, hasta que llegamos a la casa.

Fredy subió por la tarde, estaba feliz. Llevaba una torta de puerco en una bolsa de papel que se había mojado en las orillas.

—¿Qué te pasa? —se quejó al ver mi cara intranquila.

—Hoy nos agarró la chota —le respondí—, allá en Contry.

—Nos hubieras hablado.

—Nel.

—Jeno y yo hubiéramos ido.

—Nos quitaron el dinero, no hemos comido en todo el día y Marcos se muere de hambre.

—Pues éntrenle a la torta.

—Vuelve con nosotros, Fredy —le dije.

Yo esperaba que recapacitara, que guardara el arma y se quedara en casa. Se rio. Luego me preguntó por papá, casi no lo recordaba, me dijo. “Yo sí”, le respondí. Le hablé de un viejo recuerdo ahí mismo, cuando levantaba la casa, una vez que lo vi bailar con Má. Luego se asustaron cuando lo vieron con una tarántula en las manos. Fredy soltó una carcajada.

Más noche se fue. Tenía doce años. Ya era grande, tan grande como para andar con una pistola. Tan grande para andar por la colonia a sus anchas. Corría de camino hacia abajo. Corría.

19

Dos días después vinieron por Jeno y se llevaron a quienes estaban con él. Nadie disparó. El Marquis se quedó parqueado en El Rancho, con las puertas abiertas, la radio en La Caliente.

O eso dicen.

20

La juez nos pidió estar sentados una vez que entró a la sala. No era como en las películas gringas, donde hay un estrado y el acusado y su abogado y los fiscales se sientan a la misma altura, como si ambos tuvieran el mismo acercamiento ante la ley. No. Aquí la sala era pequeña y estaba llena de escritorios donde varia gente trabajaba; mujeres iban y venían con papeles. A un costado había un pasillo pequeño, con rejas, que daba al interior de unas celdas y de donde sacaban a los acusados.

El licenciado Raúl estaba lejos de esa rejilla, y el abogado de la empresa de colchones también. Vestía muy bien y saludó al licenciado con cortesía; luego él me dijo que habían sido compañeros en la facultad. Cuando Má apareció, el corazón se me aceleró. Sólo estaba yo, por ser el mayor y con un permiso que el abogado consiguió.

—Se le acusa de haber sustraído con lujo de violencia el pasado mes de marzo del año en curso una propiedad de la empresa Súper Camas S. A. de C. V., en adelante, la parte acusatoria, del modelo Estefanía, código 2389. Y la parte acusatoria solicita la pena máxima para este caso, que va de diez a quince años de prisión preventiva —murmuró la jueza—. El objeto del robo fue localizado por los policías de la zona cerro IV en el domicilio de la susodicha, en calle sin nombre, en la colonia Gloria Mendiola, tras orden de cateo solicitada en esta jurisdicción.

Las palabras de la jueza se amontonaban una sobre otra, tercas, difíciles. Repasó todo lo ocurrido hasta ese día: la llegada de Má a la casa de arraigo, su traslado a la prisión de mujeres. El Lik oía en

silencio y apuntaba. Iban con él dos abogadas que nos habían presentado apenas ese día, dos jóvenes que hacían trabajo *pro bono*, eso dijeron, en una organización civil. El abogado de la empresa escuchó con calma el caso y, cuando la jueza pidió que pasaran los testigos, alerté los ojos y oídos, porque con seguridad nos habían visto subir el colchón por la calle de Montes Azules; ya lo había previsto el Lik, pero, ¿quién recordaba que eso hubiera ocurrido?

Pero sí los había.

Una mujer que nunca habíamos visto en la vida entró a la sala y se sentó muy cerca de la jueza y le acercaron el micrófono. Se presentó como una vecina de años de la colonia, con domicilio también ahí, en Montes Azules.

—¿Usted reconoce a esta mujer? —le preguntó el abogado de la empresa.

—La conozco vagamente, vive con Los Salvajes.

—¿Qué son Los Salvajes?

—Son los que viven mero arriba, allá en el cerro, donde se termina la calle. Ladrones, vividores, gente mala, de cuidado, de esos que te roban en los mercados, que viven al día, gente de no fiar.

—Y, en el caso en particular, ¿recuerda haberla visto transportando un mueble por la calle el pasado 14 de marzo del año en curso?

—Sí, su señoría; subió por la calle y la ayudaban sus hijos.

Dicho esto, volvió a vernos Má; se notaba destruida anímicamente. El abogado volteó a verme y me hizo un gesto de ánimo.

—¿Y cómo lo subieron? —quiso saber el abogado de la empresa.

—Lo arrastraban por la calle y era muy triste de mirar, porque mire qué colchón tan bonito se veía, limpio, acogedor. Yo creo que llegó todo raspado allá arriba.

—¿Y cuánto tiempo les llevó subirlo?

—Pues a lo mejor como una hora, porque pasaron frente a la casa como a las cuatro y yo salí todavía después y no habían avanzado mucho.

—¿Y reconoce a esta mujer como la que llevaba el mayor peso del mueble?

—Sí, licenciado, era ella.

El silencio se apoderó de mi cuerpo y sólo tuve noticia de los latidos de mi corazón. Pasaron más testigos, algunos que decían haber visto a Má en la fábrica observando a qué hora entraban y salían los camiones con la mercancía. Yo no sabía que Má iba a buscar a don Miguel a veces, al salir del trabajo, y que se iban por ahí, a comer tacos, a la Soriana a mirar la ropa y las bolsas. Había fotos de Má afuera de la fábrica de colchones. Pasó gente del almacén y los policías que se habían llevado el colchón. Por dentro me comía el miedo y el coraje, porque la desolación ya se había comido lo demás. En la colonia nadie sabía dónde estaban Fredy ni Jeno ni los demás, y, cuando les preguntaba, respondían que ya sabía. "¿Para qué te haces?", me dijo Isra, el del depósito.

Cuando al fin le tocó al Lik hablar, cuchicheó algo con las abogadas, y lo que dijo lo tengo muy grabado, lo tengo aquí, siempre a la mano, porque no quiero olvidarlo:

—A veces, aunque la justicia no existe, sí existe la verdad. Los hombres pueden mentir y salirse con la suya, pero la verdad es imposible de ocultar, está en el fondo de todos los actos que hacemos; va más allá de las relaciones que hacemos y es única e intransferible.

El licenciado Raúl habló de la injusticia, de que a gente como nosotros todo nos sucedía; nos podían inventar historias a cambio de unas monedas. En la época de la tecnología las pruebas, los videos, los mensajes de texto, todo se volvía corruptible, porque además la injusticia no tenía que esforzarse tanto: la propia sociedad ya había fabricado a sus enemigos desde mucho tiempo atrás, en un ejército de seres invisibles; se apoyaba la aparente maldad del mundo en los

que menos tenían. Y habló entonces de un libro. Dijo que Má era una Jean Valjean de nuestro tiempo, que nosotros éramos los Cossette, desprovistos de los medios reales para sortear nuestra propia condición de pobreza más que con el trabajo duro. Y aunque muchos éramos parte de las bandas delictivas, aunque había entre nosotros una raza sí dedicada a robar y esquilmar, ellos y ellas no representaban la totalidad de la gente que componía a los de arriba de la sociedad. Eso dijo: los de arriba. Que en ellos había gente de honor, gente para quienes el trabajo honesto era su mayor bien. Y citó a Má, sus casi doce años de trabajo ininterrumpido en la ciudad, incluidos días festivos en los que se pasaba trabajando en las casas donde era contratada. Algunas navidades y años nuevos Má llegaba pasada la medianoche, con comida que las señoras le regalaban una vez que sus fiestas ya habían casi terminado y la dejaban ir. A veces nosotros nos íbamos a esperarla a la avenida, donde se detiene el último Olímpica cuando las señoras enviaban a Má en un taxi, porque no toda la gente con dinero era miserable. Y subíamos los cuatro lentamente, mientras a nuestro alrededor había fiesta, carnes asadas, y salía música de casi todas las casas, vallenatas y rebajadas. Y ya en casa, Má sacaba de los tóperes un poco de pollo en achiote, romeritos, bacalao, espagueti, ensalada de manzana, pan. Y dijo el Lik que, en todo ese tiempo, toda esa gente le había abierto las puertas de su casa a Má, con sus objetos más preciados, su vida íntima, su ropa, sus tristezas, y Má, callada, diligente, no sólo había respetado esa otra intimidad, sino que además, había inculcado eso en sus hijos, que eran trabajadores y habían podido cubrir sus honorarios trabajando no sólo en la calle, sino en donde se pudiera. Y relató hábilmente mis trabajos de vendedor de tacos, limpiar plazas, en la tienda de artículos siniestrados; de Fredy en la venta de frutas y de Marcos que le ayudaba; y que el colchón, aunque fue hallado en nuestra casa, había llegado por otros medios, con mentiras.

La jueza escuchó con atención.

—Entonces, ¿quién robó el colchón y lo llevó hasta allá?

El Lik pasó el nombre de don Miguel y describió cada uno de los sucesos y refutó a los testigos y mostró otras pruebas, entre ellas, las fotos de la golpiza que me habían dado los policías cuando entraron a la casa.

—Este juicio no es para ver la culpabilidad de la presunta culpable, sino su palpable inocencia; para que, por su buen nombre, visto por los testigos, y una vez refutadas las pruebas que la empresa tiene contra mi cliente, falsas y mal documentadas o con historias ficticias, y que he demostrado, ella pueda recibir la justicia de este tribunal y mantener su inocencia fuera de prisión.

El abogado de la mueblería se cruzó de brazos. Empezaron a desfilar, entonces, todas las personas que, sabíamos, iban a hablar bien de Má. Sus empleadores y empleadoras, señoras de esas colonias ricas que nos parecían de otra tierra, gente que no tenía nada que ver con nosotros. Elaboraron una lista de buenas acciones, de hechos que ponían en duda cualquier cosa mala atribuida a ella. Má lloró un poco con una señora con la que había tenido muchos problemas por su carácter, como después supe. Cuando los testigos terminaron, el hielo se incrustó en mi garganta, un arpón de hielo me sentó en el juzgado. El abogado mandó a llamar a una testigo: la madre de don Miguel. La matrona, grande, se esforzaba en caminar. ¿Qué había ocurrido? Al parecer la mujer no se había quedado de brazos cruzados después de que la gente de Jeno había baleado su casa, y se había apersonado para entregar información del caso contra Má. Y aquello era oro para el abogado de la empresa.

La mujer pasó al frente y se presentó; dijo dónde vivía y dio el santo y seña de dónde conocía a Má. Era una buscona que había enamorado a su hijo, Miguel Saldívar. Ella le había pedido un colchón para poder “revolcarse” en él, así lo dijo.

—Y sus hijos no son ningunos santos; los dos mayorcitos andan con las bandas de la colonia, son halconcillos del cartel que trabaja ahí. Y si quieren venir por mí después de esto, que vengan, no les

tengo miedo. Y a esta señora, ojalá la refundan en la cárcel por buscona. Aunque más le conviene no salir, con eso de que le desaparecieron al de en medio.

Má estaba pálida, no tanto por la declaración de la madre de don Miguel, supongo que la esperaba, sino por las palabras finales que tanto el abogado como yo habíamos decidido no decirle para no llegar al juicio con el ánimo caldeado y derrotista. Fue el Lik quien tomó la palabra después de la señora.

—Estimada señoría, si me permite. Esto que acaba de ocurrir es un claro ejemplo de lo que he presentado en mi introducción para este caso: qué rápido la mentira y el enojo, las rencillas personales se abren paso ante la verdad y la justicia. Aquí estamos, está usted, tal vez ya dudando de todo lo que se ha dicho en esta hora sobre el buen nombre de mi clienta. Falta una sombra para oscurecer el día. Y no se trata de indicar que mi clienta, además de estar presa de manera injustificada, porque no existen más que sobre reinterpretaciones de pruebas que no son contundentes, y testigos cuyas declaratorias no son conclusivas, ha sido lesionada en todos sus derechos: al ser llevada de su casa sin una orden de cateo previa, pues el papel que tiene en su poder está fechado después del día en que mi cliente fue apresada, al ser trasladada en tiempo récord a la casa de arraigo y posteriormente internada en el centro de readaptación social número 5. Lo que queremos signar es que la gente buena es la que recibe las peores injusticias sólo por pertenecer a cierta franja social. Creemos en que existe una individualidad por encima del estrato social y que no siempre debe ser cuestionada por las revanchas de gente que viene aquí a mentir. En las pruebas que anexo se documenta cómo el señor Miguel Saldívar llega en una camioneta con el colchón a la avenida Montes Azules, baja de ella y empieza a subirlo por la calle. Lo que la parte acusatoria tiene son pruebas infundadas, orientadas a inculpar a una persona inocente con el fin de que alguien pague. Y eso no es hacer justicia. Y eso no es, ante todo, hacer la verdad.

La jueza escuchó aquellas palabras y revisó la documentación; tomó notas e indicó que en un par de semanas dictarían sentencia. El Lik y las abogadas *pro bono* no estaban tan felices cuando salieron de los juzgados.

—¿Quién era esa señora? —quiso saber el licenciado.

—Es la mamá del novio de Má —respondí.

—Menudo problema nos ha puesto. Vayan a su casa y no se metan en líos, por favor. ¿Saben si ya apareció su hermano?

Negué con la cabeza.

El cerro se los había tragado, eso decían en la calle.

21

Una semana después ocurrió lo que ya estaba predicho que sucediera. Los de la Zozaya entraron a la colonia. Era de noche. Después de varias semanas tanteando el terreno, entraron justo un sábado por la madrugada, cuando las últimas personas del Rancho se iban y recogían sus cosas para volver a sus casas. Yo había ido a dar las gracias a quienes habían testificado a favor de Má. No era mucho, sólo presentarme y agradecerles por haberse tomado ese tiempo para ir a defenderla. Algunos me preguntaban si era cierto lo que había dicho la madre de don Miguel y yo asentía. "Espero que lo encuentren", repetían. Marcos iba conmigo.

De regreso, lo buscábamos. Si había bandita cerca, les preguntábamos, pero nadie sabía. Sólo de mirarnos llegar los poníamos nerviosos. Qué raro es tener hermanos, pienso ahora. Nacen del mismo padre o madre; vives con ellos más de la mitad de tu vida, pero pronto empiezan a demostrar sus caminos y rutas, sus otros sueños, sus otras formas de resolver sus problemas. Y un día, cuando te han acompañado toda la vida, desaparecen, se los llevan, se van. Y el hermano que has tenido nunca volverá a ser, ya sólo habitará en tu memoria, y nada más. La frase de: "Si al menos…" se convierte en un futuro incierto. Tal vez Fredy pudo resistirse, tal vez escapó… pero en el fondo yo lo sabía: "Ojalá haya tenido una muerte con suerte". Ojalá.

El último viernes antes de la resolución del caso, había tomado el libro de *Los miserables* de la biblioteca de la secu; descubrí que ahí estaba y lo había intentado leer, ahí salía el personaje al que se refería el Lik; lo había echado en una mochila tejida que tenía y

había ido junto con Marcos a la oficina del Lik para saber si ya tenía alguna noticia. Me encontré a Estrella de nuevo, aburrida; jugaba con su celular. Apenas me miró y me sonrió de buena gana, pero yo iba todo achicopalado. La vi muy lejos, como si ella perteneciera a otra vida. Me dijo que su tío estaba con algunos clientes, pero se animó a tocar para indicarle que esperábamos afuera. No tardó en volver y me contó que aún no había ninguna resolución. Luego el Lik salió y le dijo que iba a tardar.

—¿Puedo salir?

El Lik hizo un gesto de fastidio, pero le dijo que sí; sólo que cerrara con llave. Salimos al mismo tiempo y nos íbamos a despedir cuando se nos quedó viendo y dijo:

—¿Quieren otro café?

Marcos volteó a verme y asintió.

—Nosotros pagamos lo nuestro.

—Sí, como sea. Vengan.

Ahora no caminamos tanto. Cuando llegamos, nos detuvimos en seco; no íbamos vestidos como para entrar a un lugar así: yo llevaba una camiseta toda descolorida y los tenis viejos.

—Van a pensar que los vamos a robar, mejor aquí la dejamos.

—Entren, nadie va a pensar eso.

Marcos me envolvió con una mirada terca.

—Al menos adentro no hace tanto calor.

—¿Qué van a querer? —nos preguntó Estrella.

Volteé a ver a mi hermano; me daba cosa que se notaba como muy tranquilo después de la experiencia en la librería. Y pensé en Fredy, que tal vez nunca iba a conocer un sitio como éste, porque nos estaba vedado, como tantas otras tiendas, discotecas, cafeterías, cines, espacios donde la gente como nosotros nunca entraría, no porque no encajáramos, sino porque nosotros mismos habíamos bloqueado todo eso, ese otro espacio interior, porque nuestros territorios eran otros, la calle, los baldíos, las escuelas, los gimnasios de poca monta, las escuelas técnicas, los tacos de carne

asada de los fines de semana, la ropa de segunda, el mercado Fundadores.

—¿Qué recomiendas para mi hermano?

Estrella volteó a verlo.

—¿Quieres algo frío o caliente?

Marcos me pidió permiso con la mirada.

—Frío.

—¿Con café o sin café?

—Sin café.

—Ok, mira, puedes pedir de ese cartel.

Al final se decidió por un *frappe* de vainilla. Era como una malteada, pero distinta. Qué fresca era. Yo pedí lo mismo. Nos sentamos en una banca, pero noté que el chico que estaba a nuestro lado cubrió su computadora con el brazo y resguardó su mochila.

—¿Leíste el libro? —le preguntó Estrella a mi hermano.

El rostro de Marcos se iluminó.

—¡Sí! ¡Me gustó mucho!

—Que se salen y él la quiere y cuando le dice que todos somos de papel.

—Sí, esa parte es muy padre… ¿Y qué te parecen las pistas?

—Me gustó mucho… ¿Tú crees que somos de papel?

Estrella hizo un gesto de sorpresa.

—No lo sé, tal vez sí… recortados en molde. ¿Tú de qué crees que eres? —le preguntó a Marcos; yo, totalmente ajeno a su conversación.

—No soy de plástico… no sé… vivo en el cerro… Má está en la cárcel. Yo soy de madera, antes de papel.

Estrella sonrió.

—Seamos de madera entonces: fuertes, frescos y enraizados en la tierra.

Sonrieron entre sí con una complicidad que nunca había visto en mi hermano con nadie, gracias al libro. Al fin, Estrella volteó a verme, tenía las mejillas enrojecidas.

—Es que luego no tengo nadie con quien hablar de los libros, a mis amigas no les gusta leer.

Estuvimos platicando una hora en la cafetería. Casi al despedirnos, Estrella nos preguntó:

—¿Encontrarán a tu hermano?

No supe qué contestarle, pero al fin me dije una verdad a la que no había querido asomarme desde aquel día.

—No lo creo. A mi hermano ya no lo vamos a encontrar.

Marcos volteó a verme.

—¿Nadie sabe dónde está?

—Sí, hay gente que sabe dónde está, pero nunca lo van a decir.

—Qué horror —dijo Estrella—. Pero los pueden buscar, sé que hay asociaciones de desaparecidos, de gente que…

—Nosotros somos la carne de cañón, Estrella, ¿quién nos buscará? Se busca a gente que puede sumar, a gente que medio importa, ¿pero a nosotros?

—No siempre. —Y volvió a mirar a Marcos, quien husmeaba en una sección de revistas.

Una noche, al volver de la calle, pasamos por El Rancho y encontramos una camioneta roja con rines cromados. Sobre ella, unos muchachos casi de mi edad, fumaban y bebían. Eran los de la Zozaya. Uno preguntó quién era y le dije que vivía allá arriba.

—Aquí los vamos a estar cuidando ese —me dijo.

Luego se llevó la mano al cinto donde vi la cacha de una pistola.

No supe si por ser de noche imaginé que era la de Fredy.

De la desaparición de Jeno y de mi hermano no salió nada en los periódicos ni en la televisión.

Así que, cuando el abogado nos informó la decisión de la jueza, fue una noticia alegre y triste: alegre por verla, triste porque venía a lo de siempre.

—Está muy feo afuera, pero vamos por ella —le dije a Marcos.

Cuando la vimos salir por la puerta del penal sentí que al fin el peso del cerro desaparecía de sobre mis hombros. Má nos abrazó como siempre, como si se hubiera ido a otra vida y regresado sin cambios. Lloró al vernos y sé que buscó a Fredy junto a nosotros, por rutina.

No fuimos a casa de inmediato. Má dijo que quería caminar. Fuimos al Centro. Nos sentamos en una placita a un lado del Palacio de Gobierno. Estuvo un rato en silencio y lloró también.

Al llegar a casa, nos dijo que se iba a dormir, y así lo hizo. Despertó casi dieciocho horas después. Anduvo seria todo ese día, pero luego empezó a acomodar la casa como le gustaba. Ninguno de los vecinos vino a recibirla o a darle la bienvenida. Nosotros no fuimos a la escuela para quedarnos con ella.

Luego, dos semanas después, me dijo lo que ya esperaba: no iba a estudiar la prepa, necesitaba que me pusiera a trabajar. Estábamos en una vereda del cerro desde la que se miraban una parte de la colonia y, más allá, el resto de la ciudad: las chimeneas de Fundidora, los edificios del Centro, una construcción inmensa de Cementos Mexicanos, los recodos del río.

—Lo siento, mijito, pero debemos ahorrar para que Marcos sí estudie hasta donde tope, mijo, hasta donde llegue.

—¿Y Fredy, Má?

—Lo vamos a encontrar, mijo, te lo prometo.

—Tengo algo para ti —le dije. En la mañana había ido por la lata escondida del almacén de ofertas. No la había abierto para cumplir mi promesa.

Má la tomó con mucho cuidado.

—¿De qué es?

—No lo sé, pero es para ti. Pensé que sería bonito que la abrieras cuando regresaras y te llevaras una sorpresa, yo una vez encontré una hamburguesa enlatada.

—¡Una hamburguesa! —La noté sonreír por primera vez desde su regreso a casa. Luego se quedó callada, suspiró y contestó—:

mejor la abrimos cuando vuelva tu hermano.

Yo no tardé en encontrar trabajo: volví al almacén y Evaristo me contrató de inmediato. Me preguntaron por don Miguel, pero nunca más volvimos a saber de él. Má tampoco volvió a tener novio o, al menos, no llevó nunca a nadie a casa. Nos fue medianamente bien. Terminé la secundaria y en la bodega ya llevo casi dos años. Má sigue en la limpia de casas. Irma no volvió a la colonia, pero un fin de semana la fui a buscar. Se sorprendió mucho al verme. Quién sabe qué pase.

A veces veo a Marcos en el techo de la casa, donde estudia y hace sus tareas como yo hace años. Tiene su libro de *Ciudades de papel* cerca, es su mayor posesión. Lo ha leído como seis veces. En ocasiones le doy un poco de dinero para que se compre otros libros. Hemos descubierto que un ñor vende novelas viejas a veinte o treinta pesos ahí, en el tiradito. Creo que él tiene otro camino. “Soy de madera”, nos dijo. Yo más bien creo que, en el fondo, somos los hombres y las mujeres de la raíz: nos aferramos al cerro, siempre debajo de una capa de tierra. Algunos salen y se vuelven flores, otros, espinas.

Lo que hemos agregado a nuestra vida es que, cuando juntamos algo de dinero, vamos a tomar café a uno de esos sitios con aire acondicionado. Llevamos a Má con nosotros, y ella como que está más acostumbrada, por sus patronas. Se acomoda en el sillón más reconfortante y pide un chocolate frío o caliente. Si es fin de semana, luego se queda dormida y ronca, pero la despertamos.

A veces bailamos rebajadas cuando cae la tarde. Y Fredy se aparece, está ahí, baila con nosotros, aunque pronto vuelva al mundo de los de arriba. Seguimos buscándolo, sobre todo los domingos que merodeamos por las veredas del cerro, en las cuevas, en donde la tierra se hunde y el viento araña el suelo. El Lik nos acercó a una asociación. Ha sido difícil. Yo… mejor aquí le paro.

Algunas tardes, cuando espero el camión en la Eloy Cavazos, miro la calle, el principio de la calle. Sólo la calle. Hasta allá arriba.

Una línea perdida entre el cerro, con asfalto en algunas partes, otras sin él; la calle que sube con casi veinte metros de ancho al principio, pero que luego va angostándose, de nueve, de ocho, de seis metros, conforme le salen al camino los baldíos, los drenajes tapados, los montones de basura que se van haciendo grandes porque no pasa el camión que los lleve al tiradero; la calle en donde las doñas venden lo que pueden, donde los perros se aparean cuando traen ganas, donde los morros juegan futbol; la calle que se va haciendo luego de tierra porque no llegó hasta arriba el presupuesto; la calle que se convierte en senderos, muchos, donde sale basura, casas tiradas a la mano de Dios, tejabanes de techos de lámina, tuberías, más basura, hasta que el sendero llega a la última casa de la colonia, la nuestra.

Donde lo seguimos buscando.

Monterrey, 30 de agosto de 2020,
Día Internacional de las Víctimas de Desapariciones Forzadas.

Índice


DEL ESPEJO A TRAVES
www.fondodeculturaeconomica.com
Lo mejor de vivir en donde vivimos es que tenemos la mejor vista. A veces saco mi colchoneta y me tumbo en el techo de la casa y ahí me duermo. Desde ahí puedo observar la ciudad de noche: las luces inmóviles y las pasajeras se mueven por las avenidas como sangre en las venas de un animal viejísimo. A veces, pienso, somos eso: luces que se mueven un ratito sobre una avenida ancha y se pierden en la noche.